

CURSOS y CONFERENCIAS

SUMARIO:

Raúl A. ORGAZ — INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA: II. *El problema de la causa y de la ley.*

Francisco ROMERO — VIEJA Y NUEVA CONCEPCIÓN DE LA REALIDAD.

Augusto BUNGE — LA REVOLUCIÓN RUSA: III. *Siete años de economía planeada.*

Juan MANTOVANI — INTRODUCCIÓN FILOSÓFICA A LOS ESTUDIOS PEDAGÓGICOS: VII. *La antropología filosófica y sus aportes al problema de la educación.*

Luis REISSIG — ANATOLE FRANCE: IX. *La ciudad de los libros frente a los intereses, las pasiones y los ideales en lucha.*

Aníbal PONCE — DE FRANKLIN, BURGÚÉS DE AYER, A KREUGER, BURGÚÉS DE HOY.

AÑO II
NUM. I

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores



ESPASA-CALPE. S.A.

tiene en venta las siguientes obras:

América Hispana

Por WALDO FRANK

El gran escritor norteamericano hace un estudio agudo y profundo de las características sociales, económicas y políticas de los países del Nuevo Continente. Precio \$ 5.—

La juventud literaria de Bolívar

Por CARLOS PEREYRA

La obra más documentada hasta ahora sobre la primera parte de la vida del héroe americano. Precio \$ 6.—

Policéfalo y Señora

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

Interesantísima novela, que es como un reflejo de la vida de los argentinos en París. Precio \$ 2.50

Otras obras de interés

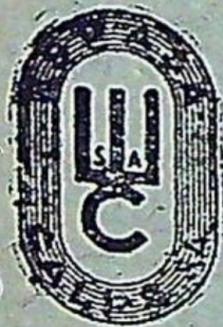
Juvenilia, por Miguel Cané, \$ 0.60 — Descartes, A. Hoffmann, \$ 2.50 — Nosotros, los marxistas, por Antonio Ramos Oliveira, \$ 3.— Capitalismo y Socialismo en la postguerra, por Otto Bauer, \$ 3.50.

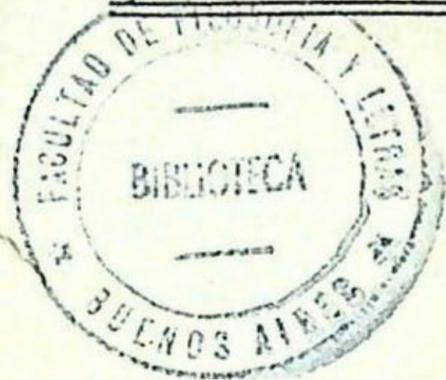
De venta en:

ESPASA-CALPE S.A.
MONTEVIDEO 22

BUENOS AIRES

y en todas las principales librerías.





Introducción a la Sociología

Por RAUL A. ORGAZ

II

EL PROBLEMA DE LA CAUSA Y DE LA LEY

Siguiendo el programa que se ha confeccionado para este cursillo, corresponde a la segunda clase la referencia — el análisis hasta donde puede ser hecho en una sola exposición — del problema causal.

Los estudios muy recientes y muy justamente admirados de Emilio Meyerson han puesto de relieve cómo la exigencia causal es inherente a la ciencia. El eminente filósofo polaco (naturalizado francés) ha combatido o, mejor, ha rectificado la concepción positivista de la ciencia, concepción que prohibía la indagación demasiado profunda de los problemas de la ciencia. En opinión de Meyerson, la ciencia no es nunca puramente *descriptiva*, ni puramente *legal* (de leyes) sino, ante todo, explicativa: "la ciencia exige la explicación".

En la clase anterior ya se vió cómo las doctrinas de Tarde y de Durkheim, antagónicas, sin duda, en más de un principio —, coincidían, sin embargo, en reconocer la naturaleza mental o psíquica de los acontecimientos o fenómenos sociales. Esto es suficiente para legitimar la posición naturalista en la ciencia social, y para legalizar, a la vez, la exigencia causal en

ese mismo terreno. Es cierto que Meyerson no se ha referido, al perquirir la esencia de las explicaciones que brindan los sabios, a las llamadas "ciencias morales y políticas", es decir, a las ciencias que hoy se conocen con el nombre de "sociales"; pero la adopción de punto de vista naturalista en sociología es suficiente, en nuestro sentir, para transportar aquella exigencia causal al propio campo de lo colectivo.

Que esa posición naturalista es legítima, es algo que escapa ahora a la duda, particularmente después de los trabajos de Rickert. Este filósofo ha escrito, en efecto, que "toda realidad, y la *psíquica también*, puede ser aprehendida por modo generalizador, como *naturaleza*, y por consiguiente debe ser concebida también por modo naturalista". El mismísimo Croce no ha llevado tampoco las cosas más allá de lo discreto, y después de prevenir (aludiendo a la psicología científica) que su "hostilidad era contra la intrusión del método psicológico en la filosofía, pero no contra la psicología misma", agrega que el método naturalista es necesario, y que en éste se fundan "las disciplinas o ciencias naturales, las que se forman sobre todas las manifestaciones de la realidad, aun sobre aquellas que más estrechamente se dicen *espirituales*". (1)

Hechas estas aclaraciones y fijadas estas premisas, reconocamos de inmediato la eterna gravedad del problema científico concerniente a los fenómenos humanos, una de cuyas especies es el fenómeno social. El fuerte carácter *psíquico* de los acontecimientos o hechos sociales y el reconocimiento de que, en lo psíquico, *lo volitivo* tiene un marcado predominio, en cuanto que la voluntad se halla incesantemente orientada por *fines*, imponen una consideración más atenta de este punto, concerniente a la legitimidad de la exigencia causal en lo humano colectivo.

Y sin embargo, basta pensar — por una parte — que el yo, sujeto de que se ocupan la psicología y la sociología no es el yo de la filosofía, el yo *trascendental*, sino el yo de la ciencia, el yo *empírico*, y por la otra, que este yo empírico puede ser y es *condicionado*, para introducir un comienzo de paz en las inquietudes suscitadas por ese problema. Añádase que los filósofos han reconocido que el concepto de causa es doble, bifacial; pertenece al mundo de la razón y al mundo de la volun-

(1) Croce: "*Filosofia della pratica*", pág. 71.

tad, y nadie se escandaliza si como explicación del hecho de que alguien perdió el tren, se aduce que la causa de ese hecho se encuentra en un descuido del frustrado pasajero, que omitió dar cuerda a su reloj. La voluntad es, así, mirada como una verdadera causa, o como una fuente de causas. En fin: recordemos que *la finalidad* no es obstáculo para que el hombre pueda perquirir válidamente los fenómenos individuales o colectivos, y que algún filósofo — como Goblot — ha hecho notar que la finalidad no sería sino una especie de causalidad, en cuanto ella sería la determinación del presente no por un hecho futuro, sino por la *necesidad* de un hecho futuro. La causa aquí, sería, pues, esa *necesidad*.

Pongamos un ejemplo sin salirnos de la grave compañía de los filósofos. Cuando Emilio Boutroux examina *la idea de ley natural* y alude a las leyes sociales, menciona el fenómeno largamente aprovechado por los sociólogos, de la "*división del trabajo*". Discute aquí la explicación mecanicista de ese fenómeno, cuya causa sería *la lucha por la vida*, y hace ver (y esto es lo para nosotros digno de interés) que esa supuesta causalidad bruta, elemental, está — de hecho — saturada de elementos télicos, de inteligencia. "La lucha por la vida comporta varias soluciones, entre las cuales la más sencilla es el recíproco devoramiento, (*entre-mangement*) de los seres; y sin embargo, el hombre elige o prefiere otra solución, la de dividir más y más el trabajo entre los seres agrupados, para hacer posible la continuación de la vida en común". Ejemplo decisivo para revelar cómo, cuando se sostiene — dentro de la más ortodoxa posición naturalista — que mecánicamente la lucha por la vida conduce a la división del trabajo, no se excluye, en manera alguna, la intervención, en ese resultado, de los factores inteligentes de la voluntad; esto es, del telismo, del juego de fuerzas volitivas más o menos racionalmente orientadas.

Así, en cuanto la vida social es, ante todo, acontecer y acción, este acontecer y esta acción pueden y deben someterse al tribunal de la explicación. ¿Pueden? Este es el problema. Una cosa es reconocer la *legitimidad* del examen causal en sociología, y otra es aceptar la *posibilidad* de ese examen.

Si se recuerda la obvia verdad según la cual la causalidad psíquica es diferente de la física y que — en consecuencia — mejor que de *causa y efecto* debe aquí hablarse de *estímulo* y de

reacción no mecánica sino télica a ese estímulo; si se tiene en cuenta, por otro lado, que los propios objetivistas del tipo de Durkheim reconocen que, en última instancia, al analizar los hechos sociales, se llega a *estados colectivos de conciencia*, o a "representaciones colectivas", no parecerá imposible, *a priori*, descubrir las influencias, excitaciones o estímulos que producen o crean esos estados colectivos de conciencia.

La distinción entre la "sociedad en estado naciente" y la "sociedad institucionalizada" — ya reconocida en la primera clase, de acuerdo a los criterios de Simmel—, puede aquí ser utilizada para destacar la varia condición del examen causal. Cuando se dice, por ejemplo, que los hombres se unen o se desunen mejor y más fácilmente por los sentimientos que por las ideas, se significa que la *causa* de esa unión o desunión (relaciones de atracción y de repulsión, de acercamiento y de lucha, etc.) se halla en un estímulo poderoso; más poderoso, en todo caso, que el deseo de verdad o de coherencia lógica: simpatía instintiva, placer gregario, antipatía racial o religiosa, etc. Cuando se dice, por ejemplo, que el número de matrimonios, en períodos dados, expresa la apreciación de la prosperidad económica predominante en esos períodos, o cuando se sostiene que un proceso revolucionario se caracteriza, entre otros rasgos por una gran relajación de las costumbres, en ambos casos se alude a dos instituciones de un grupo: la familia y la moral, y en ambos casos la causa de los fenómenos respectivos ha de hallarse, *a priori*, en estados colectivos de conciencia: la desconfianza en el primer caso, el escepticismo moral en el segundo. El examen de las condiciones que explican la aparición y duración de esos estados colectivos de conciencia es lo que interesa al sociólogo. Que ese examen es posible, parece inferirse del hecho de que, prácticamente, atribuimos a individuos y a colectividades determinados sentimientos o estímulos en tal o cual situación, y que no nos equivocamos sino raras veces al proceder de ese modo. La vida en común sería, en efecto, imposible por caótica si la constancia de ciertos estímulos psíquicos y de sus correspondientes respuestas no introdujesen un elemento de regularidad y de orden en el comportamiento práctico de los individuos y de los grupos.

La siempre repetida comprobación de que los fenómenos sociales son complejos extraordinariamente, obliga a tomar mayores precauciones en la indagación causal de los mismos.

¿Podrá bastar la conocida distinción del historiador entre *causa* y *condiciones* de un fenómeno? Ni siquiera ella es suficiente, pues es sabido que esta distinción entre causa y condiciones es *relativa*: “una epidemia — observa con razón el profesor Simiand — tendrá como causa, para el médico, la propagación de cierto microbio, y como condiciones la suciedad, la promiscuidad, la mala salud engendrada por el pauperismo; para el sociólogo y el filántropo, el pauperismo será la causa, y los factores biológicos las condiciones”. Esta relatividad impone, de entrada, suma circunspección y prudencia al investigador.

La indagación causal pende de la solución de dos problemas previos: a) supuesto que un fenómeno social se halla condicionado por múltiples antecedentes ¿cómo puede él ser referido a una causa específica?; b) halladas esa causa o causas específicas ¿cómo puede, con certeza, decidirse que intervienen en la producción de un hecho concreto particular?

Ordinariamente, los conceptos de *causa* y *efecto* se consideran unidos por una relación de dependencia unilateral. Cuando se dice, por ejemplo, que “los pueblos tienen los gobiernos que se merecen”, se entiende sostener que hay una relación causal entre un pueblo indolente y atrasado y el gobierno retrógrado y dictatorial surgido de él; pero es fácil ver, con este vulgarísimo ejemplo, que la inversa también puede sostenerse, y que cabe argumentar que el despotismo y atraso del gobierno influyen en el espíritu de la masa, reforzando o consolidando su atraso e indolencia.

Esa relación causal unilateral tiende cada vez más a ser abandonada en sociología. Es reemplazada por la *relación causal funcional*. Así se pasa del ilusorio *monismo* causal a un verdadero *pluralismo*. El primero es característico de la filosofía de la historia, antecesora de la sociología; el segundo es propio de ésta.

El sociólogo italiano Vilfredo Pareto es quien (entre otros) ha criticado más eficazmente la relación causal unilateral. Ha puesto varios ejemplos convincentes de la falacia explicativa a que ella conduce. Así, cita Pareto a un autor antes muy prestigioso — Fustel de Coulanges — el cual en su alabadosísimo libro *la Ciudad antigua* pretende que “la religión del hogar ha enseñado al hombre a apropiarse la tierra y le ha asegurado su derecho sobre ella”. Pareto revela, sin esfuerzo, la fa-

lacia de la explicación. Algo semejante puede observarse, entre nosotros, con las explicaciones aducidas por algunos historiadores-filósofos. Francisco Ramos Mejía — para recordar un solo caso — empeñado en justificar científicamente el fenómeno de nuestro federalismo, y de rechazar la vana teoría de la imitación del modelo yanqui, escribe que el germen de nuestro federalismo se encuentra en el “particularismo peninsular” reforzado por el espíritu democrático que se desarrollaba espontáneamente en el Plata. Bien se percibe lo inocuo y engañoso de la explicación propuesta por Ramos Mejía, pues si ese antecedente capital: el particularismo peninsular, y esas condiciones favorables al desarrollo del espíritu democrático bastasen para aclarar el problema, no se comprende por qué las otras colonias de España no adoptaron, al emanciparse, el régimen federativo, supuesto que el antecedente hereditario era el mismo en ellas, y unas mismas, en lo fundamental, las condiciones que favorecen la anárquica y bravía democracia de que esas ex-colonias dan ejemplo.

La indagación causal sociológica quiere combatir la complejidad de los fenómenos sociales a fuerza de flexibilidad y capacidad adaptativa. Figuras proceras de la sociología alemana, — como el extinto Max Weber — introducen la plástica noción de “probabilidad”, sobre la cual trabajó el gran filósofo francés Cournot. Al lado de Max Weber, Pareto en Italia y en Suiza, y Durkheim en Francia, han luchado por hacer que se reconociese un planteamiento nuevo en el problema de la causalidad social, verdadero corazón de una sociología científica.

Metodológicamente, pues, se comienza aceptando que las manifestaciones de la realidad social — las relaciones sociales y sus productos — están íntimamente conexas, y se hallan correlacionadas en un grado que indica el coeficiente de correlación de una dada probabilidad. Hay, entre esas manifestaciones, una relación funcional (*variable y función*). Así se posibilita tratar un dado factor como una *variable*, e inquirir con qué y hasta dónde se correlaciona. Las categorías *causa y efecto* ceden lugar a las categorías *variable y función*. “Se aísla — observa sobre esto Sorokin — una “variable” que está siempre presente en un fenómeno social, y se estudian sus relaciones funcionales con otros fenómenos”. Este procedimiento

permite también a veces invertir la ecuación funcional, y tomar una "función" como "variable" para procurar descubrir sus funciones. Después de comenzar con relaciones sociales relativamente constantes, se llega — mediante aproximaciones sucesivas — a ceñir más de cerca el fenómeno en cuyo examen se trabaja" (1).

En consonancia con este nuevo concepto, Durkheim aplicó el método llamado de "las variaciones concomitantes" al estudio del suicidio y de la división del trabajo social. Ese método se reduce a "comparar las variaciones de una misma institución en los diversos pueblos, tomados en un cierto momento, con las de los varios fenómenos que pueden hallarse ligados a ella por una relación de causa a efecto". Durkheim toma el fenómeno de la división del trabajo como una "variable", y extrae sus fluctuaciones y expresiones en relación con otros fenómenos, concebidos como "funciones" o efectos. Establece una relación entre el desarrollo de la estructura organizada y el debilitamiento del tipo segmentario. Los cambios en la "variable" se acompañan con modificaciones en otros fenómenos sociales (funciones). Luego, Durkheim se pregunta cuáles son las causas que explican el aumento de la división del trabajo, concebido ahora no ya como "variable" sino como "función". Halla dos condiciones que, en su concepto, determinan los progresos de la división del trabajo: a) la "densidad dinámica" (acercamiento de los individuos) y b) el "volumen social" (cifra total de los miembros de un grupo). Conclusión; la división del trabajo varía en razón directa del volumen y de la densidad de las sociedades.

Otra aplicación — de más enjundia filosófica — hallamos en los primorosos estudios de sociología de la religión, llevados a cabo por Max Wéber, en Alemania. Como "variable", Wéber escoge el fenómeno religioso para señalar la influencia del mismo sobre el fenómeno económico, en particular.

El eminente sociólogo alemán rehusa adherirse a las interpretaciones unilaterales, de las que es modelo prestigioso el economismo histórico, o filosofía económica de la historia. Adopta, en cambio, como punto de arranque, la mutua interdependencia del fenómeno religioso y del fenómeno económico. No obstante, es posible y es lícito comenzar tomando uno

(1) Véase Sorokin: "Contemporary sociological theories", pág. 44 v 528.

de esos fenómenos como "variable" (aquí el fenómeno religioso) para señalar sus efectos sobre el sector de la realidad económica. Postula, pues, la correlación,—racionalmente probable— que existe entre las formas de organización económica y los tipos de ética religiosa.

¿Cómo pudo ocurrírsele a Wéber la idea de hallar o sentar una correlación entre un fenómeno tan esencialmente espiritual como la religión y uno tan dominado por la técnica material como la economía? Sencillamente, por el fuerte vínculo que probablemente enlaza el modo práctico de vivir (*Lebensführung*) y las ideas religiosas, por un lado, y ese mismo modo práctico de vivir y los hechos económicos, por el otro. La ética económica (*Wirtschaftsethik*), o sea el conjunto de los modos prácticos de vida producido, entre otros factores, por la religión, es el elemento de que Wéber se vale para descubrir los efectos del fenómeno religioso. Escoge varias religiones: el budismo, el cristianismo, el judaísmo y otras más, todavía, y señala los rasgos típicos de la "ética económica" en cada una de ellas, como también las repercusiones que esos tipos de vida práctica alcanzan en la organización económica de los pueblos que siguen aquellas religiones.

Es muy sugerente —en este tema— el análisis de las relaciones entre el protestantismo y el capitalismo, llevado a cabo por Max Wéber. Con toda evidencia, antes de ser organización el capitalismo ha sido espíritu (*Der Geist des Kapitalismus*). Este espíritu es el espíritu del protestantismo, de su modo práctico de vida, de su concepción ética. El deseo de ganancia por la ganancia misma, la vocación (*Beruf*) del trabajo o para el trabajo, el horror al derroche, la estimación del hombre por su capacidad para el trabajo, la exactitud, la corrección, la puntualidad, la canonización del cálculo, el estímulo de la invención, el antitradicionalismo y el racionalismo serían los rasgos conspicuos de la mentalidad capitalista. Esos rasgos se hallan en la mentalidad del protestante. Así se establece una correlación entre lo económico y lo religioso, correlación que nos aleja del útil pero insuficiente simplismo del economismo o "materialismo de la historia", pero que, al mismo tiempo, nos veda sustituirlo con el "idealismo de la historia", esto es, con la tesis que hiciese, del factor religioso el fenómeno rector de los restantes, inclusive el económico.

Limitémonos, pues, por el momento a subrayar la meritoria labor de hombres como Durkheim y Max Wéber que, con gran seriedad científica, con pacientes observaciones y un enorme caudal informativo, sacan a la indagación sociológica del atrayente pero riesgoso sendero de la *introspección* y de la *intuición*, dominios favoritos de otros sociólogos como Tarde y Simmel.

Al ilusorio monismo reemplaza el pluralismo causal; a la relación causal unilateral, la relación causal funcional; a la causa, la variable, y al efecto, la función; a la dependencia singular, la inter-dependencia.

Pasemos ahora al otro aspecto del tema de hoy, complementario del problema causal: el conocimiento nomológico, el problema de la *ley social*.

Volvemos a encontrarnos aquí con una ineludible referencia al positivismo comteano, que ha señalado la importancia de la noción de "ley". El positivismo ha creído siempre que el objeto de la ciencia era la acción: "de la ciencia nace la previsión; de la previsión, la acción". Por lo tanto, lo único que interesa es el estudio de las relaciones entre fenómenos, de las relaciones constantes; por eso Comte definía la ley como "la constancia en la variedad". El espíritu metafísico está vivo siempre que el hombre se empeña en buscar "explicación" a las cosas. Coordinar y sistematizar los hechos es lo importante.

Todo esto es muy conocido, y si lo recordamos es por su interés para la sociología. Comte databa la fundación o — mejor — la creación de la sociología desde el descubrimiento de la "ley de los tres estados". Esta ley, presentido por Turgot y por Condorcet, dominaría el conjunto de la evolución de la humanidad. Según el fundador del positivismo, únicamente la circunstancia de que los fenómenos sociales, por ser los más *complejos* son, al mismo tiempo, los más *modificables* de todos, ha hecho creer a los hombres que no existía ley alguna en el mundo social.

Así, para el creador de la ciencia social (con la reserva de que hablamos en la primera clase acerca de ese título) ésta es tal ciencia porque posee una *ley propia*. ¿Hasta qué punto la ley es condición vital del conocimiento científico? Muchas veces se ha negado tal exigencia. La descripción exacta, objetiva y prolija de los hechos parece suficiente para elevar un conoci-

miento a la categoría de científico. La determinación de ciertos hechos: p. ej.: el volumen o el peso del sol, el ordenamiento de las capas geológicas, la actuación del *tertius gaudens* en un grupo de tres individuos, etcétera, son ya del dominio de la ciencia. Es cierto, añadimos nosotros; pero la ciencia sólo alcanza su coronamiento lógico en el sector nomológico.

Otras veces se ha hecho notar, en son de reparo, que la verdadera ciencia se compone más de *principios* que de *leyes*. Mientras la ley enlaza ciertos hechos definidos mediante ciertas relaciones definidas, el principio sería una generalización que explica los modos de acción de una fuerza. La ley sería, así, una formulación relativamente superficial frente al principio, único elemento de *explicación*. “La gravitación, por ejemplo, escribe Lester Ward, es una fuerza, pero obra de un modo regular que llamamos “ley de la gravitación”. Sus aplicaciones variadas son principios o utilizan principios. La evolución es una ley, o se produce según una *ley*, desde que los fenómenos se suceden en un orden definido de sucesión; pero la selección natural es un *principio*: enseña cómo los efectos así observados se producen. La gran obra de Malthus: *Principio de la población*, fué correctamente designada, y el principio está allí bien explicado”.

De todas maneras, el acatamiento a la exigencia legal ha sido casi absoluto entre los sociólogos, y hombres que no lo eran han especulado a propósito de esa exigencia. Tarde llamó *Les lois de l'imitation* a su primer gran libro de sociología y *Les lois sociales* al último. El más ilustre de los sociólogos franceses que aun viven: Gastón Richard, intituló uno de sus libros *La sociologie générale et les lois sociologiques*. Emilio Boutroux examinó el tema en su trabajo *De l'idée de loi naturelle*, editado por la *Revue des Cours et Conférences*. Sólo la nueva sociología alemana — con Geiger y Litt, entre otros — rechaza o deja en un nivel secundario la investigación de la ley, para atenerse a la constitución de “tipos”, de los que extrae la configuración ideal de los fenómenos reales; pero esta posición es más filosófica que científica.

¿Existen, de hecho, regularidades en la vida social? Evidentemente, toda forma de actividad las supone. La existencia de tales regularidades revela que la contingencia tiene sus límites. Si existiese un libre arbitrio del tipo de que algunos han

hablado, como un factor absolutamente indeterminado en las acciones humanas, imprevisible e inanalizable, es evidente que la misma vida práctica de los hombres sería imposible, puesto que no existirían ni el carácter en el individuo ni la individualidad, a lo menos relativa, en las colectividades; nada de lo que, en la vida real y en la vida política, nos permite conocer a nuestros amigos ni a nuestro pueblo como pueblo. Así se explica que Max Wéber haya podido sostener, con entera razón, que cuanto más libre es una voluntad, más fácilmente previsible es la actuación del que la posee, pues la voluntad libre es activa donde los impulsos interiores y la fatalidad exterior no influyen una decisión, lo que permitirá exteriorizar una actuación o actividad racional, guiada por las regularidades y normas del grupo a que uno pertenece. Hay mucha mayor certeza en el pronóstico que formulamos sobre el modo de reaccionar una persona cuya relación cultivamos, ante un determinado suceso que la afecta feliz o desgraciadamente, que en un pronóstico meteorológico. De este modo, la finalidad no parece incompatible con el orden y regularidad que, de hecho, es fácil señalar en las relaciones recíprocas de los hombres.

Esas *regularidades* de la vida social, ¿son todas derivadas del acatamiento o adhesión que los individuos prestan a las normas exteriormente obligatorias, a las *instituciones* de un *grupo*? — Por cierto, muchísimas formas regulares de la actividad concertada derivan de aquel acatamiento o adhesión. Un individuo que, para saludar a una dama, se quita el sombrero e inclina levemente la cabeza, obedece a una regla exteriormente obligatoria, y los millones de seres que cotidianamente siguen esa práctica muestran una regularidad de tipo *institucional*. Pero sería un error suponer que la coexistencia muestra ese único tipo de regularidad, al que, sin embargo, Stammler consagra una atención exclusiva. También existen regularidades *no institucionalizadas*, derivadas de propensiones psíquicas de uniforme exteriorización. Por ejemplo: la tan llevada y traída "ley de la oferta y de la demanda" reposa en una *regularidad* de este tipo; es decir, en la comprobación de que, habitualmente, los hombres *desean* comprar tan barato y vender tan caro como es posible. Cuando un hombre es insultado, habitualmente la reacción consiste en responder al insulto con otro insulto. Esta igual manera de reaccionar los individuos ante

una misma situación — venta o compra, agresión, etcétera — introduce un elemento de regularidad no derivado de la conformidad con las normas e instituciones del grupo en cuanto tal. En general, y sin atender a salvedades sin importancia, puede reconocerse que el primer tipo de regularidad corresponde a la sociedad *institucionalizada* y el segundo, a la sociedad *en estado naciente*, de que nos ocupamos en la exposición precedente.

¿Cuáles son, ahora, *las leyes* de la sociedad? Se ha hablado por algunos — como el sociólogo polaco Znaniecki — de siete tipos de leyes de psicología social. Nosotros hallamos excesivo el número, y los reduciremos a tres: a) las *uniformidades empíricas*; b) las leyes llamadas de *evolución*; y c) las leyes *cuantitativas*.

Las *uniformidades empíricas* constituyen el ejemplo más frecuentemente aducido en sociología. Un profesor tan escuchado como el norteamericano Ellwood, las acepta. Tales leyes establecen que los individuos en relación los unos con los otros (en sociedad, más brevemente) se comportan de un modo *habitualmente* uniforme. Volvemos, pues, a encontrar el criterio de la *regularidad* en los actos y manifestaciones de los hombres. Como ejemplos de este tipo de leyes suelen aducirse las leyes de la imitación, enunciadas por Tarde; las de la muchedumbre, formuladas por Le Bon, y otras. Así, la *generalidad* es, aquí, el criterio que reemplaza al de la *necesidad*, característica de las leyes físicas.

¿Qué pensar de estas uniformidades empíricas? El argumento principal que se les dirige es que esas pretendidas leyes son meras *descripciones* de hechos: definen ciertos hechos, al paso que las leyes del orden físico definen ciertas *relaciones* entre hechos. Tal es la principal objeción que sale de la pluma del ya citado sociólogo Znaniecki. Esas uniformidades no *explican* los hechos respectivos, sino que se limitan a clasificarlos. “La ley de Boyle-Mariotte es válida siempre y donde quiera que se trata de compresión de gases; pero la ley de Tarde (según la cual el inferior imita al superior) no es válida siempre y donde quiera que hay imitación”, concluye el profesor polaco.

Sin embargo, no es correcto acentuar tanto la diferencia entre ese tipo de leyes y el de las leyes del orden físico. Muy pocas veces es dado al hombre admirar la suprema belleza de

una ley que se cumple en su plenitud. El carácter *condicional* de las generalizaciones científicas es harto conocido, y esto permite acercar las leyes sociales a las otras. "En realidad, — anota Meyerson — la ley, respecto de los fenómenos directamente observados, no puede ser nunca más que más o menos aproximada. La ley es una construcción ideal que expresa no lo que pasa, sino lo que pasaría *si ciertas condiciones*, más o menos irrealizables en su plenitud, llegasen a ser comprobadas... Desde la ley de Newton sabemos que las leyes de Képler no pueden ser exactas más que aproximadamente, y la teoría cinética nos enseña que ningún gas puede seguir rigurosamente la ley de Mariotte" (1). Así, siempre que en un hecho de imitación se encuentren las condiciones requeridas, se podrá afirmar que el inferior ha repetido el modelo propuesto u ofrecido por el superior. Siempre que se den las condiciones necesarias para que un grupo de individuos se defina como muchedumbre, podrá sostenerse que "en la muchedumbre el pensamiento se resta y el sentimiento se suma".

La segunda forma o tipo de *ley social* corresponde a las leyes de *evolución*. Comte, por ejemplo, sostuvo que la evolución mental de la especie humana estaba regida por la "ley de los 3 estados", en virtud de la cual la humanidad se inicia con el período "teológico", pasa luego al "metafísico" y entra, en fin, en el período "positivo". Otros ejemplos se encuentran en Ward y en el propio Comte cuando, respectivamente, afirman que los factores psíquicos o ideales irán, cada vez más, predominando en la vida social, y que progresivamente prevalecerán, en la especie humana, los elementos típicamente humanos sobre las características de la animalidad.

Esta concepción o solución es insuficiente. Se ha dicho, con razón, que ella resulta de la combinación de la idea científica de *ley* con la idea filosófica de un mundo *en desenvolvimiento*. Además, Durkheim observó con justicia, a propósito de la concepción comteana de "ley", que con tal concepción es imposible conseguir que las leyes establezcan *relaciones definidas de causalidad*, bastando, en cambio, que ellas expresen el *sentido general* conforme con el cual se cumple la evolución humana. De este modo, resulta imposible establecer *comparaciones*, antecedente ineludible del establecimiento de leyes sociales.

(1) Meyerson, *De l'explication dans les sciences*, pág. 29. www.ahira.com.ar

Este tipo de ley corresponde a la filosofía de la historia antes que a la sociología, y es — en lo legal — el homólogo del monismo causal en el terreno de la explicación.

Vengamos al tercer tipo, a las *leyes cuantitativas*.

Los ejemplos abundan. Una ley formulada por Durkheim sostiene que “el suicidio varía en razón inversa al grado de integración del grupo a que el suicida pertenece”. Una ley enunciada por Giddings asevera que “la tradición es autoritaria y coercitiva en proporción a su antigüedad”. Otra ley cuya paternidad corresponde a Tarde muestra que “en la ausencia de interferencia, la imitación crece en progresión geométrica”. En fin: un autor que el año pasado ha hecho aparecer un libro, editado en Nueva York y titulado: *An hypothesis of Population Growth*, asevera que “el volumen de la población tiende a variar directamente con la riqueza total, e inversamente con la elevación de los niveles de vida”.

Sin caer en la falacia matemática, ni en la superstición estadística, es indudable que leyes del tipo de las que acabamos de recordar, formuladas sobre elementos de relativa precisión, comportan un comienzo eficaz de formulación. Son aproximaciones iniciales a la realidad que se intenta dominar. Son, así, generalizaciones aproximativas. Ya sabemos que Durkheim empleó el método de las variaciones concomitantes en su primorosa monografía sobre *El suicidio* (parcialmente rectificada ahora, por su discípulo Halbwachs), y este recuerdo es oportuno aquí al tratar de la *ley social*, pues ya se acaba de ver cuál es la concreta generalización a que llega el eminente sociólogo francés. La importancia de tales generalizaciones reside, en opinión nuestra, en la circunstancia de que la relación que ellos establecen entre hechos particulares, sin ser todavía una *relación causal*, vale, a lo menos, como *presunción* de causalidad; y este es un punto de partida serio y sólido en la indagación del fenómeno que se quiere esclarecer.

¿Cuáles son, ahora, los caracteres de las leyes sociales? Encontramos dos principales: a) son leyes *tendenciales*; b) son leyes *de masa*. La primera expresión corresponde al profesor Richard, quien hace notar, que “las leyes sociales expresan tendencias muy reales, que un análisis un poco atento de la Historia y de los resultados de la Estadística nos permite ver” y que

esas leyes tendenciales "se manifiestan, sea por la regularidad comprobada de la estadística, sea por los procesos históricos". Análogamente, Max Wéber sostiene que las regularidades sociales no son más que *erwartungschancen*; es decir, "probabilidades típicas de esperar cierto desenvolvimiento de una acción, bajo la presencia de ciertas condiciones". En cuanto a la segunda característica, se refieren las leyes sociales al grupo en cuanto grupo, prescindiendo de las particularidades individuales. Sin embargo, dos salvedades caben a este respecto. La primera, que aquí la distinción entre *causa* y *condición* vuelve a tener valor cuando se trata de interpretar una ley social. Por ejemplo: al decir Durkheim que la causa del suicidio, traducida en la ley que él enuncia, radica en la constitución misma del *medio social* o grupo (el suicidio varía con el grupo económico, familiar, religioso, etc.) prescinde de las causas de orden hereditario, biológico; esas causas que estudian, de preferencia, los psiquiatras. Estas son, para el sociólogo, meras condiciones. A la inversa: para el psiquiatra, las causas del suicidio radicarán en los antecedentes y fallas de la herencia del individuo, y como condición actuarán los factores sociales.

La segunda reserva se refiere a la distinción entre "sociedad en estado naciente" y "sociedad institucionalizada". Al decirse que las leyes sociales son *de masa* no se entiende negar que haya leyes también respecto de la sociedad *en estado naciente*, si bien — por razones evidentes — parecerá más fácil señalarlas en los grupos en cuanto grupos; esto es, en los modos de "sociedad institucionalizada". Como ejemplo de ley perteneciente a la sociedad en estado naciente, encontramos la que reza que "la imitación va de dentro a fuera", o la que sostiene que "el inferior imita al superior".

Como conclusiones podemos enunciar las que siguen:

- a) el antecedente del estudio causal en sociología es la clasificación de las *formas* de vida social (o de las *especies* o *tipos* sociales);
- b) el punto de partida de dicho estudio se halla en la comprobación de hechos *materiales* de carácter social, cuya traducción *espiritual* incumbe al sociólogo;
- c) para ello, cabe adoptar el principio de la *relación cau-*

sal funcional, que permita generalizaciones aproximativas;

- d) el sentido de *invariabilidad* de las leyes sociales, proclamado por el positivismo comteano, es reemplazado por un sentido *relativista*, que incorpora el concepto de *probabilidad* o *tendencia*.

Vieja y Nueva Concepción de la Realidad (*)

Por FRANCISCO ROMERO

Hace algunos años, un grupo de psicólogos alemanes comenzó a aplicar métodos y puntos de vista nuevos en psicología. Constituían inicialmente el grupo Max Wertheimer, ahora profesor en la Universidad de Frankfurt (1); Kurt Koffka, autor del bello libro *Bases de la Evolución psíquica* (2), y Wolfgang Koehler, director del Instituto de Psicología de la Universidad de Berlín, que nos visitó a fines del año 1930 (3). Posteriormente el círculo se ha agrandado, y no solamente la dirección psicológica representada por estos investigadores ha ido cobrando un vuelo tan seguro como espléndido, sino que ha influido en número considerable de psicólogos de tendencias diferentes y hasta adversarias.

La significación excepcional de esta psicología novísima consiste sobre todo en que parece mostrar ahora el camino para salir del laberinto en que se encontraba esta ciencia en el último tercio del siglo XIX y primeros años del nuestro

(*) El Ateneo de Estudiantes de Ciencias Económicas me solicitó una conferencia a fines de agosto; accediendo al grato pedido, leí el 13 de septiembre, en el salón de actos de la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, el trabajo que ahora publico con ligeras modificaciones que no intentan modificar el tono ni el sentido general de la exposición. Téngase, pues, presente que estas páginas fueron escritas para un auditorio, y no para la lectura solitaria. Si las imprimo, es porque, aunque escritas de prisa, fueron pensadas despacio y contienen la substancia de un trabajo más extenso que deseo publicar desde tiempo atrás. Al final hallará el lector algunas anotaciones complementarias.

(4). En efecto, después del extraordinario auge de la psicología experimental tal como la planteó y aun la codificó Guillermo Wundt, una grave crisis sobrevino en el campo de estos estudios. Sería inexacto y hasta pueril interpretar esta crisis como el fracaso *absoluto* de los supuestos y los métodos de la psicología experimental según la forma clásica que le dió Wundt, porque es infantil y errado suponer que el presente niega todo pasado, y que la verdad plena y definitiva estaba reservada en los archivos del tiempo para este minuto que es nuestro ahora, minuto que ingenuamente tendemos a erguir frente a cualquier pretérito, porque, henchido de nuestra palpación vital, se nos aparece privilegiado y único. Pero, descartado este *absolutismo de la negación* — insostenible ante la reflexión fría, aunque eficaz resorte en la acción candente —, es indudable que tras la crisis de la psicología de tipo wundtiano, las concepciones de esta psicología reciente, la llamada psicología de la "Gestalt", o de la "forma", o de la "estructura", señalan un derrotero original, distinto de los rumbos viejos y ya corroborado por suficientes comprobaciones experimentales (5).

Como voy a tomar la psicología por ejemplo especial o caso concreto de una situación general, insistiré con algunos detalles en lo ocurrido en la marcha de esta disciplina.

La "psicología moderna", lo que se denominó "psicología científica" a mediados del siglo XIX, constituye, prescindiendo de las direcciones menos importantes, una sola línea, una gran línea recta que arranca de Hume y culmina y muere en Wundt. Tal comienzo y tal fin no han de tomarse, naturalmente, demasiado a la letra. Hume aprovecha abundantes materiales preexistentes, que organiza en cuerpo de doctrina imponiéndoles su sello propio, — y las investigaciones a la manera de Wundt prosiguen, con correcciones de orientación más o menos esenciales.

Esta psicología, a la que Hume impuso su cuño a mediados del siglo XVIII, pretende ser una cosa y es en realidad otra muy distinta. Cree ser puro empirismo, realidad captada inmediatamente, vida anímica vista sin velos de nociones previas, de presunciones, de teorías. Y en verdad es algo muy diferente. Desde el Renacimiento hasta fines del siglo XVIII, más allá de toda particular teoría, hay una concepción total o teo-

ría-madre, el Racionalismo de Descartes y Leibniz, el sistema de la razón estricta, que domina imperiosamente y da el tono a toda la Edad Moderna. Acaso sea Guillermo Dilthey el hombre a quien debemos las indicaciones más profundas para comprender el espíritu y el sentido de una época que ya comienza a destacarse en perspectiva a nuestra espalda, con una unidad imponente y con sus contornos perfectamente acusados. La física de Galileo y Newton es la transcripción de ese sistema en lenguaje físico. La psicología de Hume es la versión del mismo sistema en idioma psicológico.

La influencia de la psicología de Hume ha sido enorme. Contra cualquier otra concepción de lo anímico, parecía haber llegado a una interpretación rigurosamente científica que permitiría establecer sucesivamente todas las leyes del acontecer psíquico, casi con la seguridad con que se establecían las leyes de la realidad física. Esta psicología es la que llega en el siglo XIX hasta Stuart Mill y hasta Taine. Stuart Mill la acepta en su *Lógica*, uno de los libros capitales y representativos de su tiempo, llamada con razón la Biblia del Positivismo, porque es como un vasto depósito de las ideas, creencias y aspiraciones intelectuales de aquel promedio del siglo. Hipólito Taine, que siempre escribía *ad demonstrandum*, da de esta psicología una elaboración propia, aunque ortodoxa, en su famoso tratado *De l'Intelligence* (1870), en el que la exposición de lo psíquico adquiere a veces la transparencia y la precisión de un teorema matemático. Pero la carrera gloriosa de la psicología de Hume no termina con la *Lógica* del inglés J. Stuart Mill y con el célebre tratado del francés Hipólito Taine. Cuando el alemán Guillermo Wundt intenta una psicología experimental de nuevo estilo por los años setenta, recoge también la herencia humiana, cuyos postulados autoriza con laboriosas experiencias de laboratorio.

Los supuestos capitales de la psicología de Hume, aceptados sin examen, como datos inmediatos, eran: Que hay elementos psíquicos, es decir, unidades psíquicas últimas y elementales, que por sus combinaciones o estados de agregación constituyen los momentos sucesivos de la psique, las unidades psíquicas superiores, —y que estas agrupaciones o combinaciones se producen mediante las leyes de asociación. Fácil es comprender que esta concepción respondía punto por punto a la del atomis-

mo físico tradicional, que a partir de los átomos construía los edificios materiales.

Este es el sistema psicológico que alcanza su altura máxima — al mismo tiempo que desde ella se derrumba — en Guillermo Wundt, el psicólogo por excelencia del pasado más próximo a nosotros. Ya en el mismo Hume se advierte algún indicio del íntimo conflicto que estallará en la psicología de Wundt. Tampoco había escapado a la perspicacia de algún tratadista posterior la peculiaridad e irreductibilidad de cada momento o instancia de la vida psíquica, y para explicarlas por analogía se había recurrido, con significativo abandono de las imágenes mecanicistas, al ejemplo o modelo de las combinaciones químicas. Pero es Wundt, al emplear un experimentalismo psico-fisiológico en gran escala, quien deja ver con claridad la parte débil de esta psicología, cuando insiste, por un lado, en la acción creadora y sintética de la conciencia, que él pone de manifiesto con gran energía, y se atiene sin embargo, por otro lado, a las hipótesis atomísticas vigentes desde Hume, y con ellas, a métodos y procedimientos que dejan intacto ese problema de lo psíquico como creación y espontaneidad reconocido por él mismo. Lo que en su misma opinión es el núcleo esencial de la vida psíquica, queda en su psicología fuera de toda posible investigación. En términos extremos: Lo psíquico quedaba fuera de la ciencia psicológica.

El pecado original de esta psicología era, como hemos visto, partir de una *suposición* aceptada como verdad evidente: La suposición de que la psique se constituye y se explica mediante unidades psíquicas elementales y tendencias existentes en ellas a unirse, a asociarse según ciertas leyes, — concepción calcada sobre la que concibe la realidad física compuesta por unidades materiales que se atraen entre sí según determinadas leyes. En el fondo, el mismo paradigma servía para comprender la vida psíquica en la psicología de Hume a Wundt; la constitución de las sustancias en la química, y el sistema del mundo en la cosmología de Newton. En esta concepción universal, sin duda de una gran elegancia intelectual, todo se construía utilizando dos únicos tipos de ingredientes: unidades substanciales y fuerzas. Unidades substanciales y fuerzas son los protagonistas del drama cósmico en el mecanicismo, concepción que no se contentó con ser una versión de la realidad física,

sino que pretendió también dar cuenta en última instancia del hombre, de la sociedad, de la historia.

Inmediatamente después de la extraordinaria consagración y difusión de la psicología de Wundt, muchos años antes de la muerte del ilustre psicólogo (1920), se comenzó a hablar de la crisis de la psicología, primero aquí y allá y sin demasiado eco, luego en todas partes y con plena conciencia de que esta disciplina debía buscar nuevos caminos. Es inexcusable, a los fines de esta lectura, recordar aquí con brevedad los momentos culminantes de esta crisis; pero téngase presente que no me refiero a la psicología ahora por ella misma, con ser de tan apasionante interés cuanto ocurre en su propio recinto, sino para ejemplificar concretamente una situación general.

Cuando en los primeros años de nuestro siglo se comenzó a discurrir y a discutir sobre la referida crisis de la psicología, casi nadie advirtió que no se estaba ante la crisis de una ciencia especial, sino ante un aspecto parcial de la crisis de toda una concepción del mundo, de la crisis de la concepción de la realidad que podemos llamar "moderna", que reinó sin limitación desde fines del siglo XVI hasta los linderos mismos de nuestro tiempo. Estamos, en efecto, ante una total renovación de esa base común de las filosofías, de las ciencias y aun de las opiniones, que es la concepción de la realidad. Mil síntomas, entre sí diversos, pero extrañamente coincidentes, nos lo revelan, y si no es lícito ni honradamente posible profetizar qué concepción reemplazará a la que ha regido hasta ahora en todo el ámbito del espíritu de Occidente a lo largo de más de tres siglos, sí se puede indicar, claro que corriendo algún riesgo, el sentido de la mutación.

Volvamos a la psicología, campo en el que la transformación ha asumido caracteres bien definidos — y por completo concordantes con la dirección general de la crisis total a que me refiero.

Ya en los mismos tiempos de Wundt —quiero decir, en la época de su éxito indiscutido —, un contemporáneo suyo pone manos a la obra de una psicología que intitula expresamente "desde el punto de vista empírico", con criterio sensiblemente distinto del wundtiano. Me refiero a Francisco Brentano, cuya inconclusa *Psicología* (6) se estudia hoy incansablemente. Quería Brentano trazar una ciencia de la psique rigu-

rosamente empírica. Para ello, lo primero era describir con todo rigor y clasificar los fenómenos psíquicos. Después vendría la tentativa de explicarlos genéticamente. Brentano tuvo la convicción de que había que separar netamente ambas fases de la psicología, la descriptiva o fenomenológica y la explicativa o genética, y de que no se podía ni debía pasar a la segunda sino después de establecida en modo suficiente la primera. A este convencimiento ha de atribuirse que no terminara su libro (7). Brentano es uno de los precursores del hoy más auténtico, entre otras cosas, por esta *exigencia de empirismo*, sobre cuyo alcance debemos ponernos en claro. Wundt creía ser también empírico, y su gran antepasado Hume es, por excelencia, el representante de lo que en los tratados de historia de la filosofía se llama el "empirismo inglés". Pero ahora ya sabemos a qué atenernos respecto al supuesto empirismo de ambos. Uno y otro toman de su contorno, del ambiente de la época, del terreno común sobre el cual prosperan la filosofía y las ciencias del tiempo, aquellas nociones primeras y capitales que aplican, la materia prima, las grandes categorías —todo eso que nuestro tiempo comienza a someter a una revisión severa y a fondo.

Brentano, pues, inaugura un nuevo empirismo, un nuevo y más inmediato acercarse a las cosas. Y casi al mismo tiempo, desde dos puntos distintos del horizonte, dos críticos de mirada aguda descubren en dos flancos de aquella tradicional psicología remozada por Wundt, dos fallas que casi la invalidan. Guillermo Dilthey censura en ella el carácter permanentemente hipotético, Bergson crítica la injustificada interpretación cuantitativa de instancias de pura cualidad. Cuando una investigación de laboratorio sin prejuicios mecanicistas ni naturalistas se inaugura, por los afanes de Külpe, en Würzburg, muchos supuestos resultados indiscutibles de la experiencia se revelan inconsistentes, equivocados (8).

El horizonte se despeja, el camino queda libre para nuevos ensayos. Pasa el tiempo, y una nueva palabra de orden se impone: estructura, forma, "Gestalt". El cambio metódico es tan radical, que pone arriba lo que estaba debajo. El protagonista no es ya el hipotético ente elemental que antes se postulaba como el átomo de esa química del alma que pretendía ser la psicología. El personaje principal pasa a ser ahora cada estructura psíquica real, porque sus leyes y modo de comportamiento

son irreductibles y plantean por sí mismos muchedumbre de problemas.

Si se nos autoriza a generalizar ahora esta situación, podemos decir, por el momento, que dos notas esenciales caracterizan la concepción de la realidad que se inicia bajo nuestra mirada, en franco contraste con la que ha dominado durante más de tres siglos: Una nueva exigencia de empirismo, y la concentración del interés sobre las instancias sintéticas, sobre los complejos mismos de la experiencia para agotar nuestro saber de ellos, en vez de anularlos y resolverlos imaginariamente en instancias subordinadas. Más adelante veremos que hay derecho para tal generalización.

Cuando se muestran concepciones en pugna, es costumbre, por cómoda propensión polémica, despreciar o menospreciar la concepción adversaria. Prescindamos de ese hábito inveterado, y rindamos un homenaje justiciero a aquella majestuosa visión del mundo que cada día se aleja un poco más del hombre contemporáneo. Esa concepción, vista por su lado filosófico, se llama *racionalismo* (9), racionalismo — entiéndase bien — en un sentido amplio que comprende más de una aparente heterodoxia (10); vista por su lado científico, se llama *mecanicismo*. Ha sido la visión del mundo de nuestro inmediato antepasado el hombre "moderno", del hombre que frente al *contemplar* del hombre antiguo, y contra el *esperar* del hombre medieval, promulgó el evangelio del *hacer*. Entre las líneas de su espléndida arquitectura ha habitado el espíritu más de trescientos años, y cuando, mucho tiempo después de nosotros, esté terminado el nuevo edificio que responda al sentido y a las necesidades de la vida nueva, no se verá en ella una ruina lamentable, sino que se la contemplará como uno de esos bellos palacios de otra época que se consagran, solemnes y vacíos, como monumentos del pasado.

Esta concepción, que muere un poco más cada día, tiene una historia memorable, y habrá que enterrarla de acuerdo a su jerarquía. Galileo y Descartes, representantes de dos grandes pueblos latinos, pusieron los primeros sillares y aun concibieron el designio de la construcción entera. Leibniz lleva a ella el genial aporte germánico, y el judío Spinoza contribuye a la empresa, como para recordarnos que los hombres disienten y

donde vinieren, coinciden con acuerdo maravilloso en los supremos intereses del espíritu. El siglo XVII da forma a esta concepción en tres o cuatro sistemas metafísicos de vasta envergadura, mientras las mismas nociones básicas van sedimentándose en el fondo de la ciencia de la naturaleza. Se cree en la racionalidad de la realidad, en el paralelismo entre las leyes de la realidad y las de nuestra razón. Se cree que la elaboración matemática de los datos empíricos, nos permite tocar, como con la mano, la hondura ontológica, el ser de las cosas yacente bajo la diversidad engañosa de las apariencias. Toda la filosofía, toda la ciencia, se conciben, según la expresión espinosana, *more geométrico*, al modo matemático. Entre el pensamiento filosófico y el matemático de los hombres en quienes culmina la época, hay una relación innegable (11). Descartes inventa la transcripción algebraica de lo espacial en la geometría analítica, uniendo así e identificando dos maneras hasta entonces separadas del instrumento mediante el cual se describe y analiza la realidad. Pascal alcanza una de las más bellas victorias para la matemática, al mostrar que es capaz de deducir las leyes mismas del azar, del acaso, — la ley estricta, formulada en números, de lo que por definición parecía rebelde a toda ley. — Doscientos cincuenta años después de su muerte, y ya en plena disolución el sistema que él mismo contribuyó a levantar, la física, la misma mecánica, tendrán que recurrir a su cálculo de probabilidades, cuando comprueben que el flujo de la realidad pasa a través de los intersticios de más seguros y perentorios utensilios. — Leibniz afirma enérgicamente la continuidad de los procesos naturales, y descubre el método matemático capaz de seguir fielmente esa continuidad. — Y casi todos ellos, y muchos más, constituyen la mecánica, cuya significación excepcional consiste en buena parte en el sentido ontológico que se le atribuye, en la creencia, confesada o no, de que la esencia última de las cosas queda presa en ella; que ella posee la clave universal y nos da el postrero y definitivo secreto, oculto para el hombre durante siglos y manifiesto en adelante.

La misma concepción que para la realidad física adquiere fórmulas estrictas y claras, está también, latente u operante, más confusa, menos evidente, pero idéntica, en las nociones sobre el hombre y sobre las cosas y hechos del hombre. Ya hemos recordado como la psicología de Hume — átomos psí-

quicos y fuerzas de atracción — copia y reproduce la concepción mecánica de la realidad, que a su vez era una versión para lo real del ideal lógico y racional, alma y resorte del espíritu de aquel tiempo. — La interpretación sociológica de la misma época, el “derecho natural”, repite en última instancia el esquema de esta psicología y de esta mecánica, de esta lógica de unidades-entes y unidades-fuerzas (12) —. La gramática misma, considerada en aquellas de sus formas más fieles a la índole del racionalismo, en lo que se llamó la “gramática general”, en el texto famoso de Port-Royal, redactado por Arnauld y Lancelot en el siglo XVII, y en los de Condillac y Destutt-de-Tracy, del siglo siguiente, respondía exactamente a ese sistema general y era una atomística de las palabras, una promoción verbal de la lógica de los elementos, que aspiraba a valer para cualquier idioma. Y siempre que se quería profundizar científicamente cualquier dominio de la realidad, la misma concepción, más o menos disfrazada, se hacía patente — hasta que a fines del siglo XVIII cobra una vigencia universal y cotidiana, y se convierte en el sistema del *sentido común*. Lo que fué aventura y esfuerzo gigantesco a fines del siglo XVI y a lo largo del XVII — nieve en las cumbres que se llaman Galileo, Newton, Descartes, Leibniz . . . —; lo que es imponente trabajo unánime en los filósofos y científicos del siglo XVIII — agua de deshielo por las laderas —, pasa a ser en el XIX la corriente sosegada que va por la llanura, la verdad gratuita, sin riesgo ni sorpresa, que se transforma en dogma fácilmente. Y mientras, después de Kant, el esfuerzo creador se propone cuestiones intactas, problemas vírgenes que coinciden en la superación y reemplazo del naturalismo racionalista y cuyo planteo anuncia que, tras el hombre “moderno”, se prepara para entrar a escena un nuevo protagonista, — el sistema iniciado por Galileo y Descartes se atenúa y engalla al mismo tiempo — especie de pobre orgulloso — en el Positivismo ochocentista, y se cambia en moneda menuda en el filisteo de la calle — como el flaubertiano M. Homais, y en el filisteo de la cultura — David Federico Strauss, por ejemplo. Esta última etapa de un sistema que llega a convertirse en *sentido común* es una de las más peligrosas, porque, como ha dicho Carlos Vossler, el insigne filólogo y romanista que nos visita estos días, “el sentido común es el peor enemigo de todo rigor científico”.

El siglo XVII, por ministerio de sus mentes más excel-sas, crea el sistema de la razón; la centuria siguiente lo perfec-ciona, lo generaliza y procura extraerle todas sus consecuen-cias. El siglo XVIII cree que es dado a la razón, a la razón es-tricta y "more geométrico", a la pura lógica, comprender sin residuo el mundo natural — y ordenar razonablemente el mundo humano. La convicción de la posibilidad de conocer la realidad hasta el punto de poder prever, en ciertas condicio-nes ideales, cualquier futuro, se daba en aquellos físicos que sostenían que, si se conoce para cada proceso natural el estado en un momento determinado y las ecuaciones diferenciales que rigen el proceso, puede predecirse el estado del proceso para un instante posterior cualquiera. La creencia afín en poder or-denar la sociedad conforme a la razón, es el programa de la Revolución Francesa, que es uno de los desenlaces de esta con-cepción del mundo, el desenlace a que se llega por la vía del de-recho natural — como la *Crítica de la Razón pura* es otro desenlace, a que se llega tomando camino diferente. Se supo-nía que el mundo de la naturaleza y el del hombre obedecen, o deben obedecer, a las normas lógicas de la razón. Para com-prender exhaustivamente aquél sólo había que aplicar los re-cursos por excelencia de la razón, los métodos matemáticos. Para ordenar adecuadamente el mundo humano bastaba racio-nalizarlo, purgarlo de ciertos elementos de perturbación intro-ducidos por la maldad, la ignorancia o la estupidez. Ante la mirada, a un tiempo fría y entusiasta, del hombre típico del siglo XVIII, la naturaleza era una armoniosa colección de fórmulas matemáticas — y la historia, una mascarada trágica y risible al mismo tiempo. El orden ideal quedaría instaurado cuando al lado de la mecánica física, rigiera una mecánica so-cial exenta de perturbaciones. La burla de Voltaire ante el absurdo desorden que es para él la historia, tiene como su-puesto implícito el perfecto orden racional del sistema del mun-do expuesto en los *Principia* de Newton.

Una categoría suprema rige toda esta concepción, la categoría que podríamos llamar *atómica*, la categoría de indi-vidualidad: átomo en física y química, elemento psíquico en la psicología, individuo en el derecho natural, palabra en la gramática. . . . Conocer es, ante todo, llegar intelectualmente a estos individuos, construir idealmente las distintas instan-

cias reales por la sucesiva agrupación de ellos. Claro que como todo complejo posee sus peculiaridades, sus propiedades únicas e intransferibles, algo que ninguna lógica es capaz de deducir de los componentes, era imposible dejar de advertir, de vez en cuando, que el dardo lógico rebota o se quiebra en la superficie de la realidad "real", que lo esencial en cada instancia escapa a la reducción causal y a la reducción analítica— las dos formas de la "explicación" científica tradicional. Pero esto, si por excepción se advertía, pronto se olvidaba. La mirada, la atención, la dirección del conocimiento, iban como hipnotizadas hacia el átomo — químico, o psíquico, o social, o lingüístico —; hacia la unidad última en que se imaginaba hallar la razón y la explicación de cualquier instancia real.

El ataque llevado desde principios del siglo XIX contra esta visión del mundo, es uno de los espectáculos más incitantes y más sorprendentes que haya sido dado contemplar a la inteligencia humana desde que, hace un puñado de miles de años, empezó el hombre a investigar la razón y el ser de las cosas. Desde puntos distintos y aun opuestos del horizonte, en cada uno de los dominios especiales, aquella visión de la realidad se corrige o directamente se contradice. Lo común es que cada parcial ataque sea llevado sin una comprensión clara — a veces hasta sin sospecha — de la situación total de que dependen y en la que todos se integran; lo singular es la rara unanimidad con que todos concuerdan y se organizan, a pesar de la completa autonomía con que cada uno ocurre. La contemplación de este espectáculo guarda aún para el espectador el atractivo excitante y primerizo de una *répétition générale* con la sala casi desierta.

Hubiera sido preferible exponer ante todo hechos en cantidad suficiente, y dejar que ellos mismos hablaran en pro de la tesis sustentada en esta lectura, limitándome, al final, a destacar el valor de síntomas que todos ellos asumen, el sentido uniforme que todos ellos poseen de manifestaciones de una mutación sobrevenida en el espíritu occidental, que parece implicar un cambio de dirección de 180 grados, una verdadera *inversión* del interés intelectual. Mi deseo era aportar y discutir hechos suficientes como para no tener después sino que hacer el balance. El tiempo y la ocasión no aconsejan este procedimiento, más seguro pero más lento, y he de circunscribir-

me a enumerar unos cuantos casos típicos, representativos, a manera de ejemplos, dejando para más adelante una exposición del asunto más detenida y fundamentada en documentación más abundante.

Al citar en una página anterior a Brentano, me referí, como dejando un cabo suelto, al *nuevo empirismo*. Lo mismo podía haber ejemplificado este empirismo nuevo con Külpe, con Dilthey, con Husserl, con veinte más. Este flamante empirismo se singulariza por renunciar a ese *sentido común* que Vossler, como acabamos de ver, reputa tan peligroso para un conocimiento cierto. Ese sospechoso sentido común, en el que se solidifican en lento precipitado lo que a su tiempo fueron verdades vivas y difíciles, las conquistas del espíritu europeo desde fines del Renacimiento hasta los umbrales de nuestro tiempo, lleva en su seno el naturalismo racionalista, el mecanicismo, el omnipresente atomismo, — en pocas palabras, tado el orbe intelectual que crea genialmente el siglo XVII, perfecciona y difunde en las minorías directoras el siglo XVIII y populariza el Positivismo de 1850. El espíritu "moderno" (13) se mueve en tres olas sucesivas — la onda barroca, la onda iluminista, la onda positivista —, parejas en sentido, dispares en dignidad, cada una de las cuales muere en la subsiguiente, y la tercera en la playa, dejando una cenefa de espuma que permanece en la arena mientras, mar adentro, otras olas se levantan y vienen hacia la costa.

El reposo de la banda de espuma en la playa da una engañosa impresión de seguridad; el lomo cambiante y dinámico de la ola inspira desconfianza a quien no sea nadador arriesgado. Mientras tantos se atienen a ese peculiar sentido común que estigmatiza nuestro sabio y germánico visitante, el espíritu creador de nuestra época, el espíritu libremente inquisitivo de sus hombres mejores, ensaya visiones de la realidad más genuinas y más limpias, desde ángulos inusitados y con más justo enfoque. Poco a poco, aquellas supuestas verdades de sentido común son revisadas, y muchas de ellas se revelan inconsistentes o insuficientes. El nuevo empirismo, en consecuencia, prescindirá de ellas o las utilizará con rigurosa cautela. Es lo que hacen, por ejemplo, los ya citados Brentano, Külpe, Dilthey, Husserl. Y se intenta una nueva y más inmediata aproximación a la realidad, una más auténtica y al

mismo tiempo más respetuosa familiaridad con las cosas mismas. O, mejor que familiaridad, intimidad. Porque la familiaridad suele ser un mero roce físico, sin comprensión ni respeto, y la intimidad es todo lo contrario. Quizá el cambio de punto de vista que ahora sucede en el pensamiento, sea algo así como el tránsito de la familiaridad a la intimidad. (Rigurosamente entre paréntesis: Un cambio semejante sería muy provechoso en el trato personal en la Argentina).

El empirismo de nuevo cuño tiene en su haber un resultado de alcance todavía incalculable: *El destaque de la noción de estructura como capital categoría filosófica y científica*. No hay noción más preñada de porvenir, más repleta de posibilidades, de dificultades, de problemas. A cada paso se nos presenta ahora, y siempre se nos muestra enigmática, casi inasible. Cuando despertamos cada mañana, suelen quedar flotando en nuestra memoria jirones de sueños que fueron plenitud de conciencia durante la noche, pero que, vueltos nosotros a la vigilia, son apenas un ritmo confuso, unas palabras sueltas, cosas extrañas intraducibles a las formas comunes del pensamiento. La noción de estructura, clara por algunos costados, participa aún por otros de esa desesperante ambigüedad, de esa vaguedad de contorno, de esa oscuridad espesa.

Se llega ahora a la noción especial de estructura por el régimen nuevo de íntima aproximación a las cosas, que pugna por agotar el conocimiento de cada instancia en ella misma,— en lugar de pasar apresuradamente al través de todas en procura de los últimos elementos. Lo normal es que en cada parcial dominio, como en seguida veremos, se afirme la irreductibilidad de las estructuras— y esta comprobación empírica, múltiple e independiente, nos asegura que no estamos ante una moda, ante un pasajero capricho intelectual. Pero hay ya quienes han captado el sentido profundo y universal de esta polarización del interés hacia el momento estructural, con más o menos penetración, con mayor o menor acierto, pero con una comprensión a veces profética de la significación en adelante trascendental del concepto de estructura. Cito, para evitar una ociosa enumeración de autores y títulos, solamente dos nombres: el del alemán Guillermo Burkamp, autor del libro *La Estructura de las Totalidades*, y el del francés R. Ruyer, que ha publicado hace poco otro titulado *Esbozo de una Filosofía de la Estructura*.

tura (14). Puede resumirse que la crítica que de todas partes viene haciéndose contra el sistema general imperante en la época 1600-1850, lleva a una nueva consideración empírica de la realidad, y que ésta a su vez comienza a descubrirnos esta nueva y fundamental categoría de la estructura.

Pero veamos cómo ocurren concretamente las cosas, dejando hablar en cada caso, cuando ello sea cómodo, a quien tenga autoridad reconocida.

En la psicología es donde se abrió el fuego y donde se percibe con mayor evidencia el cambio de 180 grados en la dirección del interés científico a que me he referido antes. Es también el dominio donde es más fácil informarse, y hasta hay el antecedente de que Koehler, jefe de la escuela psicológica estructuralista, expuso el año 1930 en nuestros institutos, en los días confusos de septiembre, la transformación ocurrida en la psicología, obra suya en buena parte; no sólo hay ya resultados firmes en lo psicológico, sino que el mismo Koehler — en un trabajo que luego ha considerado prematuro y que al parecer completará y ampliará — ha aplicado los mismos métodos a la física. — El rumor de la calle no permitió entonces a muchos enterarse de que el sabio alemán nos traía un eco de la grande y profunda revolución que se está cumpliendo en la inteligencia.

Otro alemán que por estos días nos visita en misión científica, acaso podría decirnos algo semejante a lo de Koehler, en lo que toca a su especialidad, la filología, la ciencia y la filosofía de las palabras. Es Vossler uno de los lingüistas que con más clara conciencia han ido contra el tradicional atomismo lingüístico, y que con mayor eficacia han afirmado la naturaleza estructural del lenguaje, la irreductibilidad de los complejos de expresión verbal. "Cómo haya nacido — escribe — la articulación gramatical en fonología, morfología y sintaxis, no es ciertamente un secreto. Es un desmenuzamiento, un desmembramiento mecánico. Se quiere conocer la lengua, no en su devenir, sino en su estar. Se la consideró como cosa dada, terminada, concreta, es decir: positivísticamente. Y se la anatomizó: la lengua hablada fué descompuesta en períodos, proposiciones, palabras, sílabas, sonidos. — Este procedimiento tiene su razón de ser, y puede conducir a observaciones preciosas,

como puede, al mismo tiempo, convertirse en fuente de infinitos errores. El peligro comienza en cuanto uno se imagina que esa división tenga su razón íntima en el propio organismo de la lengua humana, que sea algo más que un fraccionamiento arbitrario, mecánico y violento. Es prejuicio muy común y casi inextirpable suponer que el período constituye una unidad natural del discurso, la proposición una natural subdivisión del período, la palabra y la sílaba otras pequeñas unidades naturales. . . . Se puede destruir un organismo, pero no descomponerlo en sus partes naturales" (15).

Si la mención de un movimiento estructural en la física — aparte del ensayo ya recordado de Koehler —, es asunto demasiado grave y complicado para traerlo ahora a cuento, en cambio no debe omitirse el aspecto puramente negativo, el fracaso de la física mecanicista elaborada a lo largo de la Edad Moderna, y que entra en crisis a partir de los severos análisis de Ernesto Mach. La mecánica, supremo paradigma del sistema clásico — del sistema que se desmorona ante nuestra vista — pierde el indudable sentido ontológico que asumió hasta mediados del siglo pasado, y las disminuciones o correcciones posteriores la han apartado de aquella función arquetípica que desempeñó para el hombre del setecientos y del ochocientos. La misma atomística reciente, más que continuar, contradice la hipotética atomística clásica, porque en esta se suponían átomos en sentido estricto, unidades lógicas y químicamente últimas e irreductibles, mientras los átomos actuales — diferentes, por lo demás, cada tres o cuatro años — son estructuras, complicadísimas estructuras. Y si se arguye que lo que corresponde al átomo antiguo no es el átomo actual, sino sus elementos, es fácil ver que estos elementos no tienen sentido sino dentro de la estructura atómica.

Sólo en las grandes líneas, en una sumaria perspectiva, nos es lícito ahora encarar el cambio de visión en la concepción del hombre, en la sociedad y la historia. Así como desde fines del Renacimiento hasta los linderos de nuestro tiempo, la física fué la ciencia del átomo material; la psicología fué la ciencia del átomo psíquico, y la gramática la ciencia del átomo lingüístico, — así la doctrina histórico-social del mismo período fué la ciencia del átomo humano, del individuo. Es lo que representa en manera eminente el llamado "derecho natural".

Las concepciones estructuralistas contrapuestas a la concepción atómica del derecho natural, aparecen tempranamente en las corrientes románticas de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, es decir, *en el interior precisamente del primer gran movimiento contrario al naturalismo racionalista de la Edad Moderna*: en la concepción de la historia de Herder y luego de Hegel, en la escuela histórica del derecho. Desde entonces, con intercalación de algún corto retroceso, este estructuralismo se afirma e intensifica por vías distintas, así en las concepciones puramente teóricas como en las teórico-prácticas, así en el pensamiento como en la acción, porque en lo social hay una natural e inmediata influencia recíproca entre la realidad y lo que se piense de ella — ya que la substancia de esa realidad es el mismo hombre que la piensa. Por lo demás, toda la elaboración actual del problema filosófico de la historia supone e incluye la negación o la superación del racionalismo naturalista, dentro del cual prosperó como esquema categorial el atomismo lógico.

Y aquí quiero recoger una observación — para mí decisiva — del sociólogo Alfredo Vierkandt, profesor en la Universidad de Berlín, y hombre de aquilatados prestigios en su disciplina. En uno de sus libros, donde empieza diciéndonos que en su estudio “no parte de las unidades humanas que constituyen la sociedad o el grupo, sino del grupo mismo como unidad”, nos trasmite esta preciosa indicación: “La idea de totalidad — la noción de estructura, la concepción “universalística” — ha dominado en la concepción de lo social en los tiempos de Schelling y Hegel, y comienza de nuevo a preponderar en nuestros días. En el intervalo, en la época del Positivismo, como antes en el Iluminismo del siglo XVIII, dominó la interpretación individualista, según la cual la sociedad es una suma de individuos”. — La comprobación de Vierkandt es importantísima como contraprueba de lo que vamos diciendo. En efecto, el Idealismo de Schelling y Hegel, en el cual encuentra él concepciones estructurales de lo social, es uno de los movimientos iniciales contra la concepción clásica “moderna” — y el Positivismo, donde halla una visión individualista, viene a ser una manifestación tardía — o póstuma — de aquel sistema (16).

En resumen: Concepciones de índole totalizadora o estructural substituyen por todas partes a las nociones en última instancia atomísticas e individualistas del sistema, hoy agotado y caduco, del gran racionalismo europeo, el sistema de la razón abstracta — dentro del cual se ordenan la concepción mecánica de la realidad física, la psicología de Hume a Wundt, el derecho natural que reemplaza al derecho divino y culmina en el liberalismo del siglo pasado, la gramática habitual contra la cual polemiza Vossler . . . y tantas otras parciales interpretaciones de segmentos del mundo y de la vida.

Y estas parciales concepciones estructurales que ahora se perfilan en cada dominio especial del conocimiento, proponen al lógico, al filósofo, una cuestión general o central que se resuelve en un haz de cuestiones: Qué es en sí la estructura; qué especies de ellas hay; cómo funcionan; cómo se relacionan con las categorías tradicionales . . . Preguntas cuya respuesta significará una tarea larga y difícil para nuestro tiempo y aun para tiempos venideros.

NOTAS

(1) No corresponde dilucidar aquí los orígenes de la teoría, pero sí anotar algunas fechas. Koffka dice (*La Teoría de la Estructura*, Ediciones de La Lectura, Madrid, sin año, pero posterior a 1928): "En 1912, Wertheimer formuló por primera vez los principios de una "Gestalt-Theorie", que han servido como punto de partida para un pequeño número de psicólogos alemanes".— También de 1911-12 son los dos primeros estudios de los tres que ha recogido posteriormente Wertheimer con el título *Drei Abhandlungen zur Gestalttheorie*. — A partir de 1913 aparecen considerables trabajos de Koehler y Koffka. Las primeras investigaciones del primero sobre los antropoides se publicaron en 1917, y su libro revolucionario sobre la "Gestalt" en lo físico (*Die physischen Gestalten in Ruhe und stationären Zustand*) en 1920. — El libro de Koffka, *Die Grundlagen der psychischen Entwicklung*, es de 1921 (hay trad. esp.), y el año 1925, en el tomo II del *Lehrbuch der Philos.*, dirigido por Max Dessoir, da su exposición de la psicología, trabajo de que en adelante no puede desentenderse quien aborde el tema. Desde el punto de vista, por decirlo así, externo de la historia de la doctrina, señala una fecha decisiva la disertación de Max Wertheimer en la Kant-Gesellschaft de Berlín, el 17 de diciembre de 1924, publicada con el título *Ueber Gestalttheorie* en la primera entrega de la bella y ya fenecida revista filosófica *Symposion*. A esta conferencia me referí en *Nosotros* (núm. 205, junio 1926), en un breve artículo titulado *La Teoría de la Forma*, donde acaso se dió la primera información en nuestra lengua sobre el asunto.

(2) K. Koffka, *Bases de la Evolución psíquica. Introducción a la Psicología infantil*. Trad. del alemán por José Gaos, *Revista de Occidente*, Madrid 1926. Ver además: Koffka, *La Teoría de la Estructura*. Ediciones de La Lectura, Madrid.

(3) De Koehler puede leerse en francés un libro, *L'Intelligence des Singes supérieures* (Alcan, París 1927). Sobre estas investigaciones hay

un sugestivo artículo de Ortega y Gasset, "La Inteligencia de los Chimpancés", en su libro *Espíritu de la Letra* (*Revista de Occidente*, Madrid 1927). Koehler nos visitó a fines de 1930, y pronunció una serie de conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras; tuve entonces el honor de presentarlo en la cátedra y de trabar una relación inolvidable con el ilustre sabio y filósofo. Algunas de sus conferencias fueron publicadas: "La Ciencia y el Hombre", en *Verbum*, núm. 77, 1930 "La Idea de Sentido y Su Valor en la Conducta humana", en *La Vida Literaria*, núm. 25, noviembre 1930.

(4) Ver Kostyleff, *La Crisis de la Psicología experimental* (Jorro, Madrid 1922); Külpe, *Introducción a la Filosofía* (capítulo sobre la Psicología); Bühler, *Die Krise der Psychologie* (en *Kant-Studien*, XXXI|4, 1926, y después en libro); Burloud, *La Pensée d'après les recherches expérimentales de H. J. Watt, de Messer et de Bühler* (Alcan, París 1927); Honecker, *El Pensar* (Granada 1929).

(5) Ver, en el libro de Koehler citado, *L'Intelligence des Singes supérieures*, el prefacio del traductor, P. Guillaume, y el artículo del mismo en el *Journal de Psychologie* (15 nov. 1923).

(6) Francisco Brentano (1839-1917) no llegó a publicar sino el primer tomo de su *Psicología desde el punto de vista empírico* (*Psychologie vom empirischen Standpunkt*, 1. Bd., Leipzig 1874). Se han traducido al español y editado en volumen (Brentano, *Psicología*, *Revista de Occidente*, Madrid 1926) dos de sus secciones más importantes: la que trata la distinción entre los fenómenos psíquicos y los físicos, y la que establece la clasificación de los primeros; esta última parte puede también leerse en italiano (Brentano, *La Classificazione delle Attività psichiche*, Carabba, Lanciano 1922), con un apéndice escrito por el autor para esta trad. italiana, aunque llegó a aparecer antes en alemán.

(7) Ver Oskar Kraus, *Franz Brentano, Zur Kenntnis seines Lebens und seiner Lehre* (München 1919), p. 21. Kraus es ahora quien más profundamente conoce a B.

(8) El aporte de Dilthey a la psicología, en sentido crítico y en sentido positivo, se halla en diversos lugares de sus escritos, pero principalmente en las *Ideen über eine beschreibende und zergliedernde Psychologie* (*Ideas sobre una Psicología descriptiva y analítica*, 1894, ahora en el volumen V de los *Gesammelte Schriften*) y en el fragmento sobre psicología de la individualidad, que va tras las *Ideen* en la edición reciente de sus obras. De los discípulos cercanos de D., el más conocido es Spranger (está en español su *Psicología de la Edad juvenil*, *Revista de Occidente*, Madrid 1929, y es urgente que lo estén sus *Lebensformen* y aun otros escritos menores). Sobre la psicología de Bergson, consúltese el cap. VI del libro de Georges Dwelshauvers, *La Psychologie française contemporaine* (Alcan, París 1920). — Los empeños y resultados de la escuela de Würzburg se hallarán en los libros recordados en la nota 4.— Todo el movimiento psicológico reciente los expone en manera deficiente J. V. Viqueira, *La Psicología contemporánea* (*Colección Labor*), libro que, sin embargo, puede ser de utilidad si se lo emplea con precaución.

(9) Una de las contribuciones más decisivas para comprender el espíritu racionalista en el sentido amplio en que aquí se lo toma, es el penetrante estudio de Ortega y Gasset, *Ni Vitalismo ni Racionalismo* (en la *Revista de Occidente*, núm. 16). Si al lado de su crítica de la explicación por reducción analítica ponemos el examen que hace Meyerson en *Identité et Réalité* de la explicación causal, tendremos descubierto el doble secreto de la explicación: de la explicación atomizadora, o por instancias subordinadas, o espacial, y de la explicación por instancias anteriores, o temporal; y la explicación es, a su vez, casi todo el secreto del racionalismo *sensu stricto*. — Ver también el tomo III, 12ª edic. del *Grundriss der Ueberweg* (*Die Philos. der Neuzeit bis zum Ende des XVIII. Jahrhunderts*), pp. 216 a 224.

(10) La heterodoxia a que se alude en el texto es el llamado "empirismo inglés". La contraposición habitual entre ese empirismo y el racionalismo tiene mucho de falsa oposición: lo directamente opuesto a racionalismo no puede ser sino irracionalismo. Bajo el empirismo inglés funcionan los supuestos del racionalismo; creo que ha sido Dilthey quien ha visto claramente por primera vez las raíces racionalistas de tal pseudo-empirismo.

(11) Ver Kuntze, *Erkenntnistheorie (Handbuch der Philos., 16 Lieferung)*, especialmente p. 5.

(12) La misma terminología acusa que ya se advierte el parentesco íntimo del derecho natural con las demás concepciones parciales del tiempo, y cómo se integra con todas ellas en el sistema general de la época. C. A. Emge, por ejemplo, en su reciente *Geschichte der Rechtsphilosophie (Historia de la Filosofía del Derecho, 1931, en la serie Geschichte der Philos. in Längsschnitten, Junker und Dünhaupt Verlag, Berlín)*, emplea repetidas veces las palabras "átomo" y "atomística" al hablar del derecho natural.

(13) *El espíritu "moderno"...* Es una osadía afrontar tema tamaño en una nota, pero la aclaración del texto lo requiere. Ante todo, los límites. El espíritu "moderno" se configura después de la búsqueda renacentista y llega, en lo filosófico, hasta Kant. Lo que viene tras Kant es, o comienzos de un nuevo espíritu —que así como llamamos a aquél, por comodidad, "moderno", llamaremos "actual" o "contemporáneo"— o bien supervivencias o rezagos del espíritu "moderno": así el Positivismo. Recuérdese que el mismo Comte negaba que el Positivismo fuera mero empirismo, y afirmaba el lado racionalista de su postura (dato valioso, porque es verdad, y no sólo porque Comte lo diga, ya que lo que un pensador nos cuenta de sí mismo y de sus ideas no es sino un testimonio entre otros testimonios posibles, y todo filósofo — la paradoja es sólo aparente — no es más que el primer expositor de su filosofía). Brevemente, en lo filosófico, espíritu "moderno" y racionalismo son casi la misma cosa. Casi todo lo típicamente nuevo, lo "contemporáneo", va contra el espíritu "moderno", contra el racionalismo naturalista que inspira la Epoca Moderna, entendido, naturalmente, con más amplitud y hondura que las de los manuales elementales... Volviendo a una imagen que me gusta y que ya he utilizado en el texto, podemos distinguir varias olas sucesivas de lo nuevo, de lo "contemporáneo" en filosofía: La ola romántica, la primera (Herder, Novalis, Hamann, Jacobi...), revuelta y confusa, pura intuición; la ola del idealismo post-kantiano, orgullosa y potente, pero fantástica y viciada por un prematuro afán constructivo; la de la "filosofía de la vida" (Dilthey, Simmel, Bergson, Nietzsche...), y la que ahora hincha su lomo ante nosotros. Si queremos encontrar una nota común a los pensadores representativos de la hora (por ejemplo, y sólo para que unos pocos nos sirvan de referencia: Scheler, Heidegger, N. Hartmann, Ortega, Meyerson...), hallaremos que lo que los une es ir juntos por un camino que es por ventura el que descubrieron, los primeros, los románticos. Esto, desde luego, ha de entenderse con todas las reservas necesarias, y el que no las sospeche no debe molestarse en leer filosofía. Lo que es adivinación y sospecha en los románticos, resonante y precaria victoria en el idealismo alemán y firme aunque un poco voluntariosa actitud en la "filosofía de la vida", es trabajo y responsabilidad en los varones de ahora, investigación laboriosa y lenta: dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás, como suele el que *busca* el camino, y no lo inventa. Y si se dice — como es lícito — que se va en demanda de un nuevo racionalismo, no es menos cierto que este racionalismo anhelado tiene poco o nada que ver con el otro.

Después de esta divagación sobre los límites del espíritu "moderno", dos palabras sobre su sentido. En una conferencia sobre "La Visión de la Vida en Goethe" (el fragmento inicial, con el título *Goethe y el Hombre "moderno"*, se publicó en *La Vida Literaria*, N.º 9, marzo 1932), atribuí al hombre "moderno" como nota esencial, el *hacer*; allí di algunas de mis razones, que todavía estimo válidas. Lo que no hice entonces, ni haré ahora, es investigar las relaciones entre *acción* y *racionalismo*, los dos polos

del alma "moderna". Yo creo que el racionalismo "moderno" se singulariza por ser una manera o un ideal de conocimiento según la acción. Pero no nos metamos en honduras.

(14) Wilhelm Burkamp, *Die Struktur der Ganzheiten* (Junker und Dünhaupt Verlag, Berlín 1929), con copiosa bibliografía, a la que hay que agregar, entresacando de lo posterior, *Ganzheit und Form...* herausgegeben von Felix Krueger (en la misma editorial) y un artículo de Walter Del-Negro (en *Kant-Studien*, 1932).— R. Ruyer, *Esquisse d'une Philosophie de la Structure* (Alcan, París 1930).

(15) K. Vossler, *Positivismus und Idealismus in der Sprachwissenschaft*, 1904. Cito por la edición italiana (*Positivismo e Idealismo nella Scienza del Linguaggio*, Laterza, Bari 1908, pp. 20-21), que, como la española, contiene además el trabajo "El Lenguaje como Creación y Evolución".

(16) Alfred Vierkandt, *Gesellschafts— und Geschichtsphilosophie* (en *Lehrbuch der Philosophie*, herausgegeben von Max Dessoir: *Die Philosophie in ihren Einzelgebieten*, Im Verlag Ullstein, Berlín 1925, pp. 841 y 940-41).

LA REVOLUCION RUSA

Por AUGUSTO BUNGE

III

SIETE AÑOS DE ECONOMIA PLANEADA

1. — *“El socialismo en un solo país”*

Por razones de economía de tiempo, y porque el objeto de este curso es el estudio de la obra económica y cultural emprendida por la Unión Soviética, he evitado hasta ahora tratar las cuestiones políticas que se han debatido sucesivamente en la Rusia de la revolución, a pesar de ser tan interesantes.

Hay una que no es posible pasar por alto: me refiero a la polémica entre el grupo de Troztky y el de Stalin, sobre si era posible implantar íntegramente el socialismo en un solo país. Ateniéndose literalmente a la teoría de Marx, el grupo de Troztky sostenía que eso era irrealizable por no poder ningún país bastarse a sí mismo y porque el que entendiera que podía implantar el socialismo aisladamente podía verse bloqueado por los países capitalistas, y condenado al fracaso de su intento.

En cambio, el grupo Stalin sostenía que Rusia era lo bastante vasta para poder intentarlo, y que, además el fracaso de la revolución mundial que se esperó en los años 1918 a

1921, obligaba al proletariado ruso, para abreviar sus términos, a dar ejemplo al de todo el mundo, demostrando la practicabilidad del socialismo en los hechos.

Esa discusión tiene mucho de bizantino, porque agarrarse a una palabra empleada por Marx, escrita en una época en que Rusia era todavía un conglomerado amorfo y un enigma, para decir que el socialismo es tan imposible, aisladamente, en Rusia como en Suiza o en Holanda o en la República del Uruguay, es evidentemente una generalización carente de base objetiva. Rusia es algo más que un país; es un conjunto de setenta naciones, que ocupa todo un contingente, y el más vasto de todo el mundo, con todos los inmensos y variados recursos naturales de que hemos hablado en la primera conferencia. Esa fué en mi entender una polémica que expresaba una lucha de fuerzas por el poder, a la cual se ha dado la vestidura de teorías económicas, pero que carece de importancia teórica.

Un enunciado tan breve de la famosa polémica es, por supuesto, insuficiente, pero deseo entrar pronto en el asunto, porque iniciamos hoy el aspecto más interesante del inmenso experimento económico, social, técnico y hasta espiritual que se está desarrollando en la sexta parte del mundo.

2. — *La poesía de los números*

Forzosamente en las exposiciones anteriores he tenido que usar muchos números, y esta vez quizá llegue a usarlos con mayor abundancia aún. En el idioma español se habla de la "aridez de los números". Para mí, por el contrario, los números tienen una honda poesía oculta, mucho mayor por lo menos que la de los malos versos. Números que expresan un gran movimiento, si se sabe escucharlos, si se sabe pensar y soñar al mirarlos, se convierten en imágenes palpitantes y coloridas que dan una noción mucho más clara que cualquier descripción retórica de los mismos hechos.

Si tenemos, por ejemplo, en una columna, cifras que demuestran la reducción de la mortalidad infantil a la cuarta parte en un período dado, debemos ser capaces de sentir la cantidad de nobles vidas que han sido salvadas, la cantidad de dolor que se ha ahorrado, la inmensa masa de bienestar y

de felicidad que se expresa en la vida de los niños. ¿Y qué mayor tragedia de la guerra que el examen de sus estadísticas? Diez millones de muertos, 20 millones de mutilados, 5 millones de enfermos y locos; millones de viudas; 5 millones de niños muertos de escasez o enfermos de raquitismo; generaciones enteras debilitadas para toda su vida por los años de hambre en los países bloqueados como Alemania, Rusia, Austria y Hungría. . . . Todo eso, sabiendo *verlo* con la mirada interior, da una noción mucho más clara de la monstruosidad destructiva de la guerra que cuantas fotografías se quiera de mutilados o de niños hambrientos. Pero hay que hacer un esfuerzo de imaginación para pensar y sentir los números como fenómenos de masas.

De igual manera, si nosotros oímos decir: "tantos millones de toneladas de carbón", debemos ver con la mente las montañas de hulla, los miles de navíos que surcan los océanos movidos por esa hulla, los miles de fábricas en que trabajan obreros gracias a la producción de esa hulla. Cuando se habla de millones de toneladas de petróleo, debemos convertir la cifra mentalmente en ríos de petróleo en los miles de usinas que ponen en movimiento. Debemos convertir esas cifras en salarios, en bienestar, en alimentos, en cultura. En esa forma, las cifras sentidas, percibidas intuitivamente como hechos materiales o espirituales, tienen una elocuencia insuperable.

Analizando cifras en esa forma, nos detuvimos en la exposición anterior en el grado a que se había llegado en la restauración de la vida económica rusa en 1926.

3. — *El Gosplan y las "cifras de control"*

Empezaremos ahora con un análisis somero, pero indispensable, de la evolución a que se llegó hasta conseguir la economía dirigida y planeada con más larga anticipación y en su integridad: la evolución hacia los planes quinquenales y decenales. Pero en realidad, la economía rusa ha estado planeada y dirigida desde mediados del año 1925. De manera que la experiencia abarca siete años de economía planeada.

Cuando se instituyó el Gosplan, es decir, la comisión de economía planeada, paralelamente con la instauración de la

N. E. P. — hecho que prueba el grosero error de quienes creyeron o afirmaron que Lenín y sus colegas consideraban fracasadas las teorías socialistas y creían necesario hacer una transacción duradera con el capitalismo — ya se propusieron llegar cuanto antes a la economía dirigida y planeada.

La primera comisión de economía planeada constaba de más de mil miembros entre técnicos y asesores de todas clases, representantes obreros y representantes políticos. Esta comisión celebró en los primeros años numerosas reuniones, llegando a la conclusión de que la técnica y la economía rusas, estaban en un caos demasiado grande para poder abordar de golpe el planeamiento de toda su labor económica. Pero iniciaron ya la organización de métodos estadísticos y de determinados planes técnico-económicos. El primero fué el ya nombrado plan de electrificación que entusiasmó a Lenín, quien, para divulgar su importancia fundamental llegó a expresar en una fórmula: poder soviético más electrificación es igual a socialismo, a fin de inculcar en las masas rusas que, sin llegar al más alto progreso técnico, expresado por la electrificación, no era posible llegar al socialismo.

El plan Goelro, elaborado por una comisión de ingenieros, electricistas y economistas, era decenal. Se llevó a cabo en medio de la crisis de los períodos de la N. E. P., casi con creces. En su época pareció una idea irrealizable. Recuerdo que, frente a la miseria de las guerras civiles, me hizo la impresión de una fantasía retórica; pero en la actualidad el plan Goelro parece mezquino comparado con lo que se ha conseguido realizar.

Se planeó también la reconstrucción progresivamente ampliada de todas las diferentes ramas de la industria pesada, es decir, las industrias del carbón, petróleo, hierro y acero, la reconstrucción del sistema ferroviario y otras.

En un principio Rikov, entonces presidente del Consejo Económico Nacional, sostenía que era perder el tiempo en fantasías pensar en planes integrales, pero a los pocos meses, con esa versatilidad que es una de las virtudes de los dirigentes bolcheviques, al ver el progreso realizado, admitió que había llegado el momento de pensar seriamente en la economía planeada en su conjunto.

Las primeras tentativas de economía planeada siguieron

un método muy interesante, porque eran ensayos en un terreno absolutamente desconocido.

Trataban de prever, como pronóstico, la evolución que tendía a seguir cada una de las diferentes ramas de la producción nacional. Sobre la base de ese movimiento espontáneo, seguido estadísticamente durante algunos años con informaciones muchas veces harto deficientes, se trataba de determinar, — previa consulta a cada uno de los dirigentes técnicos de cada empresa, de cada trust, de cada sindicato, escalonados de abajo hacia arriba — qué impulso se podría dar y qué capitales serían necesarios para cada rama, y la correlación entre sus respectivas producciones. Luego venía el grave problema de resolver, en un país que se había descapitalizado como se descapitalizó Rusia por las guerras civiles, y en donde el conjunto de la población sufría aún miseria, de dónde y en qué medida podrían ahorrarse capitales para la restauración del viejo utillaje y su ampliación progresiva.

Los primeros planes fueron anuales, y se les llamó "cifras de control". Planes en parte de previsión, consistentes en determinar, dado el movimiento y la capacidad de desarrollo aparentes de cada industria y la necesidad de sus productos, que su progreso en el año debe significar el aumento de su producción en un mínimo de tantos millones de toneladas o de tantos miles de unidades, en una disminución del precio de costo en un determinado tanto por ciento y en un aumento de los salarios también en determinado tanto por ciento.

Sumando las cifras de control parciales, se llegaba al pronóstico general de la evolución que deberían tener el trabajo y la producción, no solamente en la industria del Estado, sino también en la agricultura, en el comercio interno y externo, en los transportes, hasta en la educación, etc., durante el año estudiado.

La tarea era necesariamente muy minuciosa. Se intentó compensar las deficiencias de ciertas bases estadísticas con determinados índices y fórmulas, algunas de las cuales la experiencia reveló que eran fantásticas. Los especialistas del *Gosplan* creyeron haber encontrado determinadas leyes de correlación entre ciertas formas de producción, y aplicaban esas leyes para extrapolar las cifras cuando carecían de otros elementos en otros ramos de la industria, sobre la base de cifras in-

terpoladas de determinada rama de la producción conocida. "Extrapolar" quiere decir extender hacia afuera una curva de acuerdo con la ley de movimiento conocido en esa línea en los años anteriores. Es un método estadístico ya clásico, que yo empleé para presentar en 1917 un plan de desarrollo decenal de las escuelas primarias. Las primeras extrapolaciones para la totalidad de la producción rusa se referían al año 1925-26. Su conjunto era del más alto interés, por el valor de la información acumulada y la novedad de muchos de los métodos ideados. Por primera vez en el mundo se intentaba tan grandiosa empresa. La realidad puso en evidencia numerosos errores, algunos garrafales. Pero en conjunto no puede hablarse de "fracaso" sin falsear los hechos. Tantos como los errores fueron los aciertos, algunos sorprendentes dada la novedad del experimento y las numerosas lagunas de información precisa y exacta.

Las cifras de control, debido a lo laborioso de su confección, a la enorme cantidad de instancias distintas que tienen que recorrer antes de llegar a la solución final, algunas veces se publicaban con atraso sobre el respectivo año económico. Se llegó al extremo de que las cifras de control del año económico que va de octubre de 1927 a setiembre de 1928 fueron publicadas en marzo de 1928, es decir, cuando faltaban seis meses para la terminación del año.

Sin embargo, lo curioso es que esas cifras de control se han realizado. La dirección de la industria — había dicho Ríkov años atrás — anda por un lado y la industria anda por otro. Pero como las cifras de control del *Gosplan* se basaban en los datos cada día más exactos que recogía de la industria, y el trabajo se había coordinado progresivamente, las directivas y los hechos coincidieron con el resultado debido a la autoiniciativa solidaria que la descentralización permitía a las grandes organizaciones industriales.

Voy a citar algunos ejemplos. Las cifras de control para el año 1926|27 preveían que los salarios reales comparados con los salarios reales de 1913, llegarían al 99,3 por ciento de ellos. En el hecho llegaron al 104,6 por ciento, en valor de compra de los rublos chervonetz.

Las cifras de control preveían que entre los obreros fe-

roviarios el salario real subiría al 77 y medio por ciento de 1913, y subió a esa proporción.

En las exportaciones, que llegarían a 820 millones de rublos chervonetz. Llegaron sólo a 750 millones debido a la cosecha menor de trigo que formaba uno de los rubros principales de las exportaciones previstas. Preveían importaciones por 745 millones y se hicieron por valor de 718 millones, disminución debida a la disminución de las exportaciones.

Se preveían precios al por mayor, en los productos de la agricultura, de 164 relativamente al índice de 100 de los precios de anteguerra, y fueron de 157. Se preveían los precios de la industria en 93 por ciento mayores que los de anteguerra, vale decir en 193, y fueron 197. Se preveía un tráfico ferroviario, en miles de millones de toneladas de 372 y fué casi igual el efectivo. Se previeron operaciones de crédito por 4.200 millones, en números redondos, y se hicieron efectivamente por tres mil millones. Eso fué debido a que fracasó la previsión de los depósitos bancarios: se habían previsto 1.500 millones y sólo se depositaron 870 millones.

La financiación de los diferentes ramos de la industria fué notablemente superior a la prevista. Con sacrificio deliberado de las necesidades de consumo de la población, se destinaron al ahorro nacional cifras de un 25 por ciento superiores.

Las cifras de control para el año 1927|28 han resultado en los hechos mucho más aproximadas que para el año 1926-27. En el conjunto, la diferencia fué sólo de una fracción por ciento, pero en el detalle hubo diferencias en más o en menos, según ramos de producción, algunas veces grandes.

Había pues ya una base positiva en el año 1927 para arriesgarse en la extrapolación de "cifras de control" por un período más largo, sujetas desde luego a revisiones anuales.

4. — *El primer plan quinquenal*

Se proyectó, sobre la base de la experiencia anterior, el primer plan quinquenal para 1927 a 1931. Ese plan quinquenal no es el adoptado; era más pesimista. Sin embargo, cuando fué publicado, los economistas antisoviéticos, en la mayor parte del mundo, y aun algunos economistas que habían tra-

bajado como profesores en Rusia, como Paul Haensel, dijeron, por una parte, que era absurdamente fantástico, y por otra, que no iba a conseguirse gran cosa con él, de llevarse a cabo.

El plan tuvo muy presente que el problema principal era resolver qué proporción de la renta nacional puede ser capitalizada sin causar sufrimientos contraproducentes, porque, tratándose ya de toda la Nación convertida en una unidad económica, todo plan de progreso industrial o de otro orden es un plan de ahorro en proporción a las entradas posibles.

Era pues necesario; ante todo, calcular cuidadosamente la probabilidad de aumento de la población, la progresión posible de entradas nacionales resultante del incremento de la capitalización, y la necesidad urgente, angustiosa, que había de reponer ante todo el capital fijo existente, que era en su casi totalidad de anteguerra y había llegado a un estado miserable por el uso. Por ejemplo: más del 50 por ciento de las calderas industriales estaban en peligro inminente de explosión: las más "jóvenes" tenían veinte años. Las locomotoras estaban en su mayoría en situación miserable. Los rieles, en su mayor parte desgastados. Era pues un problema no sólo de aumentar el capital sino de reponer un capital prácticamente destruído y que sin embargo se seguía utilizando. Había que calcular el incremento del capital y de la producción en relación al de la población, tomando como base no las cifras de población del año inicial, sino las previsibles en los años ulteriores.

El problema de la capitalización. — El primer plan quinquenal fué pesimista en cuanto a las posibilidades de capitalización, porque no se podía aún calcular el tiempo que tardarían en instalarse y entrar en producción determinadas industrias. Toda obra de capitalización depende del tiempo que tarde en producir resultados, en llegar a producir nuevos valores.

Por eso, en un plan de ahorro nacional, *prima face* convendría ensanchar con preferencia las industrias cuya instalación requiere menos tiempo y menos capital fijo, y, en cambio, mayor capital circulante.

Por "capital fijo" entiende la definición de Marx, que hoy aceptan todos los economistas del mundo, el capital que no se renueva, que se va desgastando lentamente, constituído por

edificios, por maquinarias, por los valores incorporados al suelo. El suelo no es capital en sí mismo sino por el trabajo que en él se *cristaliza* o se le incorpora en cualquier forma.

Por "capital circulante" se entiende aquél que continuamente se renueva, formado especialmente por las materias primas que van transformándose, que circulan desde su sitio de producción hasta transformarse en productos hechos; por el combustible que se consume para transformarse en valor adquirido por el producto que contribuye a formar, y por los salarios que hay que pagar.

El capital circulante es el origen de todo capital fijo. Un edificio, por ejemplo, ha sido capital circulante en su integridad mientras se ha estado levantando, con la sola excepción de la maquinaria que se haya utilizado para ese objeto. La máquina más poderosa, pesada, duradera ha sido capital circulante mientras estuvo en construcción, formado por el hierro, el combustible, la fuerza de trabajo y la dirección técnica incorporados.

Cuando mayor sea la proporción de capital circulante relativamente al capital fijo que se emplea en una industria, tanto más remunerativa, porque no hay otra fuente de provecho que el trabajo humano. El trabajo humano utilizado o explotado directamente produce un *mayor valor* (la mal llamada *plusvalía*) que ya no produce el trabajo humano utilizado indirectamente por medio de las máquinas, de los edificios, que son *cristalización de trabajo humano*, cuyo valor ya no se reproduce, sino que se *va incorporando al producto* a medida que se desgasta.

Habría habido pues mayor interés en aumentar la utilización del capital circulante que en el incremento del capital fijo, pero eso era incompatible con el concepto económico fundamental hecho notar en la última conferencia, de que todo país de industria exclusivamente liviana no es en realidad un país industrial, sino un simple apéndice y tributario de los países de industria pesada que lo proveen de combustible y de maquinarias. Para poder llegar a la integridad económica se necesitaba en Rusia, que tiene todas las materias posibles, comenzar por la industria pesada. Pero eso implicaba un sacrificio mayor de la población, porque implicaba retardar el

progreso de la producción de los medios de consumo, que era lo que con más urgencia se necesitaba.

En el primer plan, a causa de ésto, supusieron que la acumulación de capitales industriales se haría en la misma proporción del año 1926 para la industria pesada que para la industria liviana: dos tercios, 66 por ciento del total para la pesada y un tercio para la liviana. Pero la evolución ulterior ha permitido, gracias al más breve tiempo en que se han llevado a cabo muchas construcciones y trabajos, aumentar la capitalización en la industria pesada con un sacrificio inmediato mayor, pero retribuido a la larga en mayor medida, porque permite proveer en menor tiempo a la industria liviana y a la agricultura de mayores elementos de producción.

La "reproducción del capital". — Esta forma de acumulación no puede llamarse "acumulación primitiva", como lo han pretendido algunos socialdemócratas alemanes. Es la típica *acumulación por reproducción del capital*. La reproducción del capital es un concepto a primera vista demasiado teórico, pero es necesario definirla, porque si no la entendemos no entenderemos nada de la revolución rusa en su fase actual. Por ella se entiende lo siguiente, en la idea de Marx: Todo capital en movimiento produce un *provecho*; la utilización del trabajo humano crea un valor: Ese valor del producto que se vende en el mercado — porque *estamos razonando dentro del mundo capitalista* — es equivalente, según Marx, a "la cantidad de trabajo socialmente necesario" para producir el respectivo producto. Un par de zapatos vale lo mismo, se trabaje cien horas en él o se trabaje una hora, si la cantidad de trabajo socialmente necesario es una hora. De manera que si alguien encuentra el medio técnico de que un par de calzado sea el resultado de media hora de trabajo humano en las diferentes formas de trabajo que están asimiladas en el par de calzado, que comienzan por edificios, maquinaria y luego por el cuero y demás materias, en ese caso el provecho sería enormemente mayor para la respectiva empresa, mientras las demás no consiguieran imitarla. De ese valor, representado por el trabajo socialmente necesario para producir determinada mercancía, una parte la forman los materiales, otra parte el desgaste de

la maquinaria y los edificios que se van consumiendo, otra parte la remuneración del trabajo.

En principio, y de acuerdo con la teoría anárquica, al productor le correspondería íntegro "el producto de su trabajo", todo el valor social producido con su trabajo. En el concepto capitalista opuesto, el salario no debe representar sino lo indispensable para la subsistencia del trabajador y su reproducción. La diferencia entre lo que en terminología corriente llamamos precio de costo y el precio de venta, precio de venta cuyo promedio expresa empíricamente el valor, esa diferencia es el mayor valor o *plusvalía*, que en el régimen capitalista privado se apropian los dueños del capital como "remuneración" del mismo.

Del mayor valor, si se trata de pequeñas industrias, la totalidad es necesariamente consumida por el empresario, sea que la asimile a su propio salario de trabajo directivo o que la considere renta legítima. El dueño de un pequeño taller que no produce de provecho sobre el capital sino mil a dos mil pesos además del salario que puede corresponderle por su propio trabajo, evidentemente no puede conseguir una acumulación considerable si no es un hombre muy ahorrativo. En cambio, una gran empresa que produce a su propietario un millón de pesos por año determina necesariamente una reproducción de su capital. Tan enorme suma no puede ser consumida íntegramente, a no ser que el propietario sea un loco que tire materialmente el dinero en el juego o en cualquier otra forma. Podrá consumir, si tuviera una mentalidad de príncipe asiático, cien a doscientos mil pesos en el año, pero no sabrá qué hacer con los 800.000 restantes. Esos 800.000 pesos que no pueden ser consumidos son el capital reproducido, porque es necesario colocarlos en forma productiva, transformar ese dinero en nuevo capital, o sea, en nuevos edificios, maquinarias, instalaciones, materias primas, etc.

La tendencia, entonces, de todo capital, es a reproducirse como resultado del provecho y en razón progresiva de su acumulación.

La polémica entre los economistas capitalistas y los socialistas ha sido siempre la siguiente: si implantado el socialismo sería posible la reproducción del capital y con ella la acumulación de nuevos capitales. Los economistas individualistas lo

niegan porque afirman que en un régimen socialista primará el deseo general de aumento del salario de los obreros al máximo posible, de acuerdo con la teoría del producto íntegro del trabajo, y no quedaría sino para amortizar las instalaciones. Desde luego sería así en caso de primar el egoísmo corporativo, pero esa teoría y ese modo de sentir, como he dicho, no es socialista sino anarquista.

Todo trabajador socialista sabe que el mayor valor que produce su trabajo no es un mayor valor *individual* como en sus páginas polémicas parece entenderlo Marx, sino un mayor valor social. No es sólo el resultado de su esfuerzo, sino de toda la cultura adquirida durante siglos en todo el mundo, y del mayor rendimiento del trabajo colectivamente organizado. Por consiguiente, ese mayor valor no pertenece al obrero como individuo, sino al obrero como partícula de la vasta comunidad social en que trabaja. Es un mayor valor que pertenece y corresponde a la comunidad, lo mismo, exactamente, que la renta económica del suelo. (Me refiero a la renta "diferencial", no a la "absoluta", que es una extorsión a la comunidad en general o a los trabajadores del suelo en particular, resultado del monopolio del suelo en pocas manos o de precios de monopolio de sus productos, principalmente por virtud del proteccionismo aduanero).

Un régimen socialista puede capitalizar mucho más que un régimen individualista, porque en el régimen socialista no existe el provecho, que hace de ese mayor valor social una ganancia individual; no existen los propietarios de grandes empresas que pueden acaparar para su consumo personal sumas cien veces mayores que la remuneración media del trabajo socialmente necesario para la producción. Podrán seguir actuando esos propietarios como técnicos, con una remuneración de relativo privilegio, pero nunca como dueños y señores del mayor valor producido por el trabajo social.

Por consiguiente, *prima facie*, en un régimen socialista, la acumulación tiene que ser mayor si así lo quieren quienes forman la comunidad.

Pero en un país descapitalizado, como era Rusia, no había desde luego acumulación posible sin un gran sacrificio: es el que aceptó en masa el pueblo ruso y quisieron sus dirigentes. Visitantes de Rusia informan que a cada momento oyen de-

cir a los obreros y sobre todo lo oyeron decir en los años 1929 y 1930, que fueron los de más penurias: Si Prusia pudo engrandecerse a fuerza de pasar hambre, Rusia, que es más grande, podrá hacerlo mucho mejor.

Deliberadamente también se sacrificó el incremento de la producción de medios de consumo al incremento de la producción de medios de producción, por considerar que ésto es lo previo.

Previsiones pesimistas del primer plan. — El primer plan preveía un aumento de población que está indicado en la planilla: Los 146 millones de habitantes calculados para 1927 ascenderían a 159.300.000 en 1931. En realidad, esta cifra ha sido considerablemente excedida: a fines de 1931 se calcula la población soviética en 165 millones, porque la mortalidad ha disminuído sin disminuir en proporción la natalidad. Ha disminuído más de lo que se preveía en este plan, a pesar de que en él también se previó una disminución progresiva de la mortalidad.

Según el plan, la población en edades activas, es decir, la productiva, del 56,9 por ciento en el año 1927, después de ascender transitoriamente, será sólo del 54,8 por ciento en 1936, debido a que entonces entran en las edades activas las generaciones que cuando eran niños fueron más diezmadas por las guerras civiles y por la miseria, por las epidemias y por los efectos del hambre de 1921. En mi entender la proporción de la población activa puede llegar a ser menor todavía, porque este plan parece haber previsto una supervivencia de niños menor que la real. El incremento de las nuevas generaciones va a ser probablemente mayor que el previsto. A causa de ello, la proporción de individuos en edades activas relativamente a la población total tenderá a ser menor. Ello va a implicar una carga económica formidable para las futuras generaciones si la natalidad se mantiene tan elevada como hasta ahora.

El primer plan preveía una capitalización total en la gran industria de sólo diez mil millones de rublos. Vamos a ver luego las cifras a que se ha llegado.

Con diez mil millones de capitalización en un país tan inmenso podía llegarse a poca cosa, y así era que de la renta nacional, no se preveía sino un aumento real de 58 por ciento

relativamente a la de 1913. Un aumento a 206 rublos chervonetz per cápita y por año para 1932|33. Vamos a ver más adelante que, convertido en rublos oro el monto actual de la renta nacional, es notablemente superior al previsto.

El progreso del "sector socializado", uno de los objetivos fundamentales de la economía planeada con larga anticipación, se previó en el primer plan más lento de lo que había sido desde 1924: que llegaría para el conjunto solamente al 49 por ciento de la producción, y en la industria al 54 0|0.

La superficie de habitación urbana por habitante era en 1927 de 5 metros con 59 centésimos de metro cuadrado, una superficie miserable, que sólo puede compararse a la que tienen entre nosotros los habitantes de los conventillos y de las casas de vecindad, obligados a hacinarse a razón de una familia por pieza. Ese es el tipo de habitación corriente en Rusia hoy todavía. Se previó para los primeros años del plan una disminución de la superficie habitable, debido al aflujo de población a las ciudades determinado por el movimiento de industrialización, y un aumento solamente a 6 metros cuadrados por habitante, como desiderátum, para el año 1932. Conseguir ese pequeño aumento, dado el incremento enorme de la población, significaba un gasto en cinco años de 4.500 millones de rublos, equivalentes, en valor de cambio teórico, a 9.000 millones de pesos argentinos.

Se preveía que la desocupación, a pesar del incremento de personas a ocupar en la industria y en la agricultura, aumentaría durante los primeros años más allá del millón y pico de desocupados en 1927 y subsistiría en forma angustiosa al término del primer plan quinquenal.

Resumiendo las previsiones del primer plan quinquenal escribió Pollock en 1928: "Amenaza con la falta de trabajo y miseria de habitación a una gran parte de los jóvenes ciudadanos soviéticos que en los años próximos entran en edad activa de trabajo. Con esto no basta: aquellos que encuentren trabajo sufrirán de precios elevados y de la persistencia de la llamada "hambre de mercancías".

La escasez de mercancías producidas añadida al aumento, aunque lento, del valor de compra de los salarios, determina hambre de mercancías, tal que hoy todavía se clasifica entre las "mercancías deficitarias" a las más necesarias.

PREVISIONES BASICAS DEL PLAN QUINQUENAL
Problema de la población (en millones)

Años	Prevista en Piatilatka:	Efectiva	% activa
1927	146,3	151	56,9
1928	149,4	154	57,4
1929	152,5	157	57,7
1930	155,8	161	58,0
1931	159,2	165	57,9
1936	176,2	más probable 180	54,9
1941	192,2	200	53,9

Números de obreros previsto y efectivo (en miles)

Años	Previsto	Efectivo
1926-27	10.562	10.990
1927-28	10.894	11.456
1928-29	11.428	12.150
1929-30	11.952	13.129
1930-31	12.425	16.300
1931-32	12.803	18.000

Renta nacional (en millones de rublos 1913)

Años (Octubre a Oct.)	Prevista	Efectiva
1926-27	15.751	15.751
1930-31	19.989	25.000
1931-32	22.942	33.000

RESULTADOS DE LA RECONSTRUCCION
(Molotov)

	1921	1930
Renta nacional	100	400
Producción industrial	100	1.250
Area cultivada	100	150
Intercambio	100	550
Cargas ferroviarias	100	600
Obreros industria	2.430.000	6.359.000
Salario medio	14 rublos	80 rublos

	Sector privado		Sector socialista	
	1921	1930	1921	1930
Industria	36 %	5 %	64 %	95 %
Cultivos	90 %	67 %	10 %	33 %
Intercambio	75 %	5 %	25 %	95 %

El "hambre de mercancías" con mayor abundancia. — Sobre ésto citaré incidentalmente un ejemplo que ya se ha hecho clásico, el ejemplo de lo que ha sucedido con el calzado de cuero en Rusia. En el año 1913 se produjeron en la Rusia de ahora ocho millones y medio de pares de calzado, para 125 millones de habitantes. Había pues disponible un par de calzado por cada quince habitantes. Es cierto que se importaba algún calzado, de medio millón a un millón de pares para los potentados, los barones, etc. La cifra total no podía ser influida por la pequeña cantidad importada. Sin embargo, el calzado no escaseaba; por el contrario, los zapateros tenían que poner avisos, como pasa en las calles de nuestras ciudades, invitando a comprar el calzado tal por ser mejor y más barato que el calzado cual. El año pasado se han producido en cifras redondas 90 millones de pares de calzado, es decir, relativamente a la cifra de población, siete veces más que en la anteguerra. Pero es raro encontrar un par de calzado en los almacenes cooperativos, porque en cuanto llega un lote, desaparece, vendido de inmediato a las colas que se forman a su puerta. Ese hambre de calzado se debe a la masa de obreros y campesinos que antes de la guerra andaba descalza siete a ocho meses al año; y en los meses más crudos de invierno, con los pies envueltos en trapos o con sandalias de corteza de abeto. La masa obrera de las ciudades también desconocía el calzado.

La producción de telas también es notablemente mayor, por cabeza, de lo que era antes de la guerra, pero las telas son también una mercadería deficitaria casi constantemente.

En suma, casi todos los artículos del vestido y del amueblado son permanentemente artículos deficitarios, y se ha debido mantener su racionamiento, a pesar de que su producción es notablemente mayor y acrece cada año. A medida que aumenta su cantidad, acrece en mayor proporción el "hambre"

de los mismos; aumenta el déficit porque aumenta la capacidad de consumo y el deseo de consumir.

5. — *La previsión óptima y lo realizado*

Analizaremos ahora algunas cifras que nos indicarán cuál ha sido la realidad. El detalle figura en los dos grandes cuadros estadísticos que tenemos a la vista. (Véase planillas de las páginas 51 y 65).

El plan quinquenal en la variante óptima adoptada, resolvió capitalizar en la industria 18 mil millones de rublos; en la agricultura, 7 mil millones; en los transportes, 10 mil millones; en la electrificación, 3 mil millones; para habitaciones, 3 mil millones, es decir, insuficiente. Se sacrificó deliberadamente la habitación a una mayor intensificación de la industria. En sanidad, 4.600 millones; seguros sociales, 6 mil millones; créditos a corto plazo (para capital circulante) 20.700 millones; gastos de administración, 10 mil millones, en números redondos. Se previó pues un ahorro nacional de más de 40.000 millones de rublos por el aumento del capital fijo, y una redistribución social de una suma equivalente.

El último presupuesto vencido demuestra que hasta esas cifras han sido excedidas.

El presupuesto unido al plan financiero general correspondiente al año 1931, es decir, todos los rubros destinados al desarrollo y el movimiento de la industria, de la agricultura, etc., unidos a los rubros propiamente presupuestarios de correos y telégrafos, administración, defensa nacional, etc., es el siguiente:

Se preveía que la "economía socializada" produjera 13.300 millones de rublos. De ellos, la industria y electrificación, 4.300 millones; la agricultura y los bosques, 1.100 millones; los transportes, correos y telégrafos, 3.500 millones; comercio y cooperativas, 2.250 millones; empréstitos y varios, 2.237 millones.

A esos 13.300 millones de rublos en números redondos producido neto de las diferentes explotaciones del Estado se agregaban: por impuestos, 11.300 millones en números redondos; lo producido para el fondo de seguros sociales, 2.600 millones de rublos; por "recursos de la población", 3.800 millo-

nes; por empréstitos formales, otros 1.300 millones de rublos; varios, 700 millones. Total general, 31.900 millones de rublos.

Semejante cifra parece fantástica, parece falsa. Pero ha sido excedida. El plan financiero efectivo de entradas y gastos ha ascendido a 33 mil millones de rublos.

Veamos cómo se distribuye el producido de los impuestos, y de las diferentes industrias. Es lo que se llama la "financiación de la economía nacional". Entran a un fondo común el producto neto de los diferentes ramos de producción y los impuestos, para luego redistribuirlo de acuerdo con las necesidades de cada ramo y de cada función social.

La economía socializada ha producido 13.300 millones; y por el plan financiero se le iba a entregar 21.000 millones. Es decir, en un solo año la mitad del total previsto para cinco, y una capitalización extraordinaria del producido de empréstitos e impuestos por un valor de 8 mil millones, agregados al producido de las propias industrias, clasificados en el detalle siguiente:

Para la industria y electrificación, 8.856 millones; Agricultura y bosques, 4.795 millones. También para la agricultura más de la mitad en un solo año que lo que preveía el plan quinquenal para los cinco años. Es debido esto al movimiento de colectivización que estudiaremos en una próxima exposición. Para los transportes, correos y telégrafos, menos de lo que produjeron, 3.310 millones, en lugar de 3.500 millones; son pues allá una fuente de renta los ferrocarriles del Estado; ojalá pudiéramos nosotros decir lo mismo! El comercio y cooperativas recibió, en cambio, más, — 2.708 millones— por la preocupación de extender los sitios de venta, que son miserablemente escasos, con el resultado de que las "colas" de 100, 200 y hasta 500 personas siguen siendo en la Rusia Soviética hoy todavía una institución nacional. Para habitación, solamente 815 millones de rublos. De manera que se afronta deliberadamente la miseria de la habitación en las ciudades; y eso, a pesar de la inmensa obra de ciudades enteras planeada, que por ello se va retardando. Varios, 615 millones.

Lo más interesante son los diversos destinos especificados en el segundo capítulo. Obra social, cultural, en total, 5.785 millones. De ellos, para cultura popular, es decir, educación

pública en general, 3.516 millones; a lo que hay que agregar cerca de mil millones que la industria tiene la obligación de gastar en las escuelas técnicas anexas a cada gran empresa.

Para higiene popular, 1.189 millones, que representan unos 8 pesos argentinos por habitante. En la Argentina se gasta por habitante, en sueldos de funcionarios que se llaman higienistas, un peso al año.

Para seguros sociales se habían debido gastar, según lo que figura en el cuadro, 1.080 millones; se gastaron en realidad 3.600 millones, porque están las entradas de los seguros sociales. Organización de la defensa nacional y varios, 3.500 millones; de ellos, para defensa nacional, mil y tantos millones de rublos.

He tratado de hacer una comparación, groseramente, sobre la base de que el valor de compra del rublo sea hoy el 50 por ciento de su valor nominal, prácticamente, igual a un peso moneda nacional en su valor interno de hoy. Según algunos el valor de compra del rublo sería del 65 por ciento, para otros del 70 por ciento y para algunos otros sólo del 30 por ciento; tomaremos entonces un "justo medio" aproximado.

En la administración y defensa, descontando correos y educación, la República Argentina gasta 30 pesos moneda nacional por habitante; la Unión Soviética, 21. En cultura superior y popular, la República, 12,5; la Unión Soviética, 21 por habitante. En higiene, previsión y asistencia social, la República Argentina, 2,5 por habitante (he supuesto que son 30 millones en total del presupuesto nacional, presupuestos provinciales y municipales); la Unión Soviética, 18. En guerra y marina, la República Argentina, 17 y la Unión Soviética, militarmente bloqueada por las naciones capitalistas, 15 pesos por cabeza.

No es el que hago un cálculo tendencioso; doy simplemente los elementos. Para mí fué una sorpresa. Creo que los gastos militares soviéticos deben ser mayores. Sospecho que no figuran entre ellos las subvenciones a los establecimientos de producción de artículos militares, arsenales, por ejemplo.

Ahorro y trabajo nacional. — El número de obreros, que se previó de 18 millones como máximo en el año 1932-33, ha pasado ya los 18 millones en 1931. En lugar de la desocupación

prevista, hay actualmente en Rusia escasez de mano de obra.

La planilla sobre los progresos del plan quinquenal demuestra que la renta total, que era de 28.500 millones de rublos chervonetz en el año 1929, inicial del plan, ha ascendido el año pasado a 38 mil millones. Y se calcula para este año, y los hechos parecen confirmar la previsión de las cifras de control, en 49 mil millones. La previsión en 1928 del plan quinquenal adoptado, el optimista, era de 43 mil millones para el año 1932-33. Lo consumido de la renta nacional, ha ido siguiendo esta evolución: en el año 1929 se consumieron 23.500 millones, y se ahorró el 17,5 por ciento de la renta nacional. Esta es la proporción que da el profesor norteamericano Calvin Hoover en su libro "La vida económica en la Rusia Soviética". Es un libro de datos atrasados para la actualidad, pero muy concienzudo y objetivo.

Al calcular este ahorro en 17,5 por ciento de la renta, Calvin Hoover deja constancia de que en Estados Unidos se ahorró en esa misma proporción en el año 1925. Era un año de gran prosperidad, cuando toda la gente no sabía qué hacer con el dinero que ganaba. Pero es notorio que después de 1930, en Estados Unidos la gran industria y las empresas de transporte se han descapitalizado en un 50 por ciento. El valor que era cotizado en el año 1925, ha descendido hoy a la mitad.

En el año 1930 se ahorró en la Unión Soviética el 31 por ciento de la renta nacional; a causa de eso no se consumieron aparentemente sino 23.500 millones, la misma cantidad, a pesar del aumento de población, que en el año 1929. En el año 1931, según las cifras que he tomado de una publicación soviética de Estados Unidos, se habría capitalizado aun más, el 42 por ciento, y sólo habrían quedado disponibles para el consumo, 22 mil millones de rublos, habiendo aumentado la población.

Para el año 1932, las cifras de control indican —y el resultado lo confirma en el primer semestre— que se capitaliza el 42 por ciento de la renta total. Pero quedarían disponibles para el consumo 28 mil millones de rublos. Estas cifras significan que la población en masa de Rusia se ha estado "ajustando el cinturón" para ejecutar el plan quinquenal y sobrepasar sus previsiones. (Esa es la expresión que

usaban. Deliberadamente, percibiendo mucho mayores entradas, las masas han aceptado la imposición o el pedido de la organización del Gosplan y de los cuerpos dirigentes de mantener algunos años más un standard bajo de vida.

Por estas cifras, concluyo que son tendenciosas las publicaciones soviéticas que dicen que el valor real de los salarios ha aumentado casi al doble. Es posible que haya aumentado mucho su valor nominal, pero ha aumentado también el precio medio de las subsistencias, fatalmente, porque sólo así se explica el incremento de las cifras de la renta nacional y la proporción tan enorme de la parte acumulada.

También es tendenciosa la afirmación contraria, de que el plan quinquenal ha aumentado la penuria en la Unión Soviética y rebajado el nivel real de los salarios. Cuando distinguimos entre lo "ahorrado" y lo "consumido" de la renta nacional hacemos una diferenciación que es errónea si se toma al pie de la letra. Una cantidad dada de renta nacional que se "ahorra" para nuevas capitalizaciones no es sustraída de la circulación, sino que vuelve a ella en otra forma. El pueblo que así "ahorra" no se priva de su importe como el particular que hace determinado ahorro. El 42 por ciento de la renta nacional que se ha llegado a capitalizar en la Unión Soviética lo ha sido en *nuevos trabajos*. Las nuevas construcciones, las nuevas maquinarias, en suma, el incremento del capital fijo en tan enorme proporción es resultado de *un incremento previo de los capitales circulantes que van a formar ese capital fijo*. Y todo capital circulante es *trabajo*, implica salarios pagados, desde los que remuneran a los obreros del cemento, la arena, etcétera, hasta los albañiles que construyen la obra y los mecánicos que ajustan la máquina.

El sacrificio de unos se convierte en trabajo para otros.

La cuestión del valor real de los salarios la trataremos en otro capítulo. Adelantaré que, a pesar de todas las reservas hechas soportan con ventaja la comparación con el nivel real de los salarios en la Italia fascista, en la España de hoy, y en otros países, sobre la base de los datos de economistas serios y de la Liga de las Naciones.

El aumento de la producción. — El aumento de la renta nacional es función del aumento de la producción, si no expresa una inflación pura y simple.

La producción en el grupo de industria pesada, en el año 1930, (Grupo A de la planilla) fué de un total de 21.500 millones de rublos, habiendo ascendido a 26 mil millones el año pasado, y este año, en la mitad del año, — lo que comprueba la exactitud de las cifras de control— ya pueden calcularse 35.000 millones, contra 30.500 millones que habían sido previstos en la variante optimista del plan quinquenal. Las cantidades de los productos obtenidos han aumentado en forma demostrativa de que su valuación en rublos es proporcional a su aumento efectivo.

El área sembrada no puede aumentar, por supuesto, en esa proporción fantástica, pero de 115 millones de hectáreas que era en el año 1929, ha sido para la cosecha del año pasado de 136.600.000 hectáreas. Este año parece haber disminuído sensiblemente.

Según estas cifras, los cultivos colectivos, que fueron escasos en el año 1929 —unos dicen 5 millones, otros 12 millones de hectáreas —han ascendido en el año 1930 a 38 millones de hectáreas, y el año pasado a 61 millones. Pero eso no quiere decir que la producción ha aumentado en proporción; al contrario. Los errores de dirección técnica y la lucha de clases desarrollada dentro de muchas colectivas agrícolas parecen haber disminuído la producción por hectárea en la mayoría de ellas y a la misma causa debe atribuirse la disminución del área cosechada este año.

La colectivización se ha extendido el año pasado al 62 por ciento de las familias de agricultores y al 45 por ciento de la superficie sembrada.

Hay una institución muy interesante, que trataremos en otro capítulo, pero cuyas cifras nos pueden dar desde ahora una idea del proceso: son las "estaciones de tractores" que se utilizan para explotaciones del Estado, los *soujoses*, que los arriendan a las colectivas agrarias. De estas estaciones de tractores se estableció una el año 1928 por Markevich, joven y eficaz dirigente de una de las grandes explotaciones agrícolas del Estado; en 1930 había 160; en 1931, 1400; para este año se han organizado 3150.

El número de tractores no figura en este cuadro, pero ha aumentado también considerablemente, mucho más de lo previsto. Según algunas de las publicaciones de economía que

lo reconocen, habrían trabajado en los campos rusos el año pasado más de 100 mil tractores, cifra importante en sí misma, pero insignificante al lado de los Estados Unidos.

Llegamos con esta primera comparación a un punto que debe destacarse: Nadie puede hacerse la ilusión de que la inmensa obra de los primeros tres años y medio del plan haya hecho de Rusia un paraíso de los obreros. Se necesitaría ser realmente ingenuo hasta para creer que con el enorme aumento de la producción registrado en la industria pesada, y el también muy grande aunque menor de la liviana y de alimentos, las condiciones de vida en la Unión Soviética han llegado ya a ser comparables a las condiciones de vida media de los obreros *con ocupación* en los países capitalistas más adelantados. Son todavía notablemente inferiores, por menos en lo más fundamental: las condiciones de vivienda, de vestimenta, de amueblado y de alimentación, a pesar de que no es exacto que escasee el pan. El pan está racionado para evitar su dilapidación, pero su consumo, que era escaso en las aldeas, es hoy considerable en ellas. Es decir, el mercado interno del trigo ha aumentado enormemente, tanto que sólo hay saldos exportables grandes en años excepcionales como 1929-30.

Es notablemente inferior el nivel de vida del obrero ruso, relativamente al de los países adelantados, excepto en ciertos aspectos de la vida cultural, porque la masa de producción es hoy todavía, relativamente a la población, notablemente inferior a la de cualquier país capitalista aún en plena crisis.

Esto lo han reconocido los propios dirigentes bolcheviques. Muchos habrán leído el discurso de Stalin fundando el plan quinquenal, cuando fué adoptado, ante el respectivo congreso comunista. En él destaca que no se debe confundir el tempo o el ritmo del movimiento de ascenso con el *nivel* en que están. El obrero ruso estaba en un nivel de vida cuatro veces inferior al promedio del nivel de vida del obrero norteamericano. Eso era en 1913; ahora ha llegado a un nivel de vida, posiblemente, de la mitad.

Ha hecho notar Stalin que Rusia, al fin de este plan quinquenal, a pesar del inmenso incremento de la electrificación, seguirá por debajo de cualquiera de los países de más alta técnica hidroeléctrica. Quedará, en materia de producción de maquinarias y de artículos de consumo, también inmensa-

mente por debajo de cualquier país capitalista adelantado, en relación a la población. Pero ha habido un progreso gigantesco que puede apreciarse sobre todo en las cifras dinámicas. Voy a tomar primero algunos datos comparativos parciales, que permitirán apreciar mejor las cifras porcentuales abstractas.

Estos son de la revista URSS, que se edita en Montevideo, el número 22 de este año.

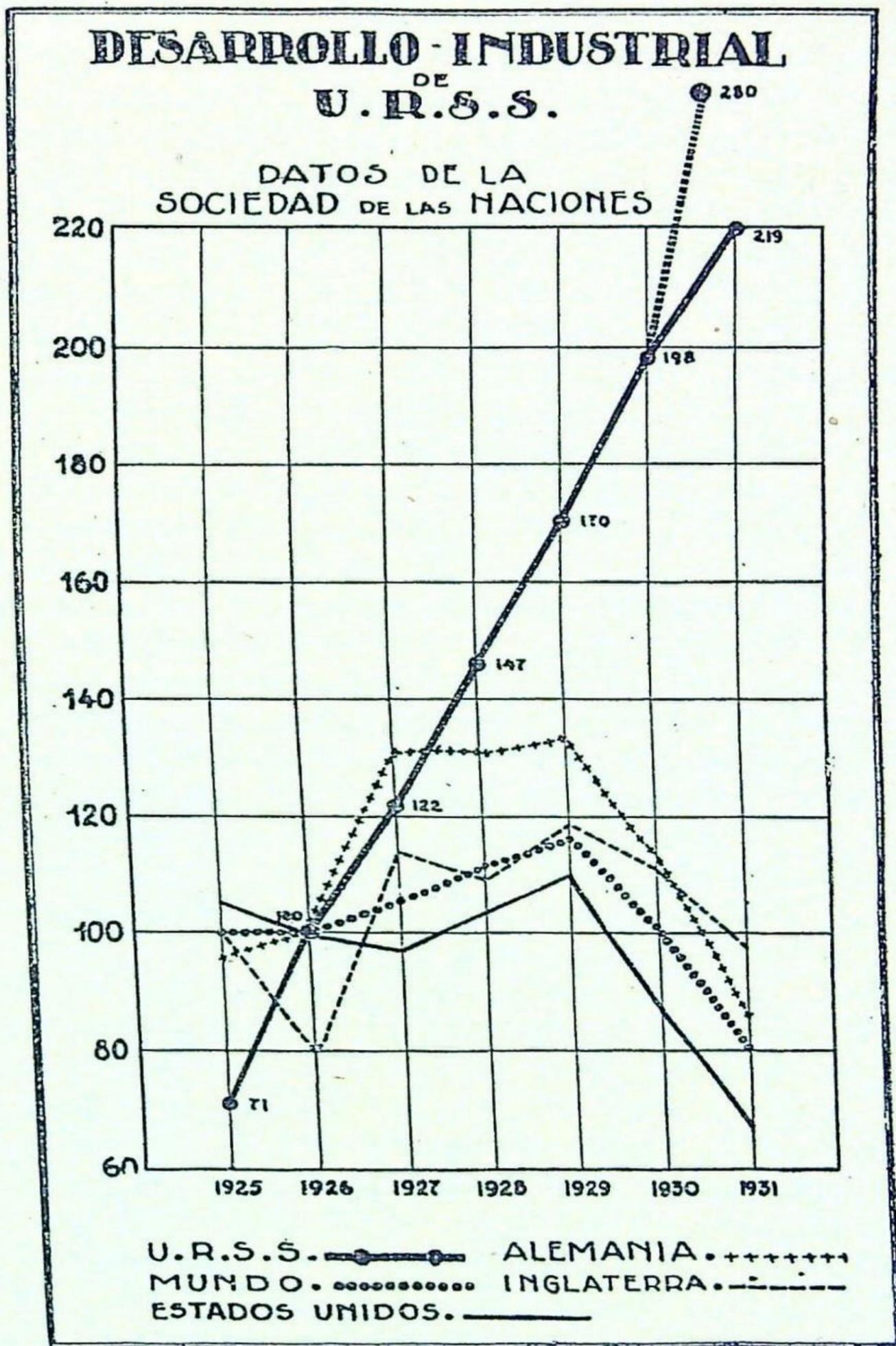
“Mientras en 1928 la parte de los Estados Unidos en la producción industrial del mundo era 10 veces mayor que la de la Unión Soviética, en octubre de 1931 era sólo tres veces mayor”. Esto, en un término de tres años solamente.

“A fines de 1931 la Unión Soviética mantiene el primer lugar en lo tocante a la producción de maderas y turbas; ocupa el segundo lugar en la producción de petróleo y maquinaria agrícola; el tercero, en hierro y maquinaria en general; y el cuarto en carbón, acero y materiales eléctricos”. Esto nos dice que Rusia era casi exclusivamente agraria antes de la guerra, y que lo ya realizado es inmenso.

“El promedio de incremento anual de la producción industrial durante el plan quinquenal ha sido del 22 al 25 por ciento. El promedio normal de incremento es de 5 a 6 por ciento; cuando ha sido más rápido en Estados Unidos ha sido del 5 por ciento.”

Del enorme contraste entre el estancamiento del mundo capitalista y el progreso a saltos con la economía planeada da una idea este gráfico, resultado de los estudios de la oficina de investigaciones económicas de la Liga de las Naciones, que expresa los efectos de la crisis mundial por un lado y los de la economía planeada en la Unión Soviética, por otro. (Ver página 61). La línea de puntos gruesos expresa la curva de la producción en conjunto del mundo industrial, es decir, de los principales países capitalistas, a partir de 1925, considerando como cien la cifra de 1926. Esta es la cifra de la que parten todas las líneas. La producción mundial asciende hasta el año 1929, para descender al 80 por ciento en 1931. Las cifras de producción de Inglaterra, representadas por la línea entrecortada, han oscilado considerablemente: consiguieron llegar al 120 de la producción del año 26 en 1929, para descender luego a menos de 100, es decir a un nivel por debajo del año 26. La producción de Alemania — la línea de

cruces — asciende notablemente después de la racionalización de su industria en los años anteriores a 1926, hasta el ciento



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar
 treinta y pico por ciento en 1927, y todavía a mayor altura en 1929, para descender bruscamente, hasta llegar en 1931 a sólo

el 80 y pico por ciento. En cambio, en la Unión Soviética, la producción del conjunto de la industria, clasificando como cien la del año 1926, era sólo de 71 el año anterior, y ha ido ascendiendo, según la Liga de las Naciones, llegando a ser a fines de 1931, de 220. Se ha multiplicado pues por dos y medio, en sólo 5 años, mientras la producción industrial, de los otros países, ha disminuído en 20 por ciento. Pero según Ordyonikidse, el actual presidente del Consejo Económico Nacional, esas cifras son tendenciosas, por lo que yo daré las dos, a elección. Según Ordyonikidse, la producción industrial soviética habría llegado en 1931 al 280 por ciento de 1926. Es posible que la Liga de las Naciones haya empleado coeficientes de rectificación por el desperdicio, que es todavía enorme en la producción rusa. El descenso de la producción en los países capitalistas es en realidad mucho mayor si se tienen en cuenta las grandes masas de productos nobles que son destruídas para mantener cierto nivel de precios. En Brasil se han tirado al mar cientos de miles de sacos de café, y se ha considerado gran ventura poder quemarlo en las hornallas. En Estados Unidos se quema también trigo como combustible. Miles de hectáreas de papas, de caña de azúcar, etc. dejan de cosecharse. Esto mientras 20 millones de desocupados y sus familias carecen de todo. En la Unión Soviética faltan en cambio obreros, y el enorme incremento de la producción no alcanza a satisfacer el consumo. En vez de largas "colas" de desocupados esperando la sopa caritativa, largas colas de compradores que no consiguen gastar todo su dinero.

El reverso de la medalla es que, a medida que se ha ido intensificando la producción, debido al "*tempo bolchevique*" de que ellos hablan, ha ido empeorando la calidad de muchos productos. La calidad de las telas, según los visitantes de Rusia, era en 1930 peor que en el año 1927. Se puede decir lo mismo del calzado, del hierro y acero, y hasta de los primeros productos de la industria mecánica. Los primeros tractores que salieron de la usina de Stalingrado no sirvieron para nada. Pero hoy esa usina está produciendo 140 tractores diarios. Que la calidad está mejorando desde el año pasado lo prueban numerosas observaciones de visitantes norteamericanos, técnicos en los ramos industriales que han estudiado en Rusia.

Testimonios de capitalistas norteamericanos. — Leeré algunos trozos de las impresiones de un señor Peter que ha visitado Rusia a fines del año pasado. Es gerente de exportación de la Compañía Manufacturera Black and Peter, de los Estados Unidos.

Dice que presenció la construcción de la nueva gran fábrica de Automóviles AMO, que forma parte de la organización de otras: "En la medida en que pude verlo, la mayor parte de los ladrillos eran colocados por mujeres; el cemento era mezclado por mujeres; y ladrillos y cemento acarreado en los hombros de mujeres por escalas y pasarelas, a medida que el edificio crecía rápidamente bajo las hábiles manos de las jóvenes mujeres. Para mí lo más estupendo de todo esto era que, de hecho, el trabajo era no sólo realizado rápida y eficientemente, sino tratado más bien como una diversión que como una tarea. El continuo cambio de bromas y de cuchufletas hacía aparecer el trabajo como un juego".

Luego dice de la usina de Stalingrado: "en ella se incurrió en garrafales errores técnicos al principio, los cuales pagaron algunos con la cadena perpetua, hombres que posiblemente habían sido completamente inocentes de ello. La causa principal de los errores técnicos fué empezar la construcción sin los planos completos. Stalingrado tiene hoy una producción de 110 tractores por día. La calidad es satisfactoria y la producción está aumentando. Pero yo creo que el mayor valor de la lección de Stalingrado se obtiene visitando la nueva fábrica de tractores de Jarkov". Con respecto a ésta, el industrial norteamericano se manifiesta "maravillado" por el entusiasmo que ha visto en todos los obreros.

En cuanto al temor de los industriales del mundo capitalista, de que la Unión Soviética pueda llegar a competir con las exportaciones de productos industriales a bajos precios, este empresario, como todos los que encaran el asunto con la capacidad de razonamiento para la que bastan dos dedos de frente, dice lo siguiente: "Ustedes recibirán la impresión de que los Soviets, con su desarrollo, podrán pronto tener un excedente de automóviles y penetrar en el campo de la exportación. Una visita a su país, que puede darles alguna idea de su magnitud, no sólo en tamaño sino en muchos otros aspectos, pronto disolvería esta fantasía. Su propia estimación es que no pue-

den suplir a sus necesidades en un período mínimo de 10 años, pero yo temo que han estimado con exceso la velocidad con que trabajan. Quizá la necesidad de vehículos automotores va a ir creciendo, y pongo en duda que puedan bastarse a sí mismos dentro de una década. Pero un hecho es obvio: han tomado en sus manos su problema con toda seriedad, y nadie puede poner en duda su resolución de producir lo que necesiten en vehículos motores. Están haciendo muy considerables progresos tanto en calidad como en cantidad."

Algo por el estilo dice de otras obras el que fué director de la más inmensa construcción hidroeléctrica del mundo, la de Ford River Rouge en Estados Unidos. Dice que nadie habría podido creer posible la capitalización de tan inmensas sumas, pero donde el Estado es el único financista, ello es realizable. "La terminación de la usina de Jarkov fué realizada con mayor rapidez que cualesquiera de los trabajos que yo tengo hechos. Era realmente maravilloso el entusiasmo de los ucranianos para levantar los edificios cuya rápida terminación era para ellos motivo de orgullo y de responsabilidad. Con la ayuda de este entusiasmo nosotros (era director técnico de esa construcción) sobrepudamos todas las ventajas y superamos a los de Stalingrado. Yo creo que no quedó ni un hombre ni una mujer en Jarkov que no viniese a trabajar en esta obra: profesores, mujeres, muchachos y juveniles *pioneers* de escasamente ocho a diez años venían en grupos organizados que ocupaban sus días libres trabajando alegremente en "su" planta de tractores — porque la consideraban de ellos — Desde diez kilómetros a la redonda venían hasta nosotros, donde construíamos no sólo la planta, sino una nueva ciudad. Lo hacían en trenes, autobuses y toda clase de vehículos."

Más adelante dice: "*Nosotros los americanos hemos aprendido mucho acerca de las condiciones de trabajo aquí, desde la primera obra de Stalingrado.*" Hace notar en forma amable el desorden, la negligencia, y la poca importancia que suele dar el ruso a las imprevisiones, pero que cuando los dirigentes de la obra sabían prever en todos sus mínimos detalles y tenían todos los antecedentes necesarios no sufrían ningún contratiempo. Describe luego la gigantesca fábrica de automóviles que al lado de Nishni Novgorod se está levantando bajo la dirección de técnicos de Ford, con capitales prestados por

PROGRESOS DEL PLAN QUINQUENAL
(En millones de rublos o unidades)

	1929	1930	1931	1932	Previsto por el plan aprobado (1932-33)
Renta total	28.500	33.500	38.000	49.000	43.300
Capitalizada	5.000	10.000	16.000	21.000	12.500
Consumida	23.500	23.500	22.000	28.000	30.800
% ahorrado	17,5 %	31 %	42 %	42 %	29 %
<i>Producción:</i>					
Grupo A	—	21.500	26.000	35.400	30.500
Grupo B	—	—	—	—	—
Tejidos de algodón	—	2.337	2.470	3.061	4.700
Zapatos cuero	—	68,7	77,0	91,5	80,0
Latas conserva	—	250. —	520. —	1000. —	650. —
Carga ferroviaria	—	238	250	320	281
Area sembrada	115,7	127	136,6	144	141
Cultivos colectivos	12	38,3	61,2	108,0	14,5
Granjas Estado	1,5	3,0	9,6	14,0	4,4
Algodón	1,2	1,6	2,1	2,4	1,5
<i>Colektivización:</i>					
% familias	5,0 % (?)	24 %	62 %	75 %	9,6 %
% área sembrada	5,0 % (?)	30 %	45 %	75 %	10,2 %
Estaciones de tractores, N°	1	160	1400	3100	—
Obreros	12,1	14,6	18,7	21	15,8
En industria cens.	3,3	4,2	5,4	6,2	4,1
Fondos salarios	—	12,5	21,1	26,8	15,7

Ford a la Unión Soviética, que los está amortizando en plazos relativamente cortos. Esa fábrica, que se termina este año, debe producir 140 mil automóviles Ford por año. La producción de tractores en Rusia va a acercarse este año a 150.000 con la fábrica de Stalingrado, la de Jarkov, la famosa usina de Putilov en Leningrado y la Kuznetzkstroi en Siberia.

Estos ejemplos me parecen suficientes para sugerir que es realmente exacto lo que reconocen todos los visitantes inteligentes y honestos de cualesquiera nacionalidades: el entusiasmo de la gran mayoría de los obreros. Ello, sin perjuicio de las quejas y protestas contra los tropiezos burocráticos, que siguen todavía subsistiendo en muchas ramas, a pesar de que el personal burocrático ha sido reducido en su cifra relativa.

Las trabas burocráticas. — El mismo Stalin ha denunciado ante el último congreso la persistencia de la desidia y el papleo burocrático, con ejemplos que ha calificado de "escándalos".

A qué extremos puede llegar el expedienteo tradicional ruso que ahora se está combatiendo lo indica este antecedente citado por Pollock, que por no ser viejo explica la relativa ineficiencia de los ferrocarriles. Todavía en 1927 se pretendía controlar tan minuciosamente el haber y el movimiento ferroviarios que en los inventarios de las estaciones enviados mensualmente, y aun con menores intervalos, figuraban desde los ceniceros hasta los cromos de dirigentes soviéticos. Entre informes de toda clase, órdenes y contraórdenes, se registraron tantos que según uno de los diarios soviéticos eran suficientes para imprimir un libro de más de setecientas mil páginas. El consumo de papel de los ferrocarriles del Estado fué ese año la cuarta parte del que se había producido en Rusia.

No han cambiado pues radicalmente los métodos que, en tiempos del "comunismo de guerra" sugirieron la siguiente broma de dos payasos muy populares de Leningrado: Bom y Bim. Bom pregunta a Bim, que viene cargado con una pesadísima bolsa.—¿Has ido a cortar leña?—Sí.—¿Tienes permiso?—Sí.—¿Y conseguiste leña?—Sí.—Y le muestra media cerilla, un pedacito de madera.—Pero entonces, ¿qué llevas en la bolsa?—Los permisos para cortar leña.

Todo esto se va atenuando, va desapareciendo. Es uno de tantos aspectos contradictorios posibles en un país inmenso y

en plena transformación. Pero creo que si las cifras dadas han permitido abarcar en sus grandes rasgos el proceso, se pensará conmigo que merece pasar a lugar común el calificarlo como el más formidable experimento que conoce la historia, del que forzosamente todos tenemos que aprender mucho. Negarlo es sólo posible a la maldad o a la estupidez; ensalzarlo incondicionalmente, renunciando a toda crítica, es propio de ingenuidad infantil. Estudiémoslo con hondo interés y con humana simpatía porque sólo la simpatía permite comprender.

Introducción Filosófica a los Estudios Pedagógicos

Por JUAN MANTOVANI

VII

LA ANTROPOLOGIA FILOSOFICA Y SUS APORTES AL PROBLEMA DE LA EDUCACION

Vida y espíritu

Dos concepciones opuestas y unilaterales del hombre, — concepción mecanicista y concepción espiritualista, — engendraron dos formas de pedagogía, la científico-naturalista y la filosófico-idealista. Ambas siguen luchando en el campo de la ciencia y la filosofía, y en alguna medida influyen sobre las actividades práctico-experimentales.

Se ha visto en clases precedentes que en la configuración del hombre dos fuerzas disputan su predominio: vida y espíritu. A veces el hombre se separa de la vida auténtica por el influjo inevitable de la excesiva intelectualización y mecanización de su cultura. Pierde acento y sentido vital. Así el hombre se va retrasando respecto del hombre mismo.

No es posible considerar al hombre pura "razón"; tampoco debe ser concebido como "vida" exclusiva. Es decir, ni

racionalismo ni irracionalismo únicos. Ni tampoco lo ve la filosofía actual como una síntesis de "vida" y "razón". El hombre, fundamentalmente, es algo superior a estos términos, aunque en ellos se apoye. No es una lucha de elementos, sino una unidad, una plenitud de ser.

Por momentos parece que la "vida" o el ímpetu, lucha reciamente contra el "espíritu"; y a veces, lo contrario. De suerte que hay en ciertas formas de humanidad un proceso de desespiritualización de la vida o de desvitalización del espíritu.

A nada hay que renunciar para no quebrar la plenitud, que es esencial del ser humano. Hay que valorizar ampliamente el "ímpetu" y la "razón". Ambos juegan papeles esenciales en la existencia.

En la formación del hombre actual no es posible explicar predominios, negaciones o rechazos. Los instintos vitales y los esfuerzos racionales adquieren jerarquías equivalentes. No puede renunciarse a ninguno de ellos.

Max Scheler aporta a la filosofía actual nuevos conceptos. El "*a priori*" emocional scheleriano completa el "*a priori* racional kantiano. Asume tan elevada jerarquía lo emocional que se convierte en un camino para alcanzar el concepto metafísico del mundo. (1).

El "lógos emocional" representa la existencia de un orden sentimental. Este orden unido a las demás formas del espíritu integra una indestructible unidad, el "*todo - hombre*", que no es más que el hombre plenario, que lleva en sí todas las posibilidades del hombre. Tal es uno de los ideales humanos de nuestro tiempo. Así se explica que el mismo Scheler, considere como lema de nuestra época el concepto de igualdad. "Si yo tuviese que escribir — dice — en el pórtico de la edad histórica hoy en curso, una palabra que reflejase la tendencia comprensiva de esta edad, sólo una me parecería apropiada: "¡igualación!". Igualación al menos en casi todos los distintivos específicos (físicos, psíquicos, espirituales) que caracterizan los diferentes grupos en que puede dividirse la humanidad. Y al mismo tiempo, una vigorosa *exaltación* de las dife-

(1) Carlos Astrada: "El *a priori* emocional scheleriano" Rev. Síntesis, 1930.

rencias individuales y relativamente individuales (verbigracia, nacionales)" (2).

Refiere así, este autor, distintas igualaciones que hoy saltan a la vista en el movimiento hacia la integración del hombre. Son ellas, el encuentro entre el *hombre apolíneo* y el *hombre dionisiaco*, la igualación entre el ideal básico occidental del "héroe" activo, y el ideal oriental del "sabio" que afronta los dolores de la existencia mediante el arte real de la "paciencia", de la "no resistencia", etc. Toda la obra antropológica de Max Scheler está dirigida a sustentar una metafísica que comprenda el hombre espiritual y también el ser de instintos, o sea *una metafísica que acepte la universal y comprensiva referencia de la vida al espíritu y del espíritu a la vida, en la idea del fundamento del mundo, el cual como "substancia" está por encima de ambos contrarios, y en el cual debe lograrse, en el curso de la historia universal, la unión de ambos atributos.* (3).

Mutua penetración de vida y espíritu

Conocer la esencia del hombre es el grave problema de nuestra época. Aquel lleva en sí elementos típicos de la naturaleza inorgánica y de la naturaleza viva. La vida psíquica inconsciente primaria característica del reino vegetal y de animales inferiores la contiene el hombre. Encierra también la organización y formas mentales de los animales superiores. Lleva un cuerpo y un alma. Representa un ser psicofísico. Pero va más lejos. Trasciende el mundo natural. Por medio del espíritu, que es lo estrictamente humano, alcanza un orden nuevo, el mundo de los valores, que para él solo tiene sentido y significación. Sólo en el hombre y a través de él puede este orden de valores concretarse en forma sensible, en realidad empírica. Sólo a través del hombre el valor "belleza" puede concretarse en forma sensible por medio del arte.

Existe una vida psíquica individual. Pero sobre ella está el espíritu con su orden de leyes propias supraindividual. Es el reino objetivo de los valores universal, anterior y superior

(2) Max Scheler.. "El porvenir del hombre". Rev. de Occidente Agosto 1927.

(3) Max Scheler *Ib idem*.

al individuo mismo. Así se encuentra lo individual en forma de *vida* primaria, espontánea — “ímpetu” — y lo supraindividual en forma de *espíritu* o valores. Aquella quiere recorrer una trayectoria propia de acuerdo a su original estructura. Pero éste lo dirige, lo orienta, le traza rumbos. La vida experimenta una inevitable dependencia del espíritu. Pero el espíritu también siente la presión de la vida. “Si es cierto que en el valor mismo — dice A. Müller — reside el anhelo, por decirlo así, de ser aprehendido y ejercer de esta suerte una acción, no lo es menos que las verdaderas fuerzas motrices de la vida espiritual son las fuerzas psíquicas. De este modo se penetran mutuamente el espíritu y la vida”.

El reino de los valores, que constituye la esencia del espíritu transforma el yo psíquico, y lo eleva, de ese modo de la esfera meramente natural a la esfera superior de la *persona*. La *persona*, es en rigor, la elevación del ser de su estado natural al estado espiritual. La educación, como *formación de la personalidad* es el tránsito del reino subjetivo de la intimidad psíquico-vital hasta el reino objetivo de los valores. Estos representan la forma y aquél la materia, de cuya recíproca penetración brota la personalidad. La materia salva la dirección individual de cada “yo” que se introduce en el orden superior de los valores que nunca encierra valores individuales, sino específicos, universales. De esta conjunción de “vida” y “espíritu”, surge el ser humano, que cuando es auténtico representa una “persona”, una expresión de la naturaleza, pero mucho más, una expresión del *espíritu*, un miembro del mundo de la cultura. Por esto Max Scheler caracteriza el “todo-hombre” como el ser que nada ha perdido a través de su evolución biológica e histórica, “el hombre que más ahonda en sus raíces en la naturaleza y al propio tiempo como persona llega más alto en la conciencia espiritual, en el mundo luminoso de las ideas”.

En su trabajos de antropología filosófica llegó Max Scheler a demostrar que el hombre no es simplemente un grado más elevado en la evolución por encima del reino vegetal o animal. Posee una esencia propia que lo determina en forma absoluta y lo convierte en algo típico. No es ello, por cierto, en él *impulso afectivo*, sin conciencia, ni sensación, ni representación, que es el grado inferior del orden psíquico. Tam-

poco lo es el "instinto", ese acto común de los seres, específico como aquél; ni la *memoria asociativa*, otro grado del orden psíquico, que prepara la conducta mecánica, la que se alcanza por repetición de hechos. No lo es aún la "inteligencia práctica" que se logra en el hombre, pero también en algunos animales. La esencia del hombre, "el *nuevo principio* que hace del hombre un hombre es ajeno a todo lo que podemos llamar *vida*, en el más amplio sentido, ya en el psíquico interno o en el vital externo". Es un principio exterior a la vida, opuesto a la vida, fundamento supremo de las cosas, incluso de la vida. "Ya los griegos afirmaron la existencia de tal principio y lo llamaron la "razón". Nosotros preferimos emplear para designar esta X, una palabra más comprensiva, una palabra que comprende el concepto de la razón, pero que, junto al pensar ideas, comprende también una determinada especie de intuición, la intuición de los fenómenos primarios o esencias, y además una determinada clase de actos emocionales y volitivos que aún hemos de caracterizar: por ejemplo, la bondad, el amor, el arrepentimiento, la veneración, etc. Esa palabra es *espíritu*. Y denominaremos *persona* al *centro activo* en que el espíritu se manifiesta dentro de las esferas del ser finito, a rigurosa *deferencia* de todos los centros funcionales "de vida", que, considerados por dentro, se llaman también centros "anímicos" (4). La esencia del espíritu es *libertad, objetividad y conciencia de sí mismo*. Tales son categorías propias del hombre. Por ellas el ser humano es libre frente al mundo circundante; y logra para sí un "mundo", un "microcosmos". Llega a ser persona, no mera individualidad.

La antropología filosófica

A una época nueva le corresponde una nueva vida humana; y a una nueva vida humana le corresponde una nueva concepción de la antropología. Reina hoy una gran tendencia antropológica, es decir, una aptitud para estudiar y conocer el hombre. Ya no se conforma él con atender problemas del cambio histórico. Se dedica a *descubrirse él mismo como un problema*, en su fondo y esencia.

(4) Max Scheler. — "El porvenir del hombre en el cósmos". Ed. Rev. de Occidente.

Por eso ha dicho Heidegger: "Antropología no es solamente el título de una disciplina, sino la palabra que designa la actitud fundamental del hombre de hoy respecto a sí mismo y al conjunto de lo que es".

Advierte Max Scheler que en ninguna época, como en la presente, se ha sabido tanto acerca del hombre. Pero que en ninguna época se ha sabido menos qué es el hombre, como hoy. Asistimos a un doble fenómeno, a una aparente paradoja: mientras conocemos, por las ciencias particulares, mucho de nuestro organismo psico-físico, ignoramos que es la "totalidad" humana, que es la "esencia" del hombre, cual es el sentido de lo humano.

Precisamente, la esencia del hombre es el objeto de la *antropología filosófica*. Es una de las disciplinas filosóficas cuyo estudio más apasiona en nuestra época. Son grandes los esfuerzos que hoy se realizan por estudiarlo a fondo. Se intenta presentar de él una nueva imagen. Por esto la *antropología filosófica* debe ser considerada como una introducción de todas las disciplinas que estudian el hombre. No hay que entenderla como una disciplina más en torno de éste, sino "una ciencia fundamental de la *esencia* y de la *estructura esencial* del hombre; de su relación con los reinos de la naturaleza (inorgánico, vegetal, animal), y con el fundamento de todas las cosas; de su origen metafísico y de su comienzo físico, psíquico y espiritual en el mundo; de las fuerzas y poderes que mueven al hombre y que el hombre mueve; de las direcciones y leyes fundamentales de su evolución biológica, psíquica, histórico-espiritual y social, y tanto de sus posibilidades esenciales como de sus realidades. En dicha ciencia, hallanse contenidos el problema psicológico del cuerpo y del alma, así como el problema noético-vital. Esta antropología, sería la única que podría establecer un fundamento último, de índole filosófica y señalar, al mismo tiempo, objetivos ciertos de la investigación a todas las ciencias que se ocupan del objeto "hombre": ciencias naturales y médicas, ciencias prehistóricas, etnológicas, históricas y sociales, psicología normal, psicología de la evolución, caracterología" (5). Sin duda alguna, una teoría de la educación, seria y de fondo, no podrá

(5) Max Scheler. "La idea del hombre y la historia". Rev. Occidente 1926.

construirse sin acudir, primeramente a sus referencias, a sus poemas filosóficos.

Estos estudios han permitido avanzar nuevas afirmaciones sobre la esencia del hombre, sobre el fondo de la intimidad humana, Realizan, lo que se ha intentado denominar, una "tectónica de la personalidad".

Sin detenernos mayormente en el examen de esta novísima disciplina, diremos que los estudios ya efectuados permiten descubrir una topografía especial de la interioridad del hombre, que integran los modos parciales y unilaterales con que ha sido visto en distintas épocas.

Ortega y Gasset distingue tres orbes o clases de fenómenos psíquicos que, indisolublemente unidos, integran la personalidad: vitalidad, alma y espíritu. Denomina *vitalidad* al estrato inferior de la psique, en que ella se une al cuerpo. Es el "intracuerpo" o "alma corporal". Pertenecen a esta zona las sensaciones orgánicas de placer y dolor, los instintos somáticos; la sensibilidad para los ritmos; las imágenes sensoriales. Sobre ella se apoya el estrato siguiente, que denomina *alma*, cuyos fenómenos son sentimientos, emociones, deseos, inclinaciones, fantasía, etc. Le sigue, el *espíritu*, el estrato luminoso, de plena claridad, la región donde residen los actos de que somos autores: el intelecto y la voluntad. (6).

La relación del cuerpo con el alma, tiene respuesta clara en la filosofía y ciencia actuales. Se afirma la convergencia. Forman una indestructible unidad. La *vida* es una, tanto en su ser interno como en su ser externo. "Vida" y "espíritu", pueden ser esencialmente diferentes, pero en el hombre, ambos principios se compenetrán, guardan mutua dependencia.

Dice Max Scheler: "El *espíritu*" idea la *vida*; pero solo la vida puede poner actividad y realizar al espíritu, desde su más simple actuar, hasta la ejecución de una obra a la que otorgamos sentido espiritual". Esta unidad de estructura del ser humano la postula también el filósofo Heidegger, para quien el ser humano no puede ser concebido como la resultante de la suma de los modos de ser de cuerpo, alma y espíritu. Presupone, Heidegger, la idea del todo. Pero esa existencia de una estructura unitaria en el ser humano hay que hallarla en

(6) Véase: J. Ortega y Gasset, "El Espectador" Tomo V. Ensayo titulado: Vitalidad, alma, espíritu. Ed. Rev. Occidente. www.ahira.com.ar

lo más profundo de él, la que contiene o encierra en sí misma a la razón, psique, conciencia, cuerpo.

No piensa así el filósofo Luis Klages. "Vida" y "espíritu" son para él, dos categorías antagónicas, irreductibles. Más aún, la esencia del hombre está representada por una lucha avasalladora de la vida contra el espíritu. Corresponde aclarar esta concepción pesimista advirtiendo que Klages identifica espíritu con el intelecto, con la inteligencia técnica. En oposición a esta forma de existencia impregnada de *racionalismo*, que todo lo penetra y traspasa, y de *pragmatismo*, teórico y práctico, Klages exalta los valores de una vida natural y cósmica. Equivale a impedir que una vida racionalizada, artificial y esquemática, o contraída y rígida domine sobre el *vivir primordial*, sobre la vida primaria y real. (7).

Se busca los caminos que conducen hacia el ser humano auténtico. Klages lo encontró en la exaltación de las formas vitales esenciales. Max Scheler en la armoniosa unidad de vida y espíritu. Según este filósofo el hombre es todo él, cuando no ha quedado aspecto de su ser relegado o suprimido. Este ideal del hombre para Max Scheler es el del *hombre plenario*, el *todo-hombre*, aquel que contiene en sí todas las posibilidades del hombre.

Estas direcciones metafísicas acerca del hombre han fomentado los afanes por conocer y comprender al hombre, no al modo abstracto, sino en su legítima realidad. Superando al hombre abstracto se intenta estudiar el hombre histórico, concreto, viviente, a través de sus reales "vivencias" y complejos vitales, sin descuidar los modos irracionales de la vida para no acordar una injustificada exclusividad a las formas de la racionalidad.

Revisión de la psicología

Se ha empezado por una seria revisión de la psicología. Los psicólogos del siglo pasado por influjos del naturalismo hicieron una física del alma mediante el estudio de elementos abstractos y simples, verdaderos átomos psíquicos, enlazados entre sí por la ley de asociación, del mismo modo que los átomos corpóreos están regidos por la ley de la gravitación. Este

(7) Véase: "Ludwing Klages y su lucha contra el espíritu" por Gerda Walther. Rev. Occidente Nos. 87 y 88.

atomismo asociacionista intentaba conocer la vida psicológica, no en su misma realidad, sino mediante análisis y síntesis artificiales, y así creó una psicología explicativa orientada según los métodos de las ciencias naturales. Opuestamente a ella, ha surgido la psicología analítico - descriptiva orientada metódicamente en las ciencias espirituales, que trata de describir y comprender complejos concretos, estructuras reales, "unidades de vivencia y de sentido que están contenidos en la vida misma de los hombres" sin ser producidos artificialmente.

Se advierte así una plena crisis en la psicología de nuestros días. Por un lado, *psicología científico-natural* (psicología de leyes, de elementos), que resulta insuficiente en sus investigaciones porque en lugar de captar realidad de vida anímica sin supuestos previos, somete a ésta a la colaboración de esquemas racionales. En líneas generales, diremos que tal es la psicología que va de Hume a Wundt, y que responde al *atomismo* tradicional, que en el orden físico, partiendo de los átomos, se eleva, mediante combinaciones o agregaciones, hasta los complejos materiales, y en el orden psicológico, arrancando de las unidades psíquicas elementales, por un mecanismo de asociación se eleva hasta las unidades espirituales superiores. Por su fundamento metafísico esta dirección de la psicología responde al *mecanicismo* que nace en la filosofía moderna (siglos XVII y XVIII) (8).

Por otro lado, la *psicología científico - espiritual*, en vertiginosa formación, con representantes actuales de alta autoridad (9), que aspira a conocer el mundo anímico en su intrínseca realidad, captando estados vivos, auténticos complejos de vida espiritual. Sobresale en esta dirección la psicología "estructural". Otras tendencias, la psicología de los valores, biológica, interpretativa y personalista, con investigaciones, valiosas afirman claramente un cambio de orientación en los

(8) Véase clase anterior: "Mecanicismo y espiritualismo en el campo pedagógico. "Cursos y Conferencias". Abril 1932.

(9) Véase: Spranger "Psicología de la edad Juvenil" y Koffka "Bases de la evolución psíquica" Ed. Rev. de Occidente. Sobre la crisis actual de la psicología el profesor F. Romero ha realizado un breve, interesante y claro estudio en la presentación de Wolfgang Koehler en la Facultad de Filosofía y Letras. "Síntesis" N° 41.

trabajos psicológicos, con resultados reveladores y con una bibliografía extensa (10).

Teoría de los tipos humanos

Se camina, sin duda, hacia el conocimiento del hombre como individualidad concreta, como sujeto histórico, por medio de procedimientos analítico - descriptivos, muy distinto al estudio del hombre según rígidas leyes naturales que concluían por presentar un ente abstracto. En esta dirección, Spranger, que ha elaborado una psicología siguiendo los métodos de las ciencias del espíritu, ha desenvuelto igualmente en su obra magistral "Formas de Vida", una teoría de los tipos humanos. Señala seis tipos esenciales de vida humana, extraídos de las leyes y particularidades inmanentes de los distintos sistemas culturales. Cada tipo humano lleva una forma interior, una estructura anímica, un alma, regido por una ley dominante. Así *el hombre teórico*, empeñado siempre en conocer la realidad y el ser está regido por la ley de la objetividad. *El hombre imaginativo*, entregado, no a comprender objetivamente la realidad, sino a expresar de ésta la significación que su subjetividad crea y vive, está regido por la ley de la forma. *El hombre religioso*, cuya vida interna sólo encuentra satisfacción en un estado absoluto de superación mediante relaciones con un mundo trascendente, está regido por la ley de la salvación eterna. *El hombre económico*, que tiende a producir con un mínimo de gastos y esfuerzos un máximo de provecho posible, está regido por la ley de la utilidad. *El hombre autoritario*, que quiere imponer a los demás el principio de su voluntad, está regido por la ley del dominio. *El hombre social*, o sea aquel que mueve su vida simplemente por sentimientos de solidaridad asistencia y sacrificio por sus semejantes, está regido por la ley del amor, del amor hacia el hombre.

Sobre la base de estos seis tipos esenciales se puede meditar el problema de la imagen humana, o de la forma de vida,, que debe caracterizar a un educador. Por la naturaleza de su acción no puede residir el educador en cual-

(10) Para conocer, en su resumen esquemático, el estado actual de la psicología, se puede consultar el trabajo de Arthur Kiessling titulado "Tendencias actuales de la psicología pedagógica" Rev de Pedagogía. Madrid, 1929.

quier alma. Los rasgos esenciales de su vida configuran una existencia regida por leyes típicas. Kerschenssterner, siguiendo a Spranger en sus "formas de vida" encuentra — en su obra "El alma del educador y el problema de la formación del maestro" — en el hombre social la auténtica imagen humana del educador. La suprema ley que debe regir su existencia es la del amor al hombre. "Quien no sepa vivir — dice en la obra citada — en el amor hacia sus semejantes, puede considerarse fracasado, de antemano, como educador". Ese amor a sus semejantes fué la grandeza de Pestalozzi. Renunció, aún en los años de su ancianidad, a los halagos de la gloria que ya se cernía sobre él y al bienestar personal, para destinar su vida entera a ser el padre de los huérfanos y necesitados de bienes materiales y morales. El "eros pedagógico" es lo que Kerschenssterner descubre en el fondo de toda alma educadora.

Queremos advertir que la nueva psicología de las estructuras, y complejos de "vivencia", con su método *comprensivo* y sus procedimientos analítico - descriptivos, la "teoría de las formas", los trabajos científicos realizados en favor de una nueva disciplina "la caracterología", etc., prueban que estamos frente a una preocupación seria acerca del hombre, y al mismo tiempo que esa preocupación se dirige a un conocimiento de él, no mediante métodos de reducción abstracta. Se quiere captar en forma auténtica el fondo vital y espiritual humano.

Aportes al problema de la educación

Todas estas actitudes del pensamiento filosófico contemporáneo, y las nuevas disciplinas en torno del hombre, abren perspectivas dilatadas en el mundo pedagógico. Se ha reaccionado ya en el campo teórico, y se empieza en el campo práctico contra el intelectualismo educativo tradicional y contra su pedagogía atomística, dirigida, fundamentalmente, hacia el cultivo de aptitudes o de la vida intelectual. Contra ella, el concepto de una educación orientada hacia la totalidad del ser humano, sin separaciones ni mutilaciones (11). No se piensa

(11) Este tema será ampliamente tratado en la clase VIII que versará sobre: "Estado actual del problema pedagógico. La educación tradicional y la desintegración del hombre. La nueva educación y la plenitud humana".

hoy sólo en la formación estrictamente espiritual, en las puras ideaciones que caracteriza a la educación tradicional. Pedagógicamente, se percibe el influjo de una imagen más plena del hombre, donde reine al mismo tiempo, las fuerzas de la "vida" y los valores del "espíritu". Sobresale así una fuerte oposición contra el predominio intelectualista. Existe una intensa corriente de vitalismo que da nuevo contenido al problema de la educación. Se oye proclamar, en todas partes, la necesidad de acercar la vida a la escuela y vitalizar la cultura. Hechos muy notorios en nuestro tiempo, comprueban este cambio en el campo de las ideas y prácticas pedagógicas. Para reconocerlo basta citar sin mayor comentario el derecho que ha adquirido el cuerpo a ser tratado con igual consideración que el orden psicológico; la importancia que ha cobrado en la actualidad la vida inconsciente e instintiva; la incorporación de los principios del juego y deporte en la educación; y, especialmente, el reconocimiento de un valor propio a cada edad y sus capacidades intrínsecas para la determinación de su mundo y educación.

La educación, frente a estos hechos toma otro significado que el de mero proceso de formación e información del intelecto. Representa, en cambio, una superación de toda exclusividad intelectualista, tendiente a fomentar el desarrollo, no de un aspecto, sino de la universalidad de aspectos que cada hombre lleva potencialmente en sí. La educación constituye así un estímulo para todas las posibilidades. La escuela no puede ser parcialmente concebida como instrumento preparatorio de un destino especial. No puede servir solamente a una fracción del hombre. Por encima de todo fin limitado, debe realizar un ideal universal: el desenvolvimiento de la plenitud humana, la conquista de un magnífico equilibrio entre espíritu e instinto, idea y sentimiento disciplina y libertad, capacidad contemplativa y capacidad de acción. Sobre el fondo universal humano, sobre la formación cultural que define a cada hombre, se deben apoyar las especialidades y las direcciones particulares. Ya en su tiempo Comenio sostenía la necesidad de orientar la enseñanza hacia el desenvolvimiento universal del hombre. No formará al especialista sino al hombre, porque la escuela es taller de hombres. La escuela mejor, afirmaba, será aquella que enseñe todo a todos y totalmente. Hoy, diríamos, que la educa-

ción efectiva es aquella que desenvuelve todos los poderes que lleva en sí el ser que se educa, no aisladamente, sino considerados en unidad, en totalidad. La educación contemporánea busca apoyo en una visión clara de la plenitud humana. Tal es el asunto que se tratará en la próxima y última clase de este curso. Se estudiará en ella cómo la pedagogía tradicional respondió a una dirección desintegradora del hombre, y cómo las nuevas corrientes pedagógicas intentan realizar la integración, interesando a la educación en favor del desenvolvimiento y la valorización de contenidos íntimos del ser humano, — fuerzas inconscientes y formas irracionales de la vida — que se tuvo antes escasamente en consideración, y sobre todo su vinculación con un mundo de valores espirituales. Por encima del mundo psíquico-vital, que se encierra en la individualidad biológica, se afirma el reconocimiento de un mundo de valores, supraindividuales, objetivos, universales, que sólo en el hombre se pueden concretar. El individuo no alcanza el sentido y significación de esos valores sino en la comunidad espiritual. Por eso, cuando el ser psicológico penetra en ese mundo por medio del *espíritu* — algo más que *cuerpo y alma* y que es a la vez estrictamente humano — realiza su formación, no como individuo, sino como persona. Este es el objetivo más alto de la educación. Ya se había dicho así en una clase anterior. Sosteníamos que el hombre como sujeto educable no es el individuo en su particular determinación, sino el individuo en cuanto aspira a devenir *persona*, y es tal en cuanto participa de la vida espiritual como miembro activo de la comunidad. Y huelga decir que la comunidad no es sólo coexistencia de individuos, sino convivencia espiritual, unificada por los valores de la cultura.

ANATOLE FRANCE

Por LUIS REISSIG

IX

LA CIUDAD DE LOS LIBROS FRENTE A LOS INTERESES, LAS PASIONES Y LOS IDEALES EN LUCHA. — LA VIDA COMO ACCION. — LA EVOLUCION DE SUS OPINIONES SOCIALES. — DURANTE LA GUERRA DE 1914 — ANTE LA REVOLUCION RUSA DE 1917.

El paso de France por la sociedad en el último tercio de su vida ha sido juzgado en tres formas distintas: como paso de diletante, como paso de crítico y como paso de revolucionario.

No creo en tales clasificaciones como exclusivas.

Sería mejor admitir, en cambio, ciertos puntos hacia los que se orienta el pensamiento de France cuando considera la sociedad; pues si bien France no se encierra exactamente en tales o cuales cuadros, hay, sin embargo, algunos puntos de afinidad con ellos.

Y es lo que voy a considerar.

France nace en un hogar tranquilo; lleva una vida sin tribulaciones; forma su cultura, sin sobresaltos; la necesidad del sustento no lo arranca de su viaje sin método por la ciudad de las letras; su empleo de 14 años en la Biblioteca del Senado no ha servido al Senado sino a él. La vida no es para él una tortura sino un espectáculo. Los escépticos le sonríen, Grecia le seduce; el deseo, primer tramo de su voluptuosidad, comienza

a invadir su espíritu; su ternura, lo aquieta; su inteligencia soñadora puebla su mundo interior de imágenes seductoras.

Su pluma fija palabras dulces, armoniosas, rientes: escribe "Les poèmes dorés", "Le Crime de Sylvestre Bonnard", "Abeille", "Nos enfants", "Le livre de mon ami". Si alguna vez es áspero hasta la definición, como en "Les noces Corinthiennes", su inalterable amor a la luz y a la belleza lo justifica.

A los 44 años de edad comienza su colaboración en "Le Temps", que dirige Adrien Hébrard. A esa edad, un hombre de ideas de nuestros días ha fijado su posición moral en la sociedad. En France pesa, ante todo, su mundo interior, una cultura sin las exclusiones impuestas por definiciones del momento.

Cuando se asoma al mundo es para contemplarlo como pensador, no como hombre del siglo; lo examina, lo juzga, lo compadece. De ese examen nace esta declaración suya: "Sin la ironía el mundo sería como una foresta sin pájaros" (1). Sombrío espectáculo el del mundo, que necesita una alegría tal. Y entrando más al nexa ha de decir: "Mas pienso en la vida humana, más creo que es necesario darle por testigos y por jueces la ironía y la piedad" (2).

Es el suyo un examen por encima de las pasiones; a veces, dulce; a veces, burlón; a veces, severo; pero siempre sin malevolencia; ningún rencor anida en él; no tiene sobre sí el fardo, pesado o ligero, de la necesidad social, que a otros hace marchar con bríos o dificultando su tarea. Puede así escribir, sin asomo de duda en cuanto a su obra, "Le Rôtisserie de la Reine Pédauque", "Les opinions de M. Jérôme Coignard" y "Le Jardin d'Epicure", iluminados de un escepticismo amalgamado con ternura, en los que la audacia de su pensamiento no está trabada por ninguna contienda que imponga sacrificios a su libre reflexión. Estas tres obras son el adiós de France a su vida puramente contemplativa y de análisis. Estamos en 1894. El 7 de noviembre de ese año aparece el último de aquellos tres libros: "Le Jardin d'Epicure". Un mes y medio más tarde, el 22 de diciembre, el capitán Dreyfus es condenado, por unanimidad, a la pena de deportación perpetua, en un recinto fortificado.

La condena del capitán Dreyfus es el punto de arranque

(1) "La vie littéraire" T. III, pág. 32.

(2) "Le Jardin d'Epicure". pág. 121.

de las luchas más apasionadas por la justicia en que participó el pensamiento libre del mundo occidental durante el siglo XIX. El siglo XX ha sido testigo de otro drama judicial más terrible, cuya reparación no puede esperarse de ningún tribunal de los actuales Estados Unidos de Norte América. Hablo de la condena y de la ejecución de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti.

La injusticia cometida con Dreyfus coaligó a quienes veían ante sí al gran enemigo de la Francia libre: la iglesia católica. La iglesia aspiraba a una hegemonía, utilizando al ejército y a los grupos monárquicos. En 1892 los obispos católicos atacan violentamente a la República y se declaran por la monarquía. El antisemitismo fué, simplemente, un arma eficaz de combate. No hubo, ni hay, en Francia un problema judío propiamente dicho. "El número de judíos dentro de Francia es muy pequeño — dice Bruno Weil — y tiende constantemente a decrecer; probablemente, no pasó nunca de los 100.000 ni aún en los tiempos en que la Alsacia y la Lorena eran francesas; los protestantes jamás superaron la cifra de 600.000, en un país de 40 millones de habitantes. Francia era, pues, y sigue siendo un pueblo eminentemente católico. (3)

Mantener la injusticia o dar con ella por tierra fué para la Francia de entonces el plano en que se debatían cuestiones de carácter social, religioso, político. Fuera de Francia, la gran masa de apasionados seguía el proceso con el único interés de que se hiciera justicia, nada más que justicia. Pero la justicia no podía hacerse como un hecho ajeno a la realidad social del momento, como un simple acto legal, escrupulosa y honestamente llevado a cabo. Era preciso que triunfara antes la libertad de pensamiento, que triunfara la república, que el laicismo ganara el espíritu de la política francesa. "Había que derogar la ley que, desde hacía cincuenta años, abandonaba la enseñanza de gran parte de la juventud a las Congregaciones religiosas". (4). El 2 de julio de 1901, el ministerio Waldeck-Rousseau obtiene la sanción de la Ley de Asociaciones por la que se establece que únicamente las Congregaciones que cuenten con autorización legal del Estado pueden subsistir y dedicarse a la enseñanza. El 6 y 7 de abril de 1903, casi dos años más tarde, Jaurés, que había creído al principio en la culpabilidad de Drey-

(3) Bruno Weil. "El proceso Dreyfus", pág. 16.

(4) Id. pág. 145.

fus pronuncia en la Cámara un gran discurso en favor de la revisión del proceso. El 12 de julio de 1906 el Tribunal de Casación, constituido por 48 jueces y presidido por Ballot-Beaupré, declara la completa inocencia de Dreyfus. Ese mismo año, el ministerio Rouvier, que ha sucedido al de Combes, lleva a cabo la separación de la iglesia y del Estado, preparada por aquél.

Este es, a grandes rasgos, el proceso que comienza a desenvolverse ante Anatole France y que acaba por llevarlo al lado de Zola, de Jaurés, de los hermanos Reinach, de Labori, de Pressensé, de los hermanos Clemenceau, de Leblois, de Lazare, de Scheurer Kestner y del Coronel Picquart.

La injusticia del fallo condenatorio y el odioso antisemitismo lo decidieron a obrar. Es en esos años que escribe su "Histoire Contemporaine". En 1904, más compenetrado de la influencia del "Partido Negro" en el "affaire", publica su estudio sobre "L'église y la République", de parte, francamente, de Waldeck-Rousseau y de Combes.

La ironía al acuarela de Silvestre Bonnard ha desaparecido. Coignard el escéptico mira a través de los ojos de France y parece dictarle estas sentidas palabras: "Cualesquiera que sean nuestras dudas filosóficas, estamos obligados a obrar en la vida como si no dudáramos". (5) Bergeret es la entrada de France, a paso tranquilo, en la vida azarosa del siglo. Es una entrada tímida, no de recelo por el mundo sino de poca confianza en sí.

Bergeret es un paso, un cambio, una evolución.

Anatole France ha sido siempre un sincero patriota, un francés perfecto. Amó, sobre todo, la tierra y la lengua (venera la tierra de la patria", había de decir). Años hubo en que su patriotismo cobijó también su amor al Ejército, garantía de existencia del Estado. El 18 de julio de 1886 publica en el diario "Le Temps" un artículo sobre la revista de tropas del día 14, que termina con esta exclamación: "Viva el ejército!". El 6 de marzo de 1887, a propósito de la novela de Abel Hermant "Le Cavalier Miserey", en la que aprueba la resolución del Coronel de Cazadores que ha ordenado quemar todo ejemplar que sea hallado en el cuartel y punir a su poseedor; Ana-

(5) "La vie littéraire" T. I. "M. Leconte de Lisle". pág. 101, 102.

tole France declara: "...si hay en la sociedad humana, por consenso de todos, una cosa sagrada, es el ejército". (6) Y el 27 de ese mismo mes, en un artículo aparecido también en "Le Temps" a propósito del ingreso de Leconte de Lisle a la Academia Francesa, ha de reforzar esa declaración, diciendo: "...las virtudes militares son las virtudes fundamentales sobre las que todo orden humano reposa aún hoy" (7). Y el 24 de julio de ese mismo año: "...las brillantes virtudes de las armas" (8).

Es necesario no olvidar que la generación de Anatole France vivía sobre la concepción de Alfredo de Vigny: el ejército, cuerpo de selección, escuela de abnegación, de autoridad, de bravura y de honor.

Un año después, el 9 de mayo de 1887 declara en "Le Temps": "El patriotismo, nacido con la democracia, es hoy más puro, más orgulloso, más delicado, más exquisito que nunca; está en toda la flor de su sentimiento" (9).

Es en esa época que France se indigna ante el espíritu estrecho del editor que ha suprimido del libro de Fernand Calmettes "Brave Fille" toda palabra "Dios" que en él figuraba, "dando por motivo que él publicaba libros destinados a ser dados como premio en las escuelas". "¡He ahí adonde hemos llegado! — exclama France — ¡He ahí la amplitud de ideas y de espíritu de nuestros radicales. He ahí cómo ellos entienden la tolerancia, la libertad intelectual, el respeto de las conciencias". (10)

Vayamos separando conceptos: la comprensión tolerante como uno de los fundamentos de su primera disposición de espíritu para con los hechos sociales. — "Hay alguna impertinencia en hacerse quemar por una opinión" (11) — afirmaba ya en ese entonces.

La tolerancia, decía; agreguemos la duda, su reflexión derivando hacia el escepticismo, cuyo dominio traspuso, con frecuencia. Bajo el influjo de ambas disposiciones iríase alejando de sus devociones primeras. "Es imposible — afirma — decidir si una doctrina, funesta hoy en sus primeros efectos,

(6) "La vie littéraire". T. I. pág. 80.

(7) Ib. pág. 97.

(8) Ib. "A propos de l'inauguration de la Statue d'Armand Carrel a Rouen". pág. 202.

(9) Ib. Tomo II. "1814". pág. 189.

(10) Ib. pág. 315

(11) "La vie littéraire". Rabelais".

no será mañana grandemente bienhechora. Todas las ideas sobre las cuales reposa hoy la sociedad han sido subversivas antes de ser tutelares" (12) Y un paso más: "Es el pensamiento quien conduce al mundo. Las ideas de la víspera hacen las costumbres del siguiente día". (13) Esta declaración es ya un germen de aquella otra, francamente poética, que en 1903 al inaugurar en Treguier el monumento a Renan había de expresar: "Lentamente, pero siempre, la humanidad realiza los sueños de los sabios" (14).

Su amor al ejército y a la patria no le impediría declarar que "los pueblos no aman la guerra" y que "ellos tienen bastante razón". (15) Esto es en 1889. Por ese entonces en diversos artículos toca con alguna frecuencia el tema: "El patriotismo provincial es una cosa buena" — declara —. "La religión de la patria no sería completa si ella no mezclara a sus dogmas sagrados las supersticiones encantadoras..." "...yo me siento invadido de una infinita ternura por esta tierra maternal". (16) Y en otra nota: "Nuestros refinados encuentran el patriotismo un poco vulgar. Es cierto que es el sentimiento que, sin ninguna duda, ha inspirado más tonterías y fealdades, porque es el sentimiento más accesible a los imbéciles". (17)

Ya estamos en 1890. El primero de Mayo se produce una agitación obrera. ¿Cómo repercute ello en France? Escuchemos lo que escribe en el diario "Le Temps", tres días después, a propósito de Buda y del Budismo: "El primero de Mayo de 1890, mientras que una agitación felizmente contenida, pero que revela por su universalidad una potencia nueva, con la cual es necesario contar, levantaba bajo sol de la primavera el polvo de las capitales, el azar me había conducido a las salas tranquilas del museo Guimet, y allí, solitario, en medio de los dioses del Asia, en la sombra y en el silencio del estudio, presentes aún en mi pensamiento las cosas de este tiempo, de las cuales no es posible a ninguno desentenderse, pensaba en las duras necesidades de la vida, en la ley del trabajo, en el sufrimiento de vivir, y, deteniéndome delante de una imagen de

(11) "La vie littéraire". "Rabelais". T. III, p. 31.

(12) Ib. "La morale et la science" p. 66.

(13) Ib. p. 69.

(14) "Vers les temps meilleurs" T. II, pág. 57.

(15) "La vie littéraire". "Chansons populaires" T. III. p. 113.

(16) Ib. "Le poète de la Bresse". p. 154.

(17) Ib. "Joséphin Péladan" p. 234.

ese sabio antiguo cuya voz se hace aún oír a más de cuatrocientos millones de hombres, estuve tentado, lo confieso, de rogarle como a un Dios y pedirle ese secreto de bien vivir que los gobernantes y los pueblos buscan en vano". (18)

¿Y qué le dijo el Dios? Estas solas palabras: "Piedad y resignación".

En la última década del siglo XIX cesa en France el predominio de sus primeras convicciones sociales y morales. Lentamente, había ido fijando en "Le Jardin d'Epicure", aparecido en 1894, algunas conclusiones de examen que aclararían su horizonte; recojo algunas: "...la ley del trabajo y del esfuerzo rige la infinidad de los mundos" (19) "Una religión nueva ha nacido en el pueblo" (20) "Uno no vale sino por el esfuerzo" (21) Y esta declaración de íntimo acercamiento al hombre: "Al salir de esta nueva tierra de Utopía, cuando, de retorno sobre la tierra, uno ve a los hombres a su alrededor luchar, amar, sufrir, cómo uno los ama y está contento de sufrir con ellos". (22) Pero su examen no está presidido por ningún espíritu de secta: habla de "la intolerancia de los revolucionarios". (23) Y en cuanto a la posibilidad de un cambio repentino: "Todo progreso, el mejor como el peor, es lento y regular. . . Tengamos el fervor de corazón y las ilusiones necesarias; trabajemos en lo que creamos útil y bueno, pero no con la esperanza de un suceso súbito y maravilloso". (24) ¿Por qué? Es el France tocado en lo más íntimo de su pensamiento por la ironía y el escepticismo, es el France cuya riqueza más firme es la del ensueño, quienes han de alternarse siempre en todas las respuestas graves que haya de dar sobre el hombre, sobre la sociedad, sobre el valor de las creaciones, de los esfuerzos, de los ideales.

Coignard ha de dudar de casi todo: es una parcela de France; Bergeret, otra parcela, coteja las dudas con las convicciones necesarias; ambos son indulgentes. El espíritu soñador de France supera todos los tanteos, las incertidumbres, la falta de ilusiones. Es bien cierto que: "el fondo humano no cambia",

(18) "La vie littéraire" T. III. "Bouddhisme". pág. 381.

(19) pág. 5.

(20) Pág. 58

(21) Pág. 62

(22) Pág. 62.

(23) Ib. pág. 73

(24) Ib. pág. 132.

que "este fondo es áspero, egoísta, celoso, sensual, feroz"; que los hombres "no se gobiernan nunca por el razonamiento"; que "el instinto y el sentimiento los conducen"; que "obedecen a sus pasiones, al amor y al odio, y sobre todo al temor saludable". (25) Pero no obstante, los seres humanos se hacen acreedores de admiración por lo que sufren; no obstante, las ilusiones son necesarias y "para servir a los hombres hay que arrojar toda razón como bagaje molesto y elevarse sobre las alas del entusiasmo". (26).

Voy a retroceder unos años. El 22 de agosto de 1885 publica en "L'univers illustré" un artículo, en el que dice: "os confieso que, con el tiempo, me he convertido en horriblemente patriotero. El internacionalismo me causa horror; siento un estremecimiento de alegría y de amor cuando se nombra solamente delante de mí los ríos, las montañas o las ciudades de Francia. Nuestro país es tan hermoso, tiene un genio tan puro, una lengua tan bella!".

Un año más tarde, el 18 de julio de 1886, escribe en "Le Temps", en la sección "Vie á Paris", aquel artículo que recordé hace un momento y que terminaba con un "Viva el ejército!". Dice en ciertos párrafos: "¡Las virtudes militares! Ellas han producido toda la civilización... El ejército ha sido el agente más poderoso de la civilización y del progreso. La espada ha dado siempre el imperio a los mejores... El soldado es necesario y la guerra es, de todas las fatalidades sociales, la más constante y la más imperiosa. . . . Osaré decir que la guerra es humana, en el sentido que es propia de la humanidad. Representa la única conciliación que el hombre haya encontrado, hasta aquí, entre sus instintos brutales y su ideal de justicia. . . . ¿Cesará de hacerse la guerra y los soldados desaparecerán un día? Es quimérico esperar este resultado y peligroso trabajar en ello. . . . Mas pienso y menos me atrevo a desear el fin de la guerra. Temería que desapareciendo, esta grande y terrible potencia no llevara consigo las virtudes que ha hecho nacer y sobre las cuales todo nuestro edificio social reposa aún hoy. Suprimid las virtudes militares y toda la sociedad se ha de derrumbar. Pero si esta sociedad tuviera el poder de reconstituirse sobre nuevas bases, sería pagar demasiado cara la paz uni-

(25) "Le Vie littéraire" Préface. T. IV p. III.

(26) "Les opinions de M. Jérôme Coignard". pág. 196.

versal al precio de los sentimientos de coraje, de honor y de sacrificio que la guerra mantiene en el corazón de los hombres. Ella crea y acuna los héroes en sus brazos ensangrentados. Y es esta función la que la torna augusta y santa”.

Tales declaraciones son hechas por France en plena paz; bien es cierto, casi el mismo día en que ha visto desfilar a las tropas francesas, con traje de parada y aire marcial. En 1891, cinco años más tarde, utiliza algunos fragmentos para su prefacio a la traducción del Fausto de Goethe, realizada por Camille Benoit.

Un año después, en 1892, Zola publica “La Débâcle”. France, al comentarlo en “Le Temps”, impresionado fuertemente, expresa sobre las guerras un pensamiento muy distinto del de los años 1885 y 1891.

“Cuando Zola pinta en su libro la ferocidad del hombre que se bate, cuando él muestra la guerra cambiando los seres inofensivos y tranquilos en bestias furiosas, no exagerara nada”. (27)

En esa fecha se hace público su repudio a la guerra. El concepto de Alfred de Vigny sobre el ejército ha sido superado. No es el libro de Zola el que le hace variar de opinión. (France no ha sido nunca un pensamiento arrebatado, ni de cambios bruscos). Una reflexión lenta ha trabajado su pensamiento, no circunscripto al caso particular del ejército, sino con respecto a la gloria y virtud de las instituciones consagradas. En ese año comienza a tomar cuerpo y figura Jérôme Coignard, — Un año antes ha publicado “Thaïs”, — Después de 1894, el proceso Dreyfus afirma sus convicciones nada favorables a la iglesia y al ejército.

Entre la aparición de “La Débâcle” y la publicación del artículo de 1886 sobre la guerra y el ejército, a igual distancia de ambos, France “ostenta el clavel rojo” de los Boulangeristas, y se asegura que el dictador en ciernes le ha prometido la cartera de Instrucción Pública. (28) Pero todo pasa como un sueño; la fuga y la muerte de Boulanger ponen fin a la aventura. El único rastro dejado en la obra de France lo hallamos en la “L’île des Pingouins”: ahí está el general Boulanger en la figura del almirante Chatillón. France se burla de su sim-

(27) “Le Temps”. julio 3 de 1892.

(28) J. M. Pouquet “Le Sal6n de Mme. Arman de Caillavet”. p. 87.

patía de algunos momentos. (¿De qué no se burla France en *L'île des Pingouins*?) Es un libro que sorprende por su causticidad, a veces terrible, como cuando presenta a Colomban arrojado al arroyo, al Zola cuya obra comparó en grandeza a la de Tolstoi.

El proceso a Dreyfus hácele levantar la vista de sus libros. En cierta forma, participa del carácter de hombre de partido. Su amistad con Jaurés lo ha de llevar más tarde a incorporarse al costado del movimiento socialista. Nunca France desdeñó al pueblo, creador de la lengua, de ese poderoso instrumento de expresión que enaltecía. El pueblo era para él la fuente de toda riqueza social. ¿Que existían valores individuales? Pero ¿qué podrían significar ellos sin el aporte, muchas veces silencioso, del conjunto humano? Más de una vez hubo de pronunciar palabras agradecidas a los seres oscuros y olvidados que nos han precedido. Se ha intentado demostrar que el socialismo de France era una pose, que su simpatía por el pueblo era una adulación. No es exacto. A su convicción de que solamente la gran masa puede resguardar los valores firmes se unía su viva simpatía por aquellos a quienes el sufrimiento había hecho en alguna forma respetables.

No olvido que en su socialismo había un gran aliento tomado de su espíritu soñador. Fué también un sueño más; pero un sueño flotando sobre la realidad. "Yo no creo que los hombres sean buenos naturalmente — dijo Bergeret —... Pero creo también que los hombres son menos feroces cuando son menos miserables". (29) France no imaginaba que el socialismo fuese la panacea de la felicidad social. "La humanidad cambia poco. Lo que será es lo que fué". "Los crímenes durarán tanto como la vieja y sombría humanidad. Pero el número de criminales ha disminuído con el número de desgraciados" dice por boca de Michel en el bosquejo de la ciudad futura que contiene "Sur la pierre blanche". (30)

No: su socialismo no es una pose: es la confianza de que contribuye a crear un nuevo orden social de mayor armonía. Piensa, por otra parte "que no está en la naturaleza humana el gustar de una felicidad perfecta": y que en la sociedad futura habrá, también, "avaros y pródigos, laboriosos y perezosos,

(29) "M. Bergeret á Paris". p. 244.

(30) p. 265, 318.

ricos y pobres, felices y desgraciados, satisfechos y descontentos". (31) No voy a precisar ahora la razón o sinrazón de sus afirmaciones; simplemente, las agrupo para tratar de que se comprenda lo inexacto de la pose que se le atribuye. Él no se introdujo en ningún grupo para ser llevado a diestra y siniestra; le dió el alto empuje de su palabra; no le interesó ninguna clase de popularidad. Vió en el movimiento socialista un camino abierto a mayor armonía, a mayor justicia y lo apoyó. Con la misma espontaneidad generosa había apoyado la lucha por la libertad y la rehabilitación de Dreyfus; con la misma espontaneidad saludó el resurgimiento del pueblo ruso en 1917.

Desde 1898 hasta 1906 sus declaraciones en público son firmes y claras. No son actitudes aisladas. Se enlazan con la época en que escribe su "Histoire contemporaine", con el proceso a Dreyfus, con la matanza de obreros rusos llevada a cabo por el zarismo en 1905, época en que entrevee la gran revolución. Su indulgente ironía y su sabia piedad dan paso al pensador que se introduce en el combate. Si su fineza de conocedor del espíritu humano le impide creer ciegamente en que una sociedad mejor hará mejores a los hombres, por lo menos, espera, confía. ¿En qué confía? Lo dice en su visión de "Sur la pierre blanche:" un nuevo orden social basado en la armonía". (32). Quien conoce a France sabe qué profundo sentido tiene en él esta palabra "armonía". No es por cierto ni conformidad, ni disciplina, ni silencio, ni acallamiento de diferencias. Es la sociedad misma conformada bellamente, sabiamente. Es la expresión soberana de la belleza, es la Forma como sólo creación posible a la humanidad.

Un hombre de acción se revela en el soñador:

"Nada de vanas palabras. Actos!" — ha de decir—. Y su prédica tiene un sentido claro: "Supresión de los consejos de guerra", Separación de la Iglesia y del Estado; sometimiento del clero al poder civil dentro de la vida de la Nación. (33). Estas son las cuestiones por las que aboga a través del "Affaire". Son, en realidad, las cuestiones por las que se debaten la mayoría de los franceses, mientras el mundo aparenta ver sólo una lucha de la justicia contra la injusticia. Y "qué fuerza tenemos para ésto?" se pregunta France: "La más dulce y la más

(31) p. 295, 305.

(32) p. 298.

(33) "Vers les temps meilleurs" T. I. p. 9, 10.

invencible de las fuerzas: la razón". Y termina por declarar que. "Es el pensamiento quien conduce al mundo". (34)

La necesidad de obrar en la vida con prescindencia de nuestras dudas filosóficas, proclamada por France, nos revela la base firme de su acción social: no son tales o cuales principios lo que lo atraen; no son los dogmas los que lo encandilan. Los principios, los dogmas se debilitan, se desvanecen, pero la necesidad subsiste. El espíritu animador puede partir de los artistas o de los sabios, pero se realiza en las multitudes. La iglesia, el capitalismo, el ejército no son enemigos eternos de su espíritu; son formas con las que choca, al pasar. Sus contrarios ganan el espíritu de France sólo en cuanto se presentan como factores en juego dentro de la necesidad social en que se halla orientado, pero nunca como límites de esa misma acción.

Ni escéptico, ni fanático. Tal es la situación clara en que se nos presenta France en cualquier punto de su obra de combate. ¿Y cómo podría haberlo sido tál soñador?

Tomemos algunas de sus declaraciones contenidas en su emblemático libro "Vers les Temps meilleurs": "Instituyamos sobre la tierra, después del reino animal, que es aquel de la guerra, el reino humano, el reino de la justicia y de la paz". "Encaminamos hacia la ciudad futura". "La victoria del proletariado es cierta". "En nuestra sociedad egoísta y estéril, el proletariado es el único que tiene energía creadora". Pero el momento exige un decidido empuje; la necesidad de obrar se impone; por eso, dice: "El proletariado no debe contar sino consigo mismo. Contra todas las opresiones, contra el zarismo, contra el imperialismo, contra el nacionalismo es necesario que todos los proletarios del mundo se unan estrechamente. Es necesario que se unan todos contra el triunvirato universal del sacerdote, del soldado y del financista". ¿Cuál es el objeto?: "la unión de los pueblos sobre el globo terrestre". La unión basada en la armonía y la paz. (35)

Su credo social ha sido dado.

Llegamos a 1914. La guerra capitalista se produce: son los monopolios, la competencia industrial, la necesidad de aplastar al socialismo que avanza, lo que decide a los directores de la política. Un puñado, un escaso puñado de espíritus li-

(34) Ib. p. 11, 20, 36, 48, 51.

(35) Ib. p. 25; T. III p. 10, 26.

bres se rebela. La ceguera o el miedo lo va reduciendo. Es verdad que otros se despiertan, algo más tarde. Recordemos en Francia a Romain Rolland; en Alemania a Einstein y Nicolai. Recuerdo nombres; no hago exclusiones.

¿Y France?

Anatole France redacta artículos patrióticos que envía a Gustave Hervé para ser publicados en "La Guerre social". Pierre Calmettes le sirve de secretario. (Después de Brousson habría que tomar con tenazas algunos testimonios de secretario). El 19 de setiembre de 1914 los alemanes bombardean la catedral de Reims. Este crimen contra la belleza indigna a France, quien dicta a Calmettes una carta para Hervé, que se publica en "La Guerre social". He aquí la carta: "Mi querido Hervé; acabo de llevar a "La Guerre social" una protesta indignada contra la destrucción de la catedral de Reims. Los bárbaros han incendiado, invocando al Dios de los cristianos, uno de los más magníficos monumentos de la cristiandad. Se han cubierto, así, de una infamia imperecedera; y el nombre alemán se ha tornado execrable a todo el universo pensante. ¿Quién, bajo el cielo, puede dudar ahora que ellos son los bárbaros y que nosotros combatimos por la humanidad?

"La guerra será sin clemencia? Soldados del derecho, nosotros quedaremos dignos de nuestra causa; nos mostraremos, hasta el fin, formidables y magnánimos. Como lo decíais en vuestro artículo de ayer, mi querido Hervé, nos atraeremos una venganza despiadada de esos criminales.

"No mancharemos nuestra victoria de ningún crimen, y, sobre su suelo, cuando hayamos vencido su último ejército y reducida su última fortaleza, *proclamaremos que el pueblo francés admite en su amistad al enemigo vencido.*

"Os estrecho la mano, patrióticamente, Anatole France".

"Las cuatro últimas líneas del artículo — dice Calmettes — levantaron contra el firmante una indignación tal que se puede compararla, sin exageración, a la que se elevó en el espíritu de todos los franceses contra los alemanes después que sus obuses cayeron por vez primera sobre Reims y su catedral".

"Lo que France preveía en su artículo era una paz lógica, gloriosa y ventajosa, pero una paz a la romana; los enemigos de ayer convirtiéndose, lógicamente, después de la paz, en los amigos de hoy. Pero era necesario pensarlo y no decir nada; sobre todo, no escribir nada" — agrega Calmettes—.

“Por esas cuatro líneas, dictadas por el simple buen sentido, Anatole France fué execrado por los franceses. Sus adversarios habituales no temieron gritar hasta el escándalo.

Fué acusado de traicionar su país, de ser un agente del derrotismo, de tomar partido por el enemigo. Se le calificó de traidor abominable, de sucio internacionalista, de vendido y de criminal: se reclamaba su arresto inmediato, su proceso, su ejecución”. (36)

Amenazado, reclamó protección al prefecto de Tours — donde residía, en su desmantelada casa “La Bechellerie”, con su compañera Emma Laprevotte. Pero era necesario evitar un atentado, que cada vez se hacía más posible, y probar a los franceses que él era, también, un patriota. Se dirige al ministro de Guerra, Alexandre Millerand, pidiéndole acepte sus servicios y lo incorpore al ejército francés.

“Esta carta a Millerand — dice Calmettes — publicada por los diarios, permitió a sus amigos hacer entrar en razón a los más encarnizados, y preparar la rehabilitación moral, que la locura patriótica de esos tiempos turbulentos volvía indispensable”. Un reportaje de Gaston Richard, publicado el 21 de octubre de 1913 en “Le Petit Parisien”, le fué útil en ese sentido. Tomaré unos párrafos: “¡Ah! esta carta, murmura dolorosamente el maestro. Cómo no se ha penetrado el sentido de ella, que a mí me parece tan claramente determinado. Pero, releedla, pesad los términos y veréis que en su espíritu imperialista, romano, ella antepone a toda otra cuestión la condición necesaria de la destrucción total de nuestros odiosos adversarios (¡!). Yo he hablado antes de tiempo, demasiado pronto’ . . . He vivido demasiado en el mundo de las ideas. He sido demasiado abstracto. He olvidado que, en tales circunstancias, era necesario, ante todo, a riesgo de mostrarse brutal, ser neto y claro. . . He sufrido cruelmente, os lo juro, por estas cosas. . . En el Ministerio de la Guerra no se ha acogido mi ofrecimiento con desdén. Se ha aceptado este ofrecimiento sincero y total que yo hacía a la Patria al fin de mis días y me siento por ello, creedlo, profundamente feliz. . . Me considero ya como un soldado. . . Si no se me hubiera permitido, en las circunstancias pre-

(36) Pierre Calmettes. “La grande passion d’Anatole France”. p. 194 a 197.

sentes, servir mi país bajo el uniforme de soldado, creo que hubiera muerto de pena". (37)

Cumplidos diversos requisitos legales, el Ministerio de Guerra declara a France impropio para el servicio militar. De todos modos, ya está dado el salvoconducto y los franceses tendrán, en cambio, un soldado de las letras que escribirá "páginas heroicas". "Para continuar la campaña de rehabilitación moral — dice Calmettes — France me había pedido lo ayudara en su colaboración a una publicación patriótica, cotejando todos los documentos oficiales que relataran altos hechos de nuestros soldados". (38)

Algunos de esos artículos han sido recogidos en el volumen titulado "Sur la voie glorieuse", aparecido en 1915. En él hallamos referencias como éstas: "Los heridos transportados a nuestros hospitales no piensan sino en volver al frente". "La victoria es cierta. Pero será necesario ir a buscarla lejos, perseguirla hasta el corazón del imperio germánico". Esa victoria debe tener por fin, en el pensamiento de France, la justicia, la independencia, la "paz estable, apoyada sobre el derecho y la razón".

"¡Nada de paz, nada de tregua antes que el enemigo del género humano sea abatido!" "Hasta entonces, nosotros no debemos hablar sino por la boca de nuestros cañones". "¡Arriba por la última guerra!" (39) (¡Qué lejos estamos de Barbusse y de Remarque!).

Su actitud durante la guerra disgusta, por supuesto, a quienes esperan siempre algo más sereno y más grande del hombre. Las guerras son odiosas. El progreso humano, si bien no indefinido, debería evitarlas. El pensamiento que las conduce es condenable. Pero así como "cualesquiera que sean nuestras dudas filosóficas estamos obligados a obrar en la vida como si no dudáramos", (40) también la vida nos obliga a realizar actos que un examen sereno repugna. No es que se deba elogiar o reprobar su actitud, pues importaría tener intereses controvertidos, intereses de grupo. La actitud de France tan distinta de la de Romain Rolland, que en las horas sombrías de la guerra fué como una luz de esperanza; la actitud

(37) Ib. p. 198, 199.

(38) Ib. p. 207.

(39) p. 19, 24, 25, 76, 78, 90.

(40) "La vie littéraire". T. I. p. 101, 102.

de France, digo, fué, no obstante, lógica. Amaba profundamente a Francia y debió temer su ruina; con su palabra alentó a la defensa del acervo de su riqueza y de cultura. France no había sentido la sociedad universal sino a través de las formas idealistas y vagas de la internacional obrera del socialismo. Para Anatole France el mundo sensible era Francia; nada más que Francia. Su vida toda está impregnada de recuerdos de su tierra, que amó tanto. En el proceso Dreyfus es la grandeza moral de Francia, la libertad política y de pensamiento en Francia que está en juego. En la guerra de 1914 es Francia, para él, la que en realidad se debate.

Actitud comprensible. ¿Qué la seguiríamos o no? Eso depende del arraigo de nuestras pasiones, en las que lo justo y lo injusto, lo noble y lo innoble, lo plausible y lo repudiable son términos de vario sentido. No seamos tan puritanos para desdeñar la parte de ceguera o de temor que se mezcla en muchas de nuestras opiniones que importan determinaciones graves. Por otra parte, las obras que han de cumplirse con las guerras se cumplen aún contra nuestra voluntad. Bastaría que reserváramos nuestras horas de meditación noble y de trabajo pacífico para realizar algunos de esos bellos sueños que puede realizar una sociedad.

Y acaso . . . así como el olor a chamusquina turbó la carne de Rabelais, el olor a pólvora estremeció la de France.

Ya al final de la guerra, la conciencia de los horrores sin número que ella había realizado, detuvo su mano de apologista. Las masacres de miles de jóvenes le horrorizaban y no cesaba de desear angustiosamente la paz. Por un momento pensó en dirigir una carta abierta al Jefe de Estado para incitarlo a buscar esa solución. ¿Para qué? Ningún diario la publicaría. Y Clemenceau había dicho a un amigo común, refiriéndose a France: "Yo lo admiro. Pero si él dice una palabra de mas, lo detengo". (41)

Un año antes de su muerte France hace esta declaración decisiva: "*Yo sucumbía a la tentación de hacer hasta pequeños discursos a los soldados vivos o muertos; lo que lamento como la más mala acción de mi vida*". (42)

(41) Michel Corday. "Dernières pages inédites d'Anatole France". p. 157.

(42) Ib. p. 162, 163.

En 1917 los bolcheviques se apoderan de la dirección de Rusia. Primero, la implantación del comunismo, la lucha denodada por su conservación en los límites del ex imperio; luego, la campaña de extensión revolucionaria; ahora, la demostración de cual es hoy el régimen más adecuado al desarrollo económico del mundo: capitalismo o comunismo. Son los sistemas que se disputan, por otras guerras y con otros ejércitos, la hegemonía del mundo.

Pero la revolución rusa tiene para los europeos y americanos, en 1917, esencialmente un contenido liberador, una esperanza de cambio, de elevación moral. No se habla, entonces, de producir más, ni el plan quinquenal ha entrado en el panorama comunista. No se habla de cifras, sino de ideales.

En esa atmósfera, allá por 1919, Anatole France, Barbusse, Gide, y algunos más fundan el grupo "Clarté". ¡Soñadores valientes! "Se impone la necesidad de organizar la vida social según las leyes de la razón". — declaran —. "Trabajarán para preparar la República Universal, fuera de la cual no hay salud para los pueblos. Quieren "la igualdad social de todos los hombres". Persiguen como medio de acción "La internacional del pensamiento". (43)

Poco después exhortan a los trabajadores a unirse contra la intervención capitalista en Rusia.

En agosto de 1919, en Tours, donde France reside, se celebra el Congreso de los Sindicatos de maestros de escuela franceses. Del discurso pronunciado por France recordaré estos párrafos: "¡Qué tarea más grande en la hora actual, en este gran derrumbamiento de las cosas, cuando las viejas sociedades se desmoronan bajo el peso de sus faltas, y cuando vencedores y vencidos quedan agobiados unos al lado de otros en su miseria común, cambiando miradas de odio!" "Lo que debéis crear es una humanidad nueva; lo que debéis despertar son inteligencias nuevas, si no queréis que Europa se hunda de nuevo en la imbecilidad y la barbarie". "No debe dejarse subsistir, ni un instante, la educación que ha vuelto posible, que ha favorecido la espantosa catástrofe bajo la cual estamos sepultados a medias. Ante todo, hay que desterrar de la escuela todo lo que puede hacer amar la guerra y sus crímenes a los niños, lo cual exigirá largos y constantes esfuerzos, si todas las panoplias no

(43) "Documentos del progreso". N° 7 p. 9.

son barridas un día próximo por el soplo de la revolución universal". "Amigos míos: haced odiar al odio". "¡Quemad todos los libros que enseñan el odio! ¡Enalteced el trabajo y el amor! Formad hombres razonables, capaces de hollar los vanos esplendores de las glorias bárbaras y de resistir a las ambiciones sanguinarias de los nacionalismos y los imperialismos que aplastaron a sus padres". (44)

En una carta escrita el 23 de enero de 1920 hace esta declaración: "Yo he admirado siempre a Lenín. Pero es ahora cuando soy verdaderamente bolchevista de corazón y de alma". (45)

Sus simpatías por la revolución rusa son evidentes. ¿De qué otra manera podía haberse comportado un espíritu curioso, amplio, generoso como el suyo? La revolución rusa era la posibilidad de un cambio esperado por todos los hombres ansiosos de un mundo nuevo.

Y France no era un revolucionario, no había sido nunca un revolucionario. Era una alma exenta de prejuicios, amante de la justicia, de la belleza, de la paz. Su duda filosófica le asaltaba, a menudo; su certidumbre de que el fondo humano es egoísta y malo y que no cambia, era firme; su ironía, sobria, bondadosa, cáustica a veces, era el correctivo de cualquier ilusión excesiva. Pero en France había, por sobre todo ésto, un soñador que no cejaba; un soñador que triunfó sobre todas sus crisis.

Este signo es lo que más ciertamente lo define como hombre. Como escritor, podrá valorarse en más su estilo, su sintaxis; como pensador, su fineza de penetración. No podría decirse cuales aspectos son los que más lo caracterizan.

Creo, más bien, que Anatole France es más él sin exclusiones y sin preferencias; y que la misma riqueza de su contenido es lo que podrá hacer aún posible que la cultura y la lengua que él tanto amaba se extiendan por el mundo.

Octubre 1931.

(FIN DEL CURSO DE 1931).



(44) p. 16.

(45) Pierre Calmettes. "La grande passion d'Anatole France". p. 9.

De Franklin, Burgués de Ayer, a Kreuger, Burgués de Hoy (*)

Por ANIBAL PONCE

El suicidio de Ivar Kreuger, "rey de los fósforos", el 12 de marzo de 1932, con los procesos subsiguientes por estafas y falsificaciones, provocó en el mundo una impresión de estupor. Fuera de los círculos estrechamente ligados al capital industrial y financiero, demasiado curados de espantos para asombrarse de lo que ocurre en la intimidad de las grandes empresas, no es menos cierto que el buen hombre de la calle se detuvo a pensar por vez primera que este suicidio representaba quizá algo más que una de esas noticias bulliciosas con que las agencias telegráficas acostumbra sacudir la somnolencia del gran público.

Aquel suceso de apariencia estrictamente judicial, ¿no sería en cambio, el testimonio irrefutable de una clase en derrota, la confesión sangrienta de su fracaso, el indicio seguro de su disolución? En el siglo y medio transcurrido desde Franklin hasta Kreuger, ¿qué procesos extraordinarios han podido suceder para que las virtudes del yanqui hayan venido a dar como frutos lejanos las infamias del sueco? Las fuerzas morales de la burguesía en ascenso que Franklin simboliza (1),

(*) Conferencia pronunciada en el Centro de Estudiantes de Medicina, por invitación del Ateneo.

(1) Después de los estudios famosos de Max Weber se acostumbra considerar a Franklin como el arquetipo del burgués de los primeros tiempos. Creo inútil declarar que ésto no implica, ni mucho menos, adherir a su tesis ni aprobar sus conclusiones, igualmente equivocadas para mí.

¿llevaban consigo algún vicio secreto capaz de engendrar en siglo y medio esta corrupción del crepúsculo burgués que Kreuger ha tenido la triste suerte de encarnar? ¿O nos contentaremos con reducir la oposición a los límites exigüos de una diferencia individual en la conducta de uno y de otro?

Desconfiemos de las soluciones demasiado simples. Lo sospechemos o no, cada acto nuestro, aun en apariencia el más independiente, lleva consigo la huella social de la hora en que vivimos. En nuestras opiniones o en nuestros ideales habla siempre la voz del tiempo con el lenguaje de la clase social en que formamos. ¿No valdría la pena de examinar, con tal criterio, la burguesía de ayer que nos dió a Franklin y la burguesía de hoy que nos dá a Kreuger? Es lo que me propongo realizar esta tarde con ustedes, en la creencia previa de que para ustedes como para mí no hay problema alguno comparable al de este tormentoso presente en que vivimos, y que sólo merecen ser llamados hombres de su siglo aquellos que se inclinan a examinar con honradez total la historia del drama humano tal como su propia alma lo va sufriendo y alentando.

Para el observador acostumbrado a la actividad febril de los negocios de hoy, con el ritmo anhelante que los agita, con la premura cada vez más insistente de la marcha, con sus colapsos súbitos y sus reacciones bruscas, con las estridencias ensordecedoras de las máquinas y el repiqueteo insistente de los telégrafos, cuesta creer no poco que la vida burguesa de otro tiempo se desarrollaba a un compás muy diferente, y que muchas de las cualidades sin las cuales no se concebiría hoy un empresario a la moderna hubieran recibido del burgués de ayer el repudio más definitivo. El concepto general que la palabra *burguesía* expresa, exactísimo si contemplamos el desarrollo total del capitalismo, nos extravía bastante en cuanto queremos enfocar sus diferentes momentos. Cada época de la evolución capitalista ha tenido y tiene su tipo de burgués, con rasgos sin duda alguna que les son comunes y que permiten identificarlos en el tiempo, pero con otros tan a su manera personales que no dejan de imprimirle cierto estilo.

Si admitimos, como parece cierto, que fue Florencia la cuna de la burguesía, ¿qué caracteres presentaba uno cualquiera de esos hombres que tenían en sus manos los negocios de

aquella desconcertante Nueva York del cuatrocientos? Muchas son las memorias y las crónicas que nos ponen delante de los ojos la intimidación casi total de sus espíritus. Una obra, clásica entre todas, celebrada en su época como un modelo, *I Libri della Famiglia* de León Battista Alberti (2) nos pone en contacto con un mercader ordenado y prudente, creyente y respetuoso, para quien hay una sola virtud: el ahorro, y dos enemigos mortales: la prodigalidad y el ocio. Frente a la vida fastuosa de la nobleza, derrochando a manos llenas los tesoros conquistados en la guerra y el pillaje, el sobrio burgués, que ya se había procurado desde el siglo XII una parte bien discreta en la administración de su ciudad, enunciaba en el elogio del ahorro la norma directriz de la burguesía naciente: "Que vuestros gastos no excedan jamás vuestras entradas". El ahorro había sido, hasta entonces, una imposición de los malos tiempos, un castigo de la necesidad; empezaba a ser ahora, una conducta que la sensatez aconsejaba, una virtud que la moral aplaudía. El cálculo y la frugalidad entraban con la burguesía en el comercio de la vida y del dinero. Hasta entonces, el ímpetu sin freno del señor feudal; desde entonces, la cautela razonable del señor burgués.

Si se mostraban así los negociantes en los tiempos casi infantiles de la burguesía, no eran muy distintas sus teorías en las épocas un poco menos remotas de la adolescencia. En las *Advertencias necesarias a los que quieren ser ricos*, escritas por Franklin en 1736, diríase que un León Battista Alberti redivivo dictara consejos a sus colegas de Boston como antes lo había hecho en su Florencia. Igual respeto de la honestidad; igual devoción por el ahorro. "Todo el negocio — afirma — estriba en la rígida observancia de dos reglas sencillísimas. He aquí la primera: sean la probidad y el trabajo vuestros constantes compañeros. He aquí la segunda: gastad un cuarto menos de lo que ganáis" (3). Que esas reflexiones no eran simples letanías morales sin ningún alcance verdaderamente práctico, lo prueban hasta la evidencia las setenta ediciones en idioma inglés que los sermones de Franklin merecieron enseguida; con un éxito además tan sostenido que aún después de medio

(2) Existe de este libro una edición moderna de Girolamo Mancini, Firenze, 1908.

(3) Mignet, *Vida de Franklin*, traducción de Juan María Gutiérrez, pág. 229. Edición de "El Ateneo", Buenos Aires, 1913.

siglo de su muerte, el teórico más genial de la burguesía entre nosotros, Domingo F. Sarmiento, le pidió a Juan María Gutiérrez el pequeño sacrificio de difundirlos por América.

Semejante apreciación de la conducta en los negocios, y de la circunspección y lealtad que el buen comercio exige, implicaba un concepto particular de la riqueza. "El hombre — dice Franklin — al cual Dios ha dado riquezas y un alma para servirse de ellas, ha recibido de tal manera una marca particular de su gracia y su favor". Pero lo que hace feliz no es la riqueza "como riqueza, sino su sabio empleo. De nada serviría al hombre poseer todos los tesoros del mundo, sino fuera al mismo tiempo un hombre de bien". Y al contar poco después el adecuado empleo de su tiempo, nos dió en un esquema famoso la manera juiciosa de bien utilizar un día: seis horas para los negocios; siete para el sueño; las demás para las plegarias, la lectura y los amigos. . . No se puede pedir un ritmo más tranquilo en un hombre de negocios que ya pasaba por ser un empresario ambicioso y que había lanzado a todos los vientos aquellas palabras suyas que son hoy lema vulgar de la agitación capitalista: "el tiempo es oro".

Esta manera reposada de encarar los negocios, nos descubre además en el burgués de antaño un relativo dominio sobre las mercancías, una superioridad innegable sobre el afán de riqueza. Toda la sabiduría del comercio consistía entonces en adquirir mediante escasas transacciones bien remuneradas (4), la suma necesaria para disfrutar después indolentemente lo ganado. El ideal del rentista guiaba los pasos de ese hombre nó apresurado, y gracias a una referencia de De Foe conocemos con certidumbre casi matemática la cifra exacta que constituía el término final de los negocios de aquellos estirados burgueses del siglo XVIII que paseaban todas las tardes, de tricornio y de frac rojo por la única calle empedrada que la ciudad de Glasgow tenía por entonces. "El que haya conseguido apartar 20.000 libras — dice De Foe — hace bien en retirarse ya a gozar tranquilamente lo adquirido" (5). Veinte mil libras, han oído ustedes bien, era la fortuna que aseguraba al buen burgués su ancianidad tranquila.

(4) Para más detalles sobre los caracteres del burgués de otros tiempos, consultar la obra de Werner Sombart, *Le Bourgeois*, pág. 182 y sig. traducción Jankelevitch, editor Payot, París.

(5) Citado por Sombart, pág. 189.

Ciento veinte millones de coronas necesitaba Kreuger el día mismo que se suicidó; 120.000.000 de coronas para saldar sus deudas personales, más los dividendos y los intereses acumulados en un año. Puestas así, enfrente una de otra, la cifra de antaño y la cifra de hoy nos muestran tal vez mejor que nada la inmensidad de la distancia entre las dos burguesías: la que con Franklin ascendía proclamando la santidad del ahorro, la que con Kreuger se hunde bajo la inmensidad de la crisis. ¡Qué hubiera pensado nuestro buen florentino, meser León Battista Alberti, él que aconsejaba que la familia debía permanecer siempre bajo un mismo techo porque cuando todo el mundo come en la misma mesa no se necesita más que un mantel y una lámpara, mientras que si la familia se divide hay que aumentar también los manteles y las lámparas! ¡Qué hubiera pensado nuestro buen Benjamín Franklin, él que explicaba con detalles de qué manera el gasto inútil de medio chelín diario significaba al año una suma fabulosa!

¿A qué se debe esta transformación radical en la conducta, en la moral, en la manera misma de encarar la vida? A un acontecimiento extraordinario que nunca podremos apreciar lo suficiente: a la revolución industrial del siglo XVIII que trajo como consecuencia el gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando la máquina empezó a lanzar por hora la misma cantidad de mercancías que en otros tiempos exigía la labor de un año, las ideas, los sentimientos y el carácter debieron cambiar al mismo tiempo. El burgués de ayer podía ser un hombre sin premura, y un irónico fabricante de sedas de Lyon lo hacía constar con cierto orgullo en la vecindad del 1600: "en París las gentes se atropellan porque son activas; en Lyon, marchamos sin apuro porque somos ocupados" . . . Pero frente a las nuevas circunstancias que todo lo cambiaban, el burgués no podía continuar al mismo paso de otros tiempos: aunque "ocupado", estaba en el deber de atropellar como si fuera "activo". Las mercaderías que antes se producían sobre todo para el consumo, empezaron a producirse únicamente para el cambio. Crear sin fin ni razón, crear siempre y sin cesar, ese fué el destino del burgués moderno. La máquina puso en sus manos un poder ilimitado; le dió la posibilidad maravillosa de ensanchar la esfera de su acción, de salir al encuentro de una clientela cada vez más amplia, de

inundar el mercado con sus productos. Pero la máquina le cogió al mismo tiempo en su engranaje ciego: la competencia que es el alma del capitalismo sólo da la victoria al que puede colocar más barato los artículos. Mas la rebaja en el costo de la producción sólo se consigue perfeccionando sin cesar las máquinas; y cada perfeccionamiento de las máquinas al aumentar la cantidad de mercaderías producidas acentúa al mismo tiempo la enconada competencia de los émulos. De donde resulta a la postre esta conclusión terrible: el hombre moderno cuanto más desea prosperar en sus negocios, más obligado está a perseguir desesperadamente la ganancia. Arrastrado por el torbellino del mecanismo económico, debe a toda costa adaptarse al nuevo ritmo bajo pena de un fracaso sin remedio. El burgués de ayer, ya lo dijimos, mantenía con respecto a sus productos la actitud dominadora del hombre que se cree en cierto modo director; el burgués de hoy, en cambio, se siente dirigido por una fuerza inexplicable que una vez que lo ha prendido no lo soltará jamás. Como el obrero que no ignora que será triturado, si acompaña a destiempo los movimientos de la máquina, el hombre económico de hoy sabe también con igual certidumbre, que si quisiera detenerse un instante en busca de sosiego, la competencia en el acto lo dejaría atrás. Triunfar no significa para él, redondear una suma ya prevista y retirarse después a descansar; triunfar representa aplastar siempre a alguien, exceder siempre a alguno. Y como todos deben necesariamente adoptar una actitud idéntica a la suya, una carrera enloquecida, desesperada, delirante, dá al mundo moderno la fisonomía atormentada que nos es tan conocida. "Esperamos cada día — dice Carnegie — poner un término a la carrera; pero cada vez debemos reconocer que todo retardo o detención significa un retroceso, y dada la rapidez con la cual los inventos se suceden, vemos siempre que lo que nos queda por hacer es tan formidable como lo que ya dimos por hecho".

La consideración del hombre en lo que tiene de humano desaparece de la tabla de valores que una carrera semejante impone. Como las minas, las usinas, los ferrocarriles, los navíos, los hombres son cifras dispuestas para el cálculo: valores de Bolsa, valores de cambio. Como a las mercaderías también hay que atraerlos cuando el negocio así lo exige; como a las

mercaderías, rechazarlos cuando han dejado de ser útiles. Rockefeller inicia sus destilerías de petróleo en Cleveland gracias a la ayuda moral y material de su amigo Morris Clark; pero tan pronto la empresa comienza a prosperar, lo primero en que medita es en deshacerse del amigo (6) — Carnegie, en 1892, necesitaba intensificar el trabajo de sus fábricas frente a la amenaza de un concurrente poderoso. Para estimular el trabajo de sus hombres, les promete un diestro sistema de participación en sus propios beneficios. Aguijoneada así, la producción aumenta y el rival es derrotado. Pero cuando la hora de cumplir con la palabra llega, Carnegie presenta pérfidamente un mal balance, y con escasas limosnas se propone entretener a sus obreros. La revuelta asoma, la huelga estalla. Carnegie vé por un momento el porvenir de su empresa amenazado, y como la policía oficial no le parece suficiente, busca en los agentes privados del coronel Pinkerton los seguros defensores de su fábrica. Y una verdadera batalla comienza en sus talleres: fusilería, metralla, heridos, sangre y muertos.

Aquel hombre no era, sin embargo, un miserable. A los doce años, trabajando de sol a sol como un desesperado, llevaba al pobre hogar por amor de la madre su salario mezquino (7). Pero algunos éxitos parciales lo aproximaron a las grandes empresas, y desde entonces sólo una cosa adquirió valor ante sus ojos: la mercadería a producir, la mercadería a transportar, la mercadería a vender. Y como todos los hombres que serían después los "reyes" de hoy, números, nada más que números, empezaron a danzar en su cabeza: números sobre los planos de las ciudades, números a lo largo de los ríos, números en la voz de los amigos, números en el rostro de las mujeres.

"Tenía una memoria prodigiosa, escribe mademoiselle Eberth de su amigo Ivar Kreuger. Recordaba fácilmente las cotizaciones de no se qué valor en el transcurso de los últimos años. Durante un viaje de Berlín a París, se había entretenido en anotar sobre una tira de papel las cotizaciones de todo un año. Cuando las comparó con las cifras oficiales, no encontró más que rarísimos errores. Estaba muy contento de esta ha-

(6) Lewinsohn, *A la conquête de la richesse*, pág. 12, traducción de A. Lecourt, editor Payot, París.

(7) Lafon, *Carnegie*, en la revista "Monde", del 6 de Junio de 1931.

zaña y me lo contó un día con orgullo" (8). ¿Qué restricciones de la moral o del derecho podrían detener la marcha de un espíritu que trabaja ya con ese ritmo? ¿La amistad, acaso? La conducta de Rockefeller frente a Morris Clark ya lo mostró. ¿La humanidad, entonces? La batalla de Carnegie en sus talleres bien lo dice. ¿El patriotismo, quizá? ¿El patriotismo! Pocos días después del suicidio de Ivar Kreuger, y mucho antes de que se conocieran sus estafas, los telegramas de Estocolmo declaraban que los compatriotas del "rey" suicida se mostraban resentidos por su gesto: "por el honor de Suecia, —decían— entre todos hubiéramos pagado lo adeudado". De saberlo, ¡cómo hubiera sonreído Kreuger! ¿Pero es que acaso la patria entró una sola vez en los cálculos de un hombre de negocios? En el polígono de tiro que Alfredo Krupp poseía en Essen, los nuevos modelos de cañones eran ofrecidos, con una sinceridad conmovedora, a los delegados militares de cuántos estados extranjeros tuvieran interés en conocerlos; y es bien sabido que durante la guerra de 1866, tanto su patria, Prusia, como el enemigo, Austria, peleaban con los mismos cañones que Krupp les había vendido por igual... (9).

Pero si la amistad nada puede, ni la moral tampoco, ni la piedad mucho menos, ¿no lo conseguiría acaso, el amor de la mujer? Ha empezado a decirse, no hace mucho, que hubo en el suicidio de Ivar Kreuger la influencia misteriosa de una mujer fatal. Arranquemos sin piedad la única página hermosa que manos quizá caritativas quieren interpolar en el libro de su vida. En la biografía del empresario de hoy no hay un sólo resquicio por el que pueda pasar una mujer fatal (10). Ciertamente es que en la vida de Morgan asoma un amor de juventud: la silueta magra de una jovencita tísica que se le quebró en las manos pocos meses después del matrimonio. Pero eso ocurría en los tiempos anteriores a la edad de entrar en juicio; en aquellos años de la mocedad en que el joven Morgan,

(8) Eberth, *La vie inconnue d'Ivar Kreuger*, en la revista "Vu", N° 227, pág. 1195.

(9) No ocurrió lo mismo en la guerra del 70 porque a pesar de las ofertas de Krupp, Francia no renovó su material. En cuanto al carácter internacional de las industrias de la guerra, los descendientes de Krupp han mantenido la tradición sin apartarse nunca: un proceso entablado poco antes de la guerra de 1914 demostró que la firma Krupp estaba ligada por contratos a las fábricas de armas de Rusia (Putilof) y de Francia (Creusot)...

(10) Véase un sabrosísimo panfleto de Emmanuel Berl, *Le Bourgeois et l'Amour*, edición de la librería Gallimard, París, 1931.

hijo de un banquero de fortuna, paseaba por Europa sus hastíos de príncipe heredero. ¿Cómo en la economía racionalizada del burgués moderno podría quedar un sitio libre para los derechos anarquistas del amor? "Prefiero que me amen y nó amar", aseguraba Kreuger (11). ¡Atarse al amor de una mujer! Fuera del trust al que llamaba su "hijo", ¿qué es lo que de alguna manera lo hubiera atado a la vida? Amistad, amor, literatura, arte, palabras todas sin sentido. Al término de una vida siempre en acecho, sacrificando todo al interés de los números, he ahí lo que el gran empresario encuentra cada vez que vuelve los ojos hacia adentro: el desierto resque-
mante de la soledad. Como un símbolo trágico de ese final inevitable, un escritorio en el último piso del "Palacio de los fósforos", de Estocolmo, llevaba este título expresivo: "la pieza del silencio"; la pieza impresionante hasta la cual no llegaba ningún ruido y en la cual una vez que Kreuger penetraba quedaba infranqueable para todos.

De cuando en cuando, como el miraje de un sediento, el ideal de los bravos burgueses de otros tiempos reaparece un instante en la conciencia del burgués de hoy.

¡Dejar los negocios, retirarse a vivir! ¡Quién pudiera, en verdad! Pero es inútil. Las luchas de la concurrencia, atenuadas un poco por el monopolio, reaparecen siempre terca-
mente. Tan obstinadas y tan inevitables que cada nuevo avance en la organización de adentro trae ineludiblemente alguna urgencia de expansión afuera. ¡Con qué tranquila confianza aseguraba Ford en 1922 que había logrado al fin el imposible equilibrio! ¡Con qué nerviosidad dejaba ver cuatro años después hasta donde lo había llevado la competencia de rivales peligrosos! (12). ¿Cómo escapar en efecto, a la influencia de una fuerza que es más poderosa que nosotros, que hace pedazos nuestras intenciones, que nos arrastra irresistiblemente hasta allí mismo donde nó queremos?

Pocas tragedias comparables en tal sentido a la del dulce y suave Nobel. Lector de Byron y poeta el mismo, vive toda su vida conquistando éxitos que su moral repudia. Mientras perseguía en vano el reconocimiento de un nuevo explosivo

(11) Ebert, *loc. cit.*, p. 1196.

(12) La primera posición de Ford está enunciada en *Mi vida y mi obra*; la segunda, en *Hoy y Ayer*.

destinado a sustituir con ventaja a todos los que hasta entonces se usaban en la construcción de las minas y los túneles, una catástrofe pavorosa lo vuelve célebre de un día para otro. Doscientos barriles del nuevo explosivo, destinados al Perú, estallan cerca de Panamá por razones todavía inexplicadas. El buque que los conducía fué literalmente reducido a polvo, con la totalidad de su tripulación y de su carga. El primer momento de estupor una vez superado, Nobel se sorprende que de todas partes le lleguen los pedidos: la eficacia del nuevo explosivo había encontrado en la catástrofe la más impresionante y eficaz de las réclames. . . La fama le llegaba así manchada con el primero de sus crímenes. Pero nuevas amarguras le esperaban: su explosivo, destinado en un comienzo a los trabajos de las minas, fué encontrando en las industrias de la guerra una aplicación cada vez más eficaz. Y Nobel, el lírico, el poeta, el dramaturgo, el contertulio del salón de madame Adam, se lanza también por no quedarse atrás a las industrias de la muerte. Para calmar su angustia, procura convencerse con sofismas: "el día, dice, en que dos ejércitos posean armas tan mortíferas que estén en condiciones de destruirse en menos de un minuto, las naciones civilizadas retrocederán de espanto". Pobre sofisma, a todas luces; pobre sofisma en el cual creía encontrar más de una vez la justificación de su conducta. ¡Fabriquemos armas para matar la guerra! ¿Quién habría de creer en la sinceridad de semejante divisa? Ni sus allegados más íntimos la tomaban en serio, y cuando Nobel se propuso comprar un gran diario de Suecia, el *Aftõnbladet*, para redoblar con él su propaganda antiguerrera, su propio sobrino lo felicitó ingenuamente por tan curiosa reclame para la fábrica... (13). Cada día mas solo, mas gastado, mas deshecho, él también se construyó a su modo la "pieza del silencio". Como el otro compatriota que entregaría su vida a la monstruosa divinidad de la apropiación capitalista, Nobel buscó en una villa sonriente bajo el cielo de Italia el islote seguro en que pudiera refugiarse. "Mio Nido", lo bautizó con emoción. Pero el capitalismo no suelta sus presas, sino por el suicidio como Kreuger o bien como Carnegie derrotado frente a Morgan (14).

(13) Lewinson, *loc. cit.*, p. 113.

(14) El retiro de Carnegie no ha sido explicado con claridad. Pero lo más probable es aceptar que cuando vendió su trust a Morgan era ya un hombre concluído.

Hasta su *nido* fueron a buscarle los negocios. Casi sin saber cómo ocurrió, lo cierto es que la villa se fué transformando poco a poco en un taller. De nuevo comenzó en ella a trabajar con brío, hasta que una tarde muy fría de diciembre lo encontraron muerto en su escritorio: absolutamente solo, como el viejo Rothschild; absolutamente solo como el viejo Krupp.

Tres años antes de morir, tuvo la clarividencia de escribir a su amiga Bertha Suttner — a quien quizá llegó a amar con un amor ruboroso — estas palabras que hoy nos parecen bien proféticas: “Si dentro de treinta años no se ha llegado a reformar el sistema actual del mundo, volveremos sin remedio a la barbarie”. No se detengan ustedes a examinar con precisión la exactitud de sus cifras. En la evolución social no se cumplen jamás las profecías a plazo demasiado fijo. Pero detengámonos a meditar sobre el vaticinio de este extraño burgués de hoy, antes de despedirnos y concluir.

Después de haber producido “maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas”, — son palabras de Marx — la burguesía se encuentra en los comienzos de este siglo como “un mago aterrado que no sabe dirigir las divinidades que él mismo ha conjurado”. Como ayer, cuando las fuerzas que la llevaron al triunfo resquebrajaban la armazón feudal que nó las dejaba vivir, hoy también su propia fábrica se estremece y agrieta.

Arrastrado por un torrente que no puede someterse a diques, obligado a aplastar todos los días a un nuevo rival, jadeante por una carrera que no conoce llegada, el pobre hombre moderno ha secado su alma, pisoteado su moral, destrozado sus afectos. El capitalismo no es la obra de los hombres de presa; pero hace surgir hombres de presa en el ambiente feroz que va formando en su camino. Toda aspiración a la ganancia por moderada que sea, toda apropiación indebida del fruto del trabajo ajeno, lleva implícitos los gérmenes que el capitalismo de hoy ha elevado a un desarrollo monstruoso, y el buen messer Alberti o el virtuoso Franklin, incorporados al curso de la vida económica moderna, hubieran orientado su moral en tal sentido: nostálgicos quizá de una felicidad per-

dida, pero como Nobel también obligados contra su corazón a realizar cualquier infamia.

Antes de que la burguesía tomara entre sus manos el timón del mundo, nadie hubiera sospechado nunca la grandeza del trabajo humano. Pero esa misma grandeza que la burguesía ha revelado — y que será su gloria en la historia futura — impone entregar a manos menos codiciosas que las suyas la utilización social de un rendimiento que ella no ha sabido llevar sino al desastre. Mientras la apropiación capitalista se mantenga, la anarquía y la guerra no encontrarán jamás remedio. Porque aquella catástrofe que Nobel anunciaba, es la misma que Spengler pronostica hoy en el tono desolado de un profeta sombrío: “Hemos nacido en este tiempo —dice— y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanzas en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano, cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta en Pompeya, y que murió porque al estallar la erupción del Vesubio olvidáronse de licenciarlo. Eso es grandeza; eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre” (15). Palabras amargas, de una franqueza varonil, y cuya verdad sería indiscutible si Spengler no hubiera identificado los destinos del hombre con los destinos transitorios de una clase. Después de haber contemplado la desaparición del hombre antiguo y del hombre feudal, el burgués de hoy no se resigna a reconocer que él es también, y a su manera, una etapa transitoria. Teórico de la burguesía en decadencia, Spengler vaticina desde la nueva Pompeya un final de una grandeza trágica. Nada induce a pensar que el porvenir dará razón a esa presunta despedida heroica. Cuando una clase sobrevive a su misión histórica, carece ya de la energía suficiente para alardear de su “raza” hasta el final. Como un dramático anticipo de ese derrumbe sin grandeza, hemos visto pasar en la charla de esta tarde la sombra de un centinela que se suicidó.